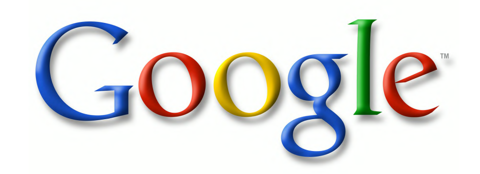
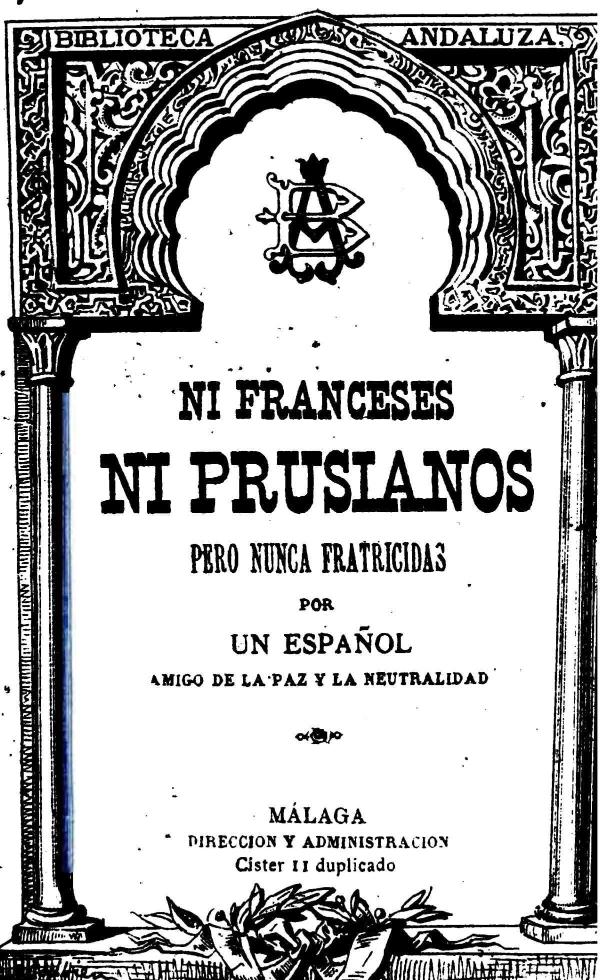




NI FRANCESES NI PRUSIANOS

PERO NUNCA FRATRICIDAS

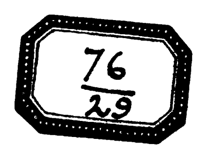
POR

UN ESPAÑOL

AMIGO DE LA PAZ Y LA NEUTRALIDAD

MÁLAGA
DIRECCION Y ADMINISTRACION
Cister 11 duplicado

Lit. Nieva y Moya.


76
29

NI FRANCESES NI PRUSIANOS

PERO NUNCA FRATRICIDAS



BIBLIOTECA ANDALUZA



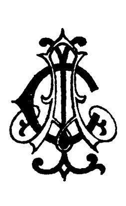
NI FRANCESES
NI PRUSIANOS

PERO NUNCA FRATRICIDAS

POR

UN ESPAÑOL

AMIGO DE LA PAZ Y LA NEUTRALIDAD





MALAGA

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Cister 11 duplicado

1884

Málaga.—Tip. de la Biblioteca, Cister 11 duplicado.

Prólogo.

Pocas cuestiones reclaman tan detenido estudio como la que ha de ser objeto de este libro, ni exijen mayor desapasionamiento y serenidad de juicio. Apartarla de su cauce por móviles extraños al interés nacional, juzgado de tan diverso modo en las diarias contiendas de los partidos políticos, seria ayudar al extravio de la pública opinion, cuando la inminencia de sucesos importantes le preocupan profundamente.

Para debatirla con acierto hay que escojer puntos de vista, cuya elevacion permita colocarse sobre los ódios de secta, las intransigencias de escuela y las sugestiones de perturbadoras parcialidades, única manera de plantearla sin las sombras, dudas y recelos que vienen siendo otros tantos fundados motivos de alarma.

Excusar su análisis, retrasarlo en tan críticos momentos, precursores tal vez de grandes infortunios, equivaldria á temeraria confianza, no justificada por tranquiliza-

dores indicios, ni por seguridades muy distantes de la realidad.

Atravesamos un periodo verdaderamente dificil. Inquietos los ánimos, atormentados por vivos temores que se renuevan cada dia, al contacto de graves noticias sobre secretas aspiraciones de la córte berlinesa, centro donde quizás se perfilan á estas horas los extremos de algun plan vastísimo, urge precisar nuestra situacion respecto de Francia y Alemania, estas dos poderosas potencias para quienes parece ser inevitable desastrosa lucha, tanto por la fatalidad histórica de principios é intereses antagónicos, cuanto por conocidos agravios.

Sucesos recientes, comentados hasta la saciedad durante estos últimos meses, hacen sospechar que nuestra pátria juega comprometido papel en las combinaciones de la diplomacia alemana, que si ha sabido escojer por auxiliares de su empresa á otras naciones latinas, parece reserva á España ingrata tarea, predisponiéndola para aventuras contrarias á sus conveniencias y simpatias.

Ha bastado la revelacion de esta urdimbre, cuya tosca labor no acredita habilidad en sus autores, para que se conmueva el sentimiento público como por choque eléctrico, exaltado ante las contingencias funes-

tísimas del mal paso á que podria llevarnos una alianza ofensiva y defensiva con el imperio germánico.

Los pueblos cultos temen la guerra de igual modo que las epidemias, sabiendo apreciar, por dolorosa experiencia, los desastres que fatalmente causan. Repugna á sus costumbres, perfeccionadas por las conquistas sucesivas del humano progreso, dueño ya de muchas conciencias, ese inicuo procedimiento de otras edades, bien que todavia ni en mucho tiempo pueda ser borrado del código de las naciones, no obstante los ideales bellísimos con todos los encantos de la utopia sobre la paz perpétua, ni los esfuerzos laudables para establecer como obligado derecho internacional el arbitraje. Y es que la guerra asusta mas, á medida que el principio de fraternidad toma formas prácticas y en tal concepto se extiende y propaga, consecuencia lógica del triunfo paulatino obtenido por las ideas modernas sobre sistemas y doctrinas en decadencia.

Mézclase á esta repulsion por las luchas colectivas, en que las pasiones y no la razon dominan completamente, un interés legítimo y honrado, tanto como el sentimiento del honor pueda serlo, el interés de no interrumpir las múltiples manifestaciones

del trabajo, traducidas en las cotidianas labores agrícolas, las incesantes tareas de la industria, los esfuerzos gigantescos de las artes, el tráfico bienhechor del comercio, base todo esto de la prosperidad y la riqueza de los pueblos.

Compréndese, pues, que los rumores de próxima guerra hayan resonado fatídicamente en el corazon de España, unida por lazos de amistad y por otra suerte de vínculos al mas fronterizo de los futuros beligerantes, máxime si se tiene en cuenta la parte odiosa que se le destina, no desconociéndose los peligros á que se la expone, los riesgos seguros que corre, si por estímulos agenos y fuera de toda oportunidad, caso que para cometer malas acciones pueda dignamente utilizarse, se deja influir en términos de aceptar reprobadas complicidades, sin gloria ni provecho, mas la responsabilidad tremenda de prestar apoyo á los que meditan nuevos y formidables golpes contra la cuna de la revolucion francesa.

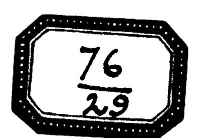
Se deduce que esta importante cuestion llama con violencia á las puertas de nuestra propia casa, imponiéndose al excepticismo desconsolador de unos, á la tradicional indolencia de otros, para demandar de todos los movimientos poderosos é irresistibles del espíritu público, suficientes á des-

baratar ardides diplomáticos fraguados en la sombra.

A los naturales motivos de disgusto por los aspectos de esta grave amenaza, únense las exaltaciones irremediables en todo estado de inquietud social ó política. El sentido popular ha previsto en la fértil tierra andaluza, donde el carácter de los meridionales refleja con mas viveza las impresiones, hiriendo muy hondamente, la extraordinaria resistencia que hallaria toda tentativa de fratricidio contra Francia, una vez rotos los diques de la reserva guardada hasta ahora.

Aquí tiene su origen el temor de próximas complicaciones internacionales. ¿Cómo relegar al olvido una cuestion que de tal modo nos atrae y con tan legítimos títulos fija nuestra atencion y nos preocupa? No seria el silencio el medio mejor de disminuir la alarma, ni llenarianse con la reserva los justos deseos expresados por la opinion estos dias. Harto conseguiremos apartándonos de los escollos de las malas pasiones para no zozobrar en los bajos de la imprudencia, por irreflexion ó arrebato, al embarcarnos sobre este agitado océano de opuestas tendencias y contrarias aspiraciones.

He aquí explicadas, con la sencillez po-


76
29

NI FRANCESES NI PRUSIANOS

PERO NUNCA FRATRICIDAS



Produjo la inmediata caida de los Borbones, cuyo destronamiento no entraba en las miras y compromisos de conocidos elementos políticos fautores secundarios de la revolucion, siquiera pretendiesen mas tarde dirigirla y explotarla en su provecho.

Si dentro de nuestro territorio contrarió cálculos y esperanzas, destruyendo ciertos convenios fraguados por determinados personajes, no menos alcance tuvo en el exterior, como causa esencial de otros hechos que entrañan sumo interés para el porvenir de las naciones latinas. Las consecuencias del cambio político verificado en nuestra pátria, dieron pretesto si no motivo para apresurar la catástrofe del imperio francés, restos de un cesarismo imposible, realizándose al mismo tiempo la coronacion de una empresa simpática para latinos y germanos, la unidad italiana, combatida únicamente por la intransigencia de los ultramontanos.

Derrumbáronse sin gran estrépito, socavados los cimientos por la accion incesante de la propaganda democrática, los dos grandes valladares puestos por la solidaridad de sórdidos intereses á los fines racionales de la libertad religiosa y la verdadera libertad política, encarnada en la negacion de los poderes inamovibles é irreemplazables: se

extinguió la influencia del imperio napoleónida, al par que el predominio del Pontificado cuando era señor absoluto de Roma.

Es verdad que si un imperio sucumbia bajo el peso de sus propios errores, por no aludir á sus muchos crímenes, creábase otro en el Norte de Europa, al cabo de las victorias militares alcanzadas contra el estado de abatimiento en que el corruptor cesarismo tenia la Francia. La voluntad firmísima del canciller de hierro, puesta al servicio de la preponderancia germana, realizaba, tras incansables trabajos políticos, con análogos fines emprendidos, los sueños de engrandecimiento acariciados por Prusia desde remotos tiempos. El viejo Guillermo podia sonreir orgulloso ante la estátua de Federico, mostrándole los emblemas de la unidad alemana.

Pero no hay satisfaccion completa, cuando las empresas políticas tienen una base deleznable. A lo mejor el gigantesco edificio construido á tanta costa, para el cual no se buscaron sólidos materiales, empieza á presentar hendiduras, indicios seguros de inevitable ruina.

La unidad alemana presentada á Europa como un coloso avasallador, sostenida por el génio audaz de su incansable canciller,

tiene una base contraria á la idea democrática, el poder autocrático, el poder personal, tan opuesto á las exigencias y necesidades de los presentes tiempos. Semejante anomalia, tratándose de pueblos donde la libertad individual alcanza tan alto concepto en la cuestion religiosa, solo puede tener explicacion lógica por el predominio transitorio de otros intereses, que el embate de las ideas hará perder terreno, como ha venido ocurriendo en los pueblos latinos.

Realizada la unidad alemana, cuando no se habian extinguido los cánticos del triunfo, apenas ceñida por el anciano Guillermo la imperial corona, empezó á dominar en la córte berlinesa desagradable preocupacion, que mas tarde adquirió el tinte de verdadera inquietud, la cual venia á turbar las alegrias y satisfacciones del rango obtenido por Prusia en el concierto de las grandes potencias, inquietudes de que por rara excepcion suelen verse libres los poderes personales.

Frente al imperio germánico se alzaba floreciente la república francesa, si vencida en Sedan y traicionada en Metz, repuesta de sus desastres por los beneficio de las instituciones democráticas, desarrolladas en medio del órden y la tranquilidad que los sistemas republicanos necesitan ins-

dispensablemente para su crédito y arraigo en Europa. Proyectábase por esta parte una sombra contra la obra de Bismarck, contra el poder autocrático, á la manera de esas nubes negras que anuncian la formacion de violentos huracanes. Por otra amagaba el peligro de la revolucion española, cuya consecuencia lógica hubiera sido la estabilidad de la república votada por las Córtes en 1873, sin las faltas gravísimas de que todos debemos arrepentirnos. Y al par el desarrollo de las ideas republicanas en Italia y Portugal, donde los poderes inamovibles, pierden terreno, á pesar de las reformas liberales, mas ó menos latas, que las monarquias se ven precisadas á aceptar para prolongar su existencia.

Á la revolucion setembrina habian sucedido consecuencias, que poco á poco cambiaban completamente los derroteros de la política internacional. Inútilmente la intolerancia religiosa, alarmada con los vivos resplandores de la libertad, tocó á rebato desde la cúpula de San Pedro contra la emancipacion de los pueblos. La teocracia cansóse de predicar la guerra santa, obteniendo el mismo negativo resultado que en algunas regiones del Africa suelen ya conseguir los hijos del Profeta, pues esta bienhechora civilizacion moderna, calumniada

por unos y perseguida por otros, bien que idolatrada por muchos, ha llevado sus beneficios á los antros mismos de la barbárie, ha exparcido la buena semilla en terrenos donde ya fructifica, y ha grabado sobre la conciencia humana máximas que son el eterno anatema de la tirania.

Inútilmente tambien se esperó que cotidianas turbulencias desacreditasen el sistema republicano, contando con que originasen gravísimos conflictos á Francia las impaciencias y exageraciones de aquellos elementos comunistas, engendrados por el pesimismo y que clamando contra tradicionales injusticias incurre por sus procedimientos y sus arrebatos, en la de pedir al Estado formas dictatoriales para resolver problemas cuya solucion solo pueden ofrecernos la ciencia, el derecho y la libertad. Cuando las pasajeras perturbaciones producidas por los intransigentes no alteraron lo mas mínimo la marcha segura de la república francesa, confióse en que allí donde los exaltados de la *Comunne* ni sus afines los ideólogos de la reforma social rápida y radicalísima, no habian podido crear dificultades, llegaria la estrategia de los partidos monárquicos coligados en Francia al mismo fin de poner arbitrario término á la república.

Todo fué en vano. Si durante breve periodo una crisis importante, al par que la muerte del venerable Thiers pusieron á prueba la consistencia de la república, abriéronse á poco los comicios para que de ellos saliera con nuevo vigor la afirmacion republicana, que actualmente constituye el alma de las tendencias y los trabajos de esas grandes masas liberales que en España, Italia y Portugal consideran las monarquias como el *modus vivendi* de una transicion laboriosa, no como sistemas en toda su plenitud y pujanza.

El imperio aleman.asentado sobre una base contraria á las poderosas corrientes democráticas, las cuales han de anularle en no lejanos tiempos y comprometerle en estos, siente miedo bajo su casco de acero, asustándole este desarrollo creciente, á modo de marea que sube poco á poco. Juzga que asi llegaremos á la plena mar antes que el águila dorada pueda esgrimir con éxito su pico y sus garras. Tal preocupacion le absorve por completo, aparte su rivalidad con Rusia y los incidentes originados por los esfuerzos de su activa diplomacia para conservar la supremacía conquistada despues de la unidad.

II.

Los temores del imperio germánico datan desde hace años. Seguia la revolucion española su curso, acercábase á la meta de las aspiraciones democráticas, dadas las dificultades con que tropezaba la monarquia saboyana, establecida por una estéril transaccion entre importantes grupos políticos, y ya la córte de Berlin llamaba la atencion de las potencias del Norte, sobre el valimiento de los partidos anti-monárquicos en el Mediodia de Europa. Unas veces con el pretesto de combatir los peligros de la *Internacional*, otras para pactar arreglos ó desear combinaciones respecto á la cuestion de Oriente, no dejó de iniciar repetidas conferencias entre los tres emperadores, entrevistas no agenas al deseo de establecer fuertes muros contra la idea republicana.

Cuando los consejeros aúlicos de la familia reinante, entónces desterrada, opinaron que el jóven príncipe proscrito debia ingresar en un colegio de Viena, públicos eran, hasta donde se trasparentan ciertas maquinaciones diplomáticas, los planes embrionarios de Alemania, admitidos por Austria y consultados á Rusia, sobre la necesi-

dad de una accion comun, mas ó menos velada por los artificios usuales en estos casos, al fin esencialísimo de vigorizar en los pueblos latinos las instituciones monárquicas, prestándoles apoyo que las mantuviese en perpétua dependencia. De este modo se realizaba secretamente una intervencion provechosa á los fines de los tres imperios.

Recelos de Rusia, alarmada por la preponderancia alemana, al par que determinadas perplejidades de Austria estorbaron que tomasen cuerpo aquellos planes. He aquí la causa de que la restauracion borbónica no fuera dirigida por la política germánica, del modo directo que algunos de sus mas importantes partidarios esperaban. Pero desde el primer momento mereció su apoyo y simpatias viendo en ella un elemento contrario á los triunfos de la idea democrática, y un auxiliar obligado para los proyectos puestos sobre el tapete en estos instantes.

Desde entonces se ha tratado de explotar por el príncipe de Bismarck la comunidad de intereses entre dos córtes, que ven en la república traspirenáica un formidable enemigo, siquiera traten de ocultarlo lo mejor posible, á fin de no descubrir la trama imprudentemente. Y como los lazos que el temor anuda no suelen romperse mientras

subsiste el peligro, nótase singularísimo fenómeno en la política de ambas naciones. Al paso que los periódicos oficiosos desmienten en Berlin y Madrid la existencia de todo proyecto de alianza hispano-germana, se multiplican las recíprocas demostraciones de íntimo afecto y de perfecta unidad de miras por parte de las cancillerias interesadas en marchar de acuerdo.

Las oposiciones acusaron al Sr. Cánovas del Castillo, cuando este conocido hombre público ocupaba el primer puesto en los consejos de la Corona, acusábanle, repetimos, de prestarse complaciente y sumiso á determinadas exigencias de la córte berlinesa.

A pesar de las trabas puestas á la prensa por la ley especial de imprenta vigente entonces, varios periódicos sostuvieron enérgicamente la acusacion, sin que los órganos oficiosos del gobierno desmintieran el aserto de un modo satisfactorio. Vino á robnstecer esta creencia la actitud del *Times* y otros importantes diarios extranjeros, que hicieron análogas manifestaciones, acentuándolas en términos peligrosos para la política exterior de Espaaña.

Durante los dias del gobierno conservador, dias de proscricion para los principios republicanos declarados fuera de la le-

galidad, trabajóse secretamente para llegar á un acuerdo con Alemania. Indicios seguros señalaron por aquella fecha la existencia de una combinacion, no tan hábil como nos la presentan los germanófilos, destinada á levantar tempestades contra la república francesa, despues de establecer un cordon sanitario al rededor de sus fronteras. La eleccion de una archiduquesa austriaca en los momentos de mas cordialidad entre los emperadores Guillermo y Francisco José, y mas adelante otros actos de la diplomacia austro-alemana, actos que procuraremos analizar detenidamente cuando nos toque debatir los fines racionales de las alianzas, desvanecieron toda duda.

Hemos de conceder á nuestros adversarios políticos la justicia qüe merecen, exento el ánimo de aquellas prevenciones que fácilmente conducen al extravio. Si halagaba al partido conservador tener un punto de apoyo en la política alemana, prometiéndose obtener á la sombra de esta proteccion distinto rango para nuestra pátria, en la equivocada idea de que estas categorias se conquistan por las concesiones cancillerescas, no fué su propósito adquirir compromisos formales y sérios que comprometiesen á España en términos de aparecer frente á frente de Francia al surgir ó renovar-

se, mejor dicho, la temida contienda. Mantúvose aquel gobierno en un término medio, arrastrado por especiales influencias á buscar en los imperios del Norte poderosos valedores, pero prudente y reflexivo no se apresuraba, temiendo acaso fuera peor el remedio que la dolencia.

Mientras se juzgó quebrantadas por luengos años las fuerzas de la revolucion española, desfallecido su espíritu, apagado el entusiasmo que encendiera en los corazones, dispersos y desunidos sus defensores, sin probabilidades de éxito la protesta levantada en los mismos dias del hecho de Sagunto por un honrado político, carácter entero y levantado, el ilustre repúblico don Manuel Ruiz Zorrilla, á quien el autor envia desde estas páginas, trazadas á todo el correr de la pluma, su cordial cuanto cariñoso saludo, no hubo en la política de la restauracion española, en la gestion de sus partidos, motivo bastante para precipitar los sucesos y correr la aventura.

Mas se habia tomado por muerte lo que tenia el carácter de letargo ó desfallecimiento. No se contaba con la fuerza dinámica de las ideas modernas, con las dificultades que los tiempos ofrecen á las exhumaciones que el galvanismo político pretende conservar desesperadamente, ni con

los cambios operados en las costumbres públicas. Sordo rumor de amenaza dejóse oir, como primer aviso de un volcan antes de la erupcion. Los elementos revolucionarios, desorganizados y todo, inspiraron miedo. Creyeron ver los cortesanos que la revolucion asomaba nuevamente la cabeza...

A partir de este instante se precipitan los acontecimientos. Sustituidos los conservadores en la gobernacion del Estado, pareció poco contrapeso al empuje revolucionario la garantia de los constitucionales. Los errores conducen muy lejos. Mientras se aplazaban las reformas radicales exigídas por la opinion, desarrollando una política vacia de verdadero sentido liberal, navegábase á todo trapo por los mares borrascosos de las alianzas monstruosas, absurdas, imposibles.

Falta tremenda, crimen político, cuya responsabilidad exigirá la historia á los que resucitan las temeridades inauditas de aquel insensato Godoy, que hizo de la diplomacia española un auxiliar inconsciente de grandes catástrofes.

III.

Este es el aspecto exacto de la cuestion, mal que pese á los disfraces con que nos la

presentan. Así como se tiende vasta red de hilos conductores para que la palabra círcule por todas partes en las alas poderosas de la electricidad, asi Alemania tiende vasta red de pactos y contratos para rodear de enemigos la república francesa. ¿Hace falta suscitar antagonismos entre Francia é Italia, á despecho de gloriosas tradiciones y del afecto recíproco de estos dos pueblos latinos? Pues no se omiten medios para conseguirlo. ¿Conviene encender la tea de la discordia entre España y Francia, no obstante las repetidas muestras de cariño que con actos inequívocos han sellado su amistad ambos pueblos? Pues se acude al vasto arsenal de las perfidias diplomáticas, tirando la piedra y escondiendo la mano. ¿Se necesita el concurso de la teocracia, la ayuda de la curia romana, suponiendo tenga interés en la realizacion de ciertos planes antirepublicanos? Pues no importa la protesta luterana para dar ese paso, si ha de contribuir al mejor resultado de la empresa.

Notase que los planes embrionarios han tomado formas definidas y concretas al figurar como candidato francés, para la restauracion del trono, un príncipe de la casa de Orleans, amigo entusiasta de los prusianos. Otra circunstancia, enlazada intimamente á nuestra política interior, da á

esta cuestion esencialísimo carácter, presentándola á la perspicacia de los hombres políticos como un motivo de complicaciones y disgustos en el camino recorrido perezosamente por la restauracion, con tan escasa fortuna como poco acierto, para la realizacion de verdaderas reformas liberales. Nos referimos á la ingerencia mas ó menos solapada de la invasora política alemana en la suerte de los partidos monárquicos predominantes, halagando con sus simpatias y tal vez con la perspectiva de no remota proteccion, á las parcialidades que sobre las gloriosas ruinas de la revolucion, por cima de la soberania nacional y de la integridad de los derechos individuales, alzan sagrado altar donde perpétuamente se quema el incienso de la adulacion en honor á los poderes hereditarios, cuyas raices y fundamento hay que buscar en el supuesto derecho divino.

Poco ó ningun trabajo han querido tomarse los representantes de la córte berlinesa, para ocultar el objetivo principal de sus aspiraciones. Cuando D. Alfonso XII llevó á cabo el consabido viaje, acto político por el cual fueron censurados sus consejeros responsables, únicos á quienes constitucionalmente podia pedirse estrecha cuenta, ocurrieron sucesos que parecian

destinados por su significacion y alcance á inclinar el ánimo del jóven monarca en un sentido favorable á las soluciones conservadoras. Mas tarde la visita del príncipe aleman despejó por completo la incógnita, si por acaso quedaban dudas acerca del verdadero aspecto de la cuestion. No se temió herir justas susceptibilidades, ni se rehuyó faltar á ciertas costumbres diplomáticas, que aconsejan la reserva y vedan que el príncipe de otra nacion conceda marcadas preferencias á los jefes de las oposiciones en el pais que se visita. Estos hábitos quedaron quebrantados con las simpatias manifestadas á los prohombres de los dos partidos conservadores, y con la glacial indiferencia para aquellos que ocupando pasajeramente el poder tenian un programa liberal y el compromiso ineludible de realizarlo.

Casi se reproducen, aunque por distintos motivos, las alarmas que sintieron nuestros abuelos al principio de este siglo, alarmas que mas tarde habian de verse justificadas con terribles catástrofes y consecuencias muy dolorosas. Se trata de levantar murallas entre la cordialidad y buen afecto entre España y Francia, y á este fin se sueña con absurdas alianzas que nosotros llamariamos de los egoismos, tomando en cuenta los

sentimientos y móviles en que pudieran apoyarse. Por este camino se nos empuja á una guerra injusta, funesta para nuestros intereses materiales, cualquiera que fuese el papel que en ella nos reservara la suerte, opuesta al desenvolvimiento y progreso de nuestros intereses políticos, que exigen derroteros distintos á los que tendrian si la reaccion clavase sus garras allí donde la democracia empieza á arraigarse; fratricida por tratarse de dos pueblos hermanos, á quienes los antagonismos dinásticos y las ambiciones de los reyes hicieron en otras épocas mirarse como irreconciliables enemigos y librar empeñadas batallas, pero á quienes el espíritu de la libertad une con fraternales lazos; guerra que en estas condiciones acusaria por parte de los que la provocasen el mas perverso y criminal de los planes.

De modo que en el exterior nos comprometeria, empeñando nuestras debilitadas fuerzas y nuestro quebrantado crédito en los azares de una guerra de la cual nos separa todo motivo de queja contra la república vecina, aparte la envidiable situacion topográfica de España para el caso de que una contienda europea estallase, y en el interior serviria para retrasar muchos años el estancado progreso que impulsaron nues-

tros antecesores con sus heróicos esfuerzos y su generosa sangre.

Este es el verdadero aspecto de la cuestion, el cual nos mueve á poner por epígrafe, Ni franceses, ni prusianos; pero nunca fratricidas, pensando en las poderosas razones que aconsejan la neutralidad, y las que bajo diversos puntos de vista se oponen á una guerra entre los dos paises á quienes separan los Pirineos.

Poner de relieve esas razones para que pesen en el ánimo de nuestros estadistas, es hacer la causa de la paz, fin importante que nos proponemos.

Ideas generales.

I.

Desde hace algun tiempo viene siendo esta cuestion objeto de hondas preocupaciones, como si á nadie se ocultara que su fondo entraña la amenaza de inminentes peligros y desastres, cuyas consecuencias pesarian sobre la infortunada nacion española, comprometiendo su porvenir durante muchos años, quizás de ódios, divisiones y rencores, torciendo la direccion de sus esfuerzos para las conquistas del progreso, destruyendo legítimas esperanzas, abrigadas en la perseverante lucha por la redencion de los pueblos, siquiera la responsabilidad no cupiese en tal caso sino á los que acepten pactos ó aventuras que la conciencia nacional rechaza.

Por diversas fases ha pasado, sin perder con ninguna su importancia, ora haya sido presentada como un pacto contra la revolucion española, ora surja con las proporciones de una cuádruple ó quíntuple alianza,

inventada con dos fines por la intriga germániça, ya en fin se limite á compromisos prévios para obrar de comun acuerdo segun el giro que tomen en Europa los acontecimientos. Y es que tras de las razones aducidas para justificar el papel asignado á España, se trate de un concierto entre varias monarquias, ó simplemente de una accion entre dos ó tres dinastias para levantar en Francia el trono de los Orleanes, no decrece lo mas mínimo su importancia por las complicacionesquenacerian al realizarse un plan tan insensato.

Los tiempos han cambiado, sin que podamos todavia afirmar que alcanzamos el desarrollo del progreso, el poderoso movimiento intelectual, obtenido por el fomento de la enseñanza que ha de llevarnos á la mas apetecida conquista, tan anhelada por los pensadores, á la plenitud de conciencia, donde el libre albedrio se determine clara y distintamentte y en medio de grandes y pequeñas pasiones, sin las trabas que suele oponerla ignorancia, sin las ligaduras fuertísimas de la supersticion y el embrutecimiento. Destruidos estos obstáculos obtendráse la integridad moral del ser humano.

Mucho han cambiado los tiempos, por que en medio de las dificultades de toda verdadera transicion, van ganando las so-

ciedades un sentido de moralidad y justicia como nunca existiera hasta el presente en la historia. Pruébalo el clamoreo incesante contra acciones que antes apenas provocaban protesta; las aspiraciones á extinguir abusos legados sin correctivo por otras edades; los esfuerzos para extinguir privilegios y acabar con infamias que han venido siendo como un azote de la humanidad. Las mismas exigencias á normalizar la vida del derecho, frente á toda opresion; las simpatias que gana y los entusiasmos que despierta todo principio social, político ó religioso, si descansa sobre esa imperecedera base, desde la igualdad absoluta ante la ley, hasta el respeto recíproco de todos los cultos, respeto garantido por la libertad de conciencia, demuestran rigurosamente la exactitud de nuestra aserto sobre el mucho terreno ganado por el sentido de moralidad y justicia.

Tan bello carácter de la civilizacion moderna, cuyos beneficios hemos de apuntar mas adelante, no como ideólogos que asocian sus celestiales utopias y sublimes delirios á los progresos presentes, tomándolos como punto de partida, sino como hombres prácticos que apartamos de la crítica los ofuscamientos y las idolatrías, influye en las manifestaciones de los pueblos, y hace

que éstas sean hostiles á toda empresa política para cuya realizacion sea preciso hollar el derecho, escarnecer la justicia, en una palabra, cometer inicuos atropellos, cualquiera que sea el nombre con que se les disfrace.

Las ideas generales están contra el proyecto atribuido al imperio germánico. Basta tomar el pulso á la opinion en España, para convencerse de que si late mas apresuradamente se debe á la indignacion producida ante la perspectiva de que ciertas sospechas tomen cuerpo y acaben en dolorosa certidumbre. Apuntando esas ideas, recogidas con cuidadoso detenimiento, como deben anotarse por el publicista las manifestaciones del cuerpo social, prestamos un servicio á la sociedad española en estas horas de ansiedades y temores, bien que se vislumbre no remota esperanza de alcanzar positivos triunfos sobre los obstáculos colocados en el camino de la democracia.

II.

¿Qué alta razon de Estado se invoca por los poderes hereditarios para sus pactos y alianzas? La misma exactamente que sirvió en otras épocas para consumar la série de crímenes políticos consignados, no sin ho-

rror, en las páginas de la historia, páginas impregnadas de lágrimas y sangre. Se aduce el deseo de poner un freno á los desbordamientos, robusteciendo la autoridad originaria del derecho divino. Se invoca el deber sacratísimo de evitar peligros, impedir trastornos y contener á los perturbadores. Tal es la síntesis de las respuestas dadas por los órganos de las cancillerias de Berlin y Viena, siempre que la prensa europea discute el alcance y trascendencia de la cuestion de alianzas. Y precisamente se invierten los términos de tal modo en esta respuesta, dictada por el artificio, no por la sinceridad y la franqueza, que en todas partes halla oposicion justísima.

Veamos los fundamentos. La idea revolucionaria ha perdido, si no su fuerza dinámica, la forma violenta que hubo de tomar en proporcion á la resistencia y las persecuciones de los poderes contra cuyas injusticias se revelaba. Hoy se acomoda fácilmente á las exigencias de la cultura, á las aspiraciones de paz, tranquilidad y órden demandados con creciente empeño por atendibles intereses sociales. La idea revolucionaria, arreglada á costumbres menos ásperas, ha dejado de ser, en los periodos normales, la apelacion sistemática á los medios de fuerza, para presentarse como un elemento

pacífico de progreso por el camino de las sucesivas reformas, á compás de las necesidades sociales y del ejercicío regular de todos los derechos.

De tal suerte las democracias buscan en la lucha pacífica el triunfo de sus ideales sin sostenes demagógicos, sin sombra siquiera de tolerancia para las tendencias anarquistas, que han conseguido ganar muchas de las voluntades recelosas, apoderarse de muchos espíritus timoratos, conquistándolos por el convencimiento, y hoy constituyen un valladar contra pretensiones insensatas, al par que verdadera escuela de gobierno. ¿Y qué hacen los intereses históricos ante el progreso educativo de las democracias, cuando éstas afirman con sus doctrinas y sus actos el principio de órden, buscándolo en sus fuentes naturales y legítimas, allí donde pueden hallarlo exacto y completo los pueblos modernos, en el tranquilo ejercicio de todos y cada uno de los derechos inherentes á la personalidad humana? ¿Qué hacen esos tradicionales intereses en vista de la actitud pacífica de las democracias, cuando éstas se limitan á esperar su triunfo del concurso de las voluntades, libremente expresadas en los comicios, cuando renuncian al estruendo de los combates, á las pavorosas catástrofes y lo fian

todo á la movilidad y extension del sufragio? ¿Acaso se someten á estas legítimas condiciones, aceptables para cuantos intereses buscan arraigo y garantias en el apoyo de las sociedades, no en la imposicion ó la arbitrariedad de los poderes?

Muestras inequívocas parecen afirmar lo contrario. Vehementes indicios hacen recordar en estos instantes la frase célebre de un malogrado publicista, cuyo honrando acento tronó muchas veces contra la viciada atmósfera que gusta á los cortesanos. «El órden peligra mas por las faltas y maquinaciones de los monarcas absolutos, que por los arrebatos de los pueblos.» Palabras no contradichas hasta ahora, tal fondo de verdad encierran. Y si alguna duda quedara respecto á la oportunidad con que las exhumamos, ved de donde parte la funesta semilla para la guerra, ved de donde viene la alarma que á estas horas pone en peligro la tranquilidad de Europa. Són las conferencias de los representantes del principio autocrático, sus entrevistas, los propósitos que se les atribuyen, los que causan tantas inquietudes y recelos.

Si el peligro viene de ese lado, ¿por qué disfrazar las cosas, con mengua del respeto que la verdad merece? Muéstrese esa verdad pura y sus reflejos bastarán para

que la luz brille donde mas falta hace, en los espíritus irreflexivos, los cuales caminan á tientas, sin tener siquiera el delicado tacto con que el ciego suple en parte la pérdida de la vista. De este modo nadie abrigará ni leve duda acerca de los fines perseguidos por la probable coalicion buscada por la diplomacia germánica.

La sociedad se encuentra amenazada, no por las utopias de los ideólogos, como la reaccion proclamara tantas veces, ni por las tentativas de los elementos exaltados, pues las soluciones prácticas de la democracia serian como espacioso y seguro cauce para todos los principios y el mejor freno para los delirios que no se curan con la represion, ni cerrando las válvulas, antes por el contrario, suelen estallar entonces con formidable empuje. La amenaza, parte, ya lo hemos dicho, de los intereses históricos, divorciados de las corrientes modernas, temerosos de perder los restos de su dominio, si dejan que se cumplan las leyes inmutables del progreso.

Conste, pues, que las ideas generales están de acuerdo en este punto. Los papeles se han invertido, y aparecen los poderes absolutos, al exámen imparcial de la crítica, arrostrando la responsabilidad que corresponde á los perturbadores, en la verda-

dera y legítima acepcion de esta palabra. La tradicion lucha por la existencia, al paso que las democracias cuentan con exuberante vida, para cuyo desarrollo piden únicamente lo que todos los bienhechores de la humanidad, todos sus mártires, todos los grandes caractéres han demandado siempre desde sus respectivas situaciones, respecto á la santidad del derecho. Las ideas generales convienen asimismo en otro alto concepto de la política. Las democracias se rigen por un principio superior que es ley de vida para los pueblos modernos; por el acatamiento al fallo de las mayorias, cuyos juicios se modifican de año en año, á medida que la cultura gana terreno y se llega á esa plenitud de conciencia á que nos referiamos antes. Procura ganar las voluntades por la virtud de sus doctrinas, mediante su aceptacion espontánea de parte de las mayorias. Oponerse á esta marcha natural de las cosas, suscitar obstáculos á este admirable concierto, es colocarse en abierta rebeldia con la civilizacion, producto de múltiples y nobilísimos esfuerzos. ¿Llegarán á merecer el dictado de rebeldes los poderes históricos?

III.

No debemos guiarnos por simples presunciones. Existen hechos cuyo exámen servirá de autorizado testimonio. Un individuo de la casa de Orleans, el conde de Paris, es presentado por sus partidarios como el único pretendiente francés con probabilidades de éxito, como el aspirante á restablecer en Francia la monarquia, contra la cual tantas veces se ha levantado aquel pueblo en el trascurso de un siglo. La casa de Orleans, está unida por estrechos vínculos de parentesco á la casa reinante en España. Con este motivo el nombre del conde de Paris, pariente tan próximo del duque de Montpensier, suena constantemente y sirve de bandera, digámoslo asi, á planes y proyectos de que se ocupa la prensa europea. La circunstancia de que conferenciara detenidamente con D. Alfonso hace pocos meses, á su paso por Francia y Bélgica, ha influido quizás en los juicios de los periódicos, algunos de los cuales han declarado á la faz de Europa, qne el candidato francés, el pretendiente al trono suprimido por la Francia, cuenta con las simpatias de los gobiernos de España, Alemania y Austria.

Vino á robustecer esta opinion el viaje

del príncipe aleman, sus conferencias con el duque de Montpensier, y los preparativos para recibir y agasajar al conde de Paris, cuyos amigos muestran gran confianza en el triunfo. ¿Cómo ha de conseguirse éste? Provocando grandes desastres que pongan en peligro la república francesa, hiriéndola del modo cruel que en ódio á la libertad aconsejaba un publicista ultramontano, suscitándole toda suerte de conflictos. La guerra allanó los obstáculos á la república, y se piensa en la guerra para matar la república, mejor dicho, para imponer por la fuerza, entre el estruendo de los cañones y los ayes de las víctimas, una monarquía transitoria é imposible. Si nos equivocamos atribuyendo tales miras al pretendiente francés, ¿cómo interpretar entonces su reserva, su absoluto silencio acerca de los medios para sacar triunfante la herencia de Chambord? Si se presenta como heredero político de aquel otro pretendiente, para unir en una sola aspiracion á orleanístas y legitimistas, ¿por qué no sigue las huellas de dicho príncipe, declarando á la faz de Europa, comprometiéndose como lo hizo el conde de Chambord, á no consentir por ninun concepto que su nombre sirviera de retesto á las maquinaciones de los extranros ni de bandera para la guerra civil?

Ninguna ocasion mas apropósito para recordar la declaracion de que hacemos mérito.—No seré rey jamás, dijo el conde de Chambord, si ha de ser por la imposicion, á costa de la sangre, de la tranquilidad ó de la honra de Francia. Como hombre de honor cumplió su palabra.

Al heredero político, al conde de Paris, tocaba hacer la misma declaracion, contestando con un compromiso de honor á las sospechas que despiertan en todas partes los trabajos subterráneos de algunas cancillerias. ¿Y dónde consta que haya publicado tal manifestacion? ¿Dónde ha declarado que no se prestará ni á la guerra civil ni á las intrigas y cálculos de los gobiernos extranjeros? ¿Dónde ha dicho que protestará contra toda ingerencia directa ó indirecta de Alemania en los asuntos de su pátria, contra toda provocacion y toda asechanza de esa potencia, cumpliendo así los altos deberes de patriotismo que como francés tiene? Nosotros no hemos leído esa declaracion en ninguna parte.

¿Será posible que las ambiciones cuando tienen mala base, cuando se apartan de los buenos principios, cuando desconocen aquellos respetos y conveniencias á que deben sujetarse los esfuerzos de la voluntad, pierdan toda nocion de justicia y equidad, y ol-

viden la alteza del deber por la que tantos hombres se han inmolado? Tal vez hallariamos en la respuesta, si analizáramos este punto, la explicacion de incalificables atentados, cometidos en los antiguos y los modernos tiempos.

IV.

Por un importante diario se ha dicho recientemente, y á su testimonio apelamos, que así como Felipe VII, (el conde de Paris) al ser coronado rey de Francia sustentaria una política de sumision y vasallaje al imperio germánico, cediendo á perpetuidad por un solemne tratado la Alsacia y la Lorena, y renúnciando á toda revancha, del mismo modo España pagaria á la córte berlinesa sus servicios contra la causa republicana, concediéndole algunas ventajas coloniales. Y esta afirmacion, vaga y oscura, es un motivo mas de inquietud y temor para nuestra pátria, máxime cuando tan desgraciada y torpe es la gestion de los gobiernos de la monarquia restaurada en todo lo que se relaciona con la política exterior, ya se trate de extender nuestra influencia en Marruecos ó de acreditar importantes derechos, ya se refiera al porvenir de nuestras codiciadas posesiones allende los mares.

¿Qué beneficios podriamos conceder al imperio germánico, á cambio de servicios imaginarios, aprovechables en todo caso única y exclusivamente á intereses y aspiraciones que no concuerdan con las exigencias de nuestra pátria? ¿Seria posible que á tal punto llevase Alemania su empeño de mezclarnos en contiendas agenas y de pretender armar nuestra mano con el insensato acero del fratricida, que al descargar el golpe vierte su propia sangre y desgarra su propia carne?

Seria el colmo de la audacia por parte del canciller de hierro; el colmo de la imbecilidad por parte del gobierno español que se prestase á tan innoble juego. ¡Hacernos servir de instrumento y cobrarnos el precio! Pero hay precedentes históricos. Buscad los pactos entre Napoleon I y la córte española de aquella fecha, antes de que el ultrajado pueblo tuviera que defender su honra con su sangre, y encontrareis como no pareció ni indigno ni vengonzoso la aceptacion de planes y propósitos que tendian á desmembrar nuestra pátria para satisfacer ambiciones ilícitas.

¡Ventajas coloniales al imperio germánico! ¿Qué significa esta frase misteriosa, contra la cual protestará seguramente el recto sentido de los españoles? ¿Procede acaso de

la fantasia de alguna imaginacion extraviada? ¿Es un arma que se esgrime contra la política de alianzas? No hubiera causado tanta alarma, si no viniera despues de los insistentes rumores sobre las miras de Alemania en el archipiélago filipino; despues tambien de los recelos despertados con motivo de su presencia en las Baleares, donde se condujo de un modo bastante sospechoso. Y he aquí como la cuestion adquiere doble importancia, presentando á la la consideracion de las personas sensatas y reflexivas, sin distincion de matices políticos, un problema erizado de dificultades y peligros.

¿La supremacia de Alemania, favorable á los intereses dinásticos en cuanto fueran una traba para las soluciones republicanas, no constituiria un peligro constante é inminente para nuestros intereses nacionales, bajo diversos puntos de vista? ¿Quién responde en este caso, vencida la república francesa, sujeta á diplomático vasallaje por la monarquia que allí se entronizase, desviada Italia del objeto que deben perseguir incesantemente los pueblos latinos, máxime ahora que el principio de libertad religiosa e impone á sus costumbres y purga, por deirlo así, las tremendas faltas cometidas por a antigua feroz intolerancia; detenido en

España el progreso político, tras los malogrados esfuerzos de una revolucion triunfante, desviado Portugal de la mision que ha de unirle con España por el lazo santo del amor fraternal y la comunidad de intereses, quién responde, repetimos, de que Alemania no nos haga pagar muy cara por lo pronto su tutela, si llega á realizar sus planes?

De un lado la perturbacion que produciria en el pais toda tentativa por parte de España contra las instituciones republicanas arraigadas en Francia, y de otro la amenaza de perder mas tarde, como compensacion sarcástica, por no decir irrisoria y humillante, alguna porcion de nuestro territorio insular.

Es decir; el peligro por todos lados; ó lo que es lo mismo, sombras y dudas bajo cualquiera punto de vista que se examine la cuestion.

Anatema contra la guerra.

I.

Sobre todo campo de batalla, teñida en sangre la tierra por la fiereza de los combatientes, escarnecido el sublime principio de fraternidad ante los ódios desencadenados, como las tempestades se desatan, moribundos los que horas antes daban muestras repetidas de viril energía, desfallecidos por la desolacion y el cansancio aquellos otros que lograron sobrevivir á la contienda, envueltos muchos por las sombras de la muerte, mas densas y tétricas que la oscuridad de la noche, cuando el remordimiento empieza en el punto mismo que la embriaguez de la pelea acaba, y el pesar principia á herir con su aguijon de fino y resistente acero, pudiera estamparse con caractéres indelebles: maldicion para todos los que provocan estas salvajes escenas, en que al derecho y la justicia les toca sucumbir no pocas veces. Bien hayan aquellos que detestando la guerra, lamentando amarga-

mente sus funestísimas consecuencias, se ven obligados á tomar parte en sus azares por imperiosas exigencias del honor y del deber, unidos siempre á la necesidad de la defensa.

En esta situacion llegaria á verse Francia, compelida á defenderse contra las maquinaciones fraguadas en su daño, si la guerra le amenaza y se introduce por las fronteras del Este y por los Pirineos, donde la libertad debiera establecer firmísimo baluarte, y donde la tradicion pretende crear un semillero de antagonismos y rivalidades. ¿Cómo no han de estar de su parte las simpatias, cómo no ha de merecer la estimacion del mundo civilizado, cómo, en fin, no han de interesarse por su suerte las personas de recto criterio, si en las probables complicaciones internacionales representa el papel de hostilizada y provocada por los cálculos de repulsivo egoismo, si aparece como la víctima escogida para cruento sacrificio, y si los provocadores no tienen en su apoyo una idea noble, un pensamiento laudable, un propósito levantado que justifique su empresa?

Ante el tribunal, desapasionado de la razon, cuando esta no se nubla ni se empaña, sino que luce y brilla sobre las pasiones humanas como el sol en los dias claros y

serenos, las luchas armadas individuales ó colectivas, ya se trate del duelo á muerte de dos adversarios, ora haga estremecer la tierra el duelo formidable de dos ó mas naciones, producen muy hondo disgusto, y dentro del desagrado que causan tales espectáculos, la odiosidad cae entera sobre aquellos que hicieron posible la contienda con sus agresiones, sus imprudencias y sus soberbias.

Siendo así, ¿cómo han de juzgar los pueblos, tan necesitados de los beneficios de la paz, las maniobras, artificios y ardides de la cancilleria alemana, su concentracion de fuerzas y sus inteligencias con los gobiernos de otros paises, como preliminares para la guerra, sus proyectos de anexiones y despojos para despues de la anhelada victoria, sus planes de perpétua supremacía y engrandecimiento, no por el extraordinario influjo de las ideas que rigen el mundo, sino por el predominio de la fuerza bruta, por la organizacion de numerosos ejércitos, por la consecucion de fines esencialmente contrarios á las aspiraciones y las necesidades de esta vieja Europa que ciertos poderes han llevado á periodos de completa decadencia?

¿Cómo han de resonar los alardes del órgano de Bismarck, cómo han de ser escu-

chados por la Europa culta, si tienden á empequeñecer la árdua cuestion del porvenir de los pueblos, reduciéndola á meras combinaciones de táctica guerrera, como si nos halláramos en los tiempos del derecho de conquista, y si se quiere suplir con el alcance de los cañones y la audacia y engreimiento de los hulanos, envalentonados con sus anteriores éxitos, la deficiencia de organismos políticos asaz imperfectos, como lo son á no dudarlo, las instituciones que desconfian del presente y temen el porvenir?

Pues esos alardes intempestivos, propios de pasadas épocas, cuando ejercian inmensa influencia las brutalidades de la fuerza, esos propósitos de preponderancia por la resurreccion del cesarismo, esa insistencia en agitar la tea de la discordia en nombre de principios que no resisten al exámen de la crítica, todo este conjunto de amenazas y preparativos para la guerra, suena en la Europa liberal y culta como una nota discordante en el concierto de las ideas que tienden á dilatar los anchos horizontes del progreso, no á empequeñecerlos, de ese progreso bajo múltiples formas realizado en el modo de ser de las sociedades modernas, y que para el sábio representa los incesantes triunfos de la ciencia; para el político

libertad bienhechora que conduce al pleno ejercicio de los derechos; para el artista los adelantos y perfecionamientos que antes apenas se vislumbraban; para el labrador los nuevos inventos destinados á cultivar la tierra y obtener mayores productos; para el industrial los portentos y las maravillas alcanzadas cada dia por la combinacion de elementos que el estudio y la constancia utiliza; para el comerciante los rápidos medios de comunicacion, que salvan con velocidad las distancias y facilitan la exportacion á los mas remotos climas; para el desheredado de la suerte la esperanza no infundada de alivio en sus infortunios; para todos la suma de bienes y ventajas que se consiguen en cada una de las victorias alcanzadas contra la ignorancia y la miseria, su hija predilecta.

II.

Todos estos intereses se alarman ante las probabilidades de una sangrienta contienda. Son los intereses de la paz, consagrada por la civilizacion actual, con el entusiasmo que los antiguos gentiles consagraron culto á sus deidades. Son los intereses mas legítimos y dignos de respeto, por que se relacionan con las necesidades de la vida,

encarnan con los principios de justicia, representan las naturales exigencias en todos los ramos de la actividad, responden á las ideas del honor y la honradez, que no permiten las trasgresiones toleradas ó admitidas por la guerra, siquiera sirvan en determinadas circunstancias para labrar el pedestal de la gloria ó la fortuna de algunos hombres, y constituyen, cada uno en su esfera, la aspiracion mas laudable y racional al combatir el atropello, la iniquidad y la opresion, que suelen viajar juntos como inseparables compañeros y que al estacionarse labran la ruina y aun la deshonra del punto donde se enseñorean.

Son los intereses que el derecho moderno pone bajo su salvaguardia, proclamando el mas profundo respeto á la personalidad humana, la cual en la paz puede hacer de la tierra vasto campo de esperanzas y armonias, donde los dulces afectos, la recíproca consideracion, el mútuo apoyo, la solidaridad en la desgracia, el estímulo en los desfallecimientos, atenúen los rigores y las penalidades que imponen la existencia, al paso que en la guerra soporta los sufrimientos y los horrores de un verdadero infierno, donde el esterminio toma colosales proporciones, sin detenerse ante el espanto y la desesperacion de multitud de seres.

A estas horas todos esos intereses se inquietan por la aterradora perspectiva de una nueva guerra, cuyos resultados no pueden preveer ni los mismos que la provocan, y que acaso se ocupan ya en amontonar en sus cartapacios las cifras de esclavos de la disciplina con que cuentan, en trazar posiciones en los planos, en fijar cláusulas para someter al vencido y disponer de su suerte, sin tener en cuenta que circunstancias no previstas por su temeridad ó su soberbia pueden modificar esencialmente tales proyectos ó dar al traste con ellos.

La opinion, pues, está en contra de la guerra, considerándola como una perturbacion provocada por intereses y conveniencias dinásticas, como plaga ó azote que amenaza á una parte importante de Europa, que no podria menos de sufrir grandes estragos, y sobre todo, como inminente peligro para los esfuerzos pacíficos de la libertad, que perderian este carácter altamente simpático, suavizadas ya muchas asperezas y á punto de desaparecer otras, para tomar el de la violencia con sus atentados, sus vejaciones y arbitrariedades.

Muchos combustibles ha ido hacinando el espíritu de la revolucion sobre los privilegios y las injusticias de caducos sistemas. La democracia con su sentido guber-

namental y práctico trabaja para dar forma templada á la lucha, y en este punto influye sobre las impaciencias, encauzándolas por corrientes pacíficas, refrena los espíritus exaltados, haciéndoles ver las ventajas de construir bases sólidas, cimientos resistentes para reemplazar los derrumbados ó próximos á caer bajo la accion incesante de las nuevas, saludables ideas, quita su carácter tumultuario, producido por la efervescencia y la desorganizacion, á las manifestaciones de las muchedumbres, con lo cual apaga la encendida mecha colocada junto á esos combustibles; se opone, en fin, al estruendo de las ruidosas explosiones, á los siniestros resplandores de la incendiaria tea, prefiriendo la luz hermosa y pura de la propaganda sensata y razonada, luz bastante á iluminar las conciencias. Cnando este es el carácter propio de los grandes elementos de gobierno aportados por las democracias de Europa, cuando en Francia se da el ejemplo, librándose contínuas batallas por la alianza de la libertad y el órden, he aquí que la reaccion se obstina en hacer infructuosa esta buena obra, tan provechosa á los intereses sociales y políticos de cuantas naciones se ven solicitadas por la necesidad apremiante de muchas y radicales reformas.

En vano las democracias se mantendrán dentro de los prudentes límites que corresponden á los partidos de gobierno, para quienes la realidad con sus impurezas, sus dificultades é imperfecciones ha de ser como punto de partida, á fin de hacer de los bellos ideales del porvenir, de las esperanzas del presente, de la fé inextinguible en mejores tiempos, la realidad mas perfecta del mañana. En vano su plausible circunspeccion tratará de esquivar el reto. El hombre mas pacífico cuando recibe infamante golpe en el rostro y se le obstruye el paso, y sin razon ni motivo se pretende encadenarle, ruge como el leon, se bate con los brios salvajes de esta valiente fiera, y enardecido por la lucha, circulando por sus venas la ardiente lava que la indignacion produce, exaltado su espíritu por justa cólera, cuyos impulsos prestan al ser humano fuerzas de gigante, olvida sus hábitos templados y un solo deseo le guia, destrozar hasta los últimos restos de la opresion que en tal estado le pusiera.

Así, pues, si el espíritu revolucionario cambia la marcha sosegada de sus naturales corrientes, como las aguas de un rio al hallar obstáculos en su cauce; si á los acentos de paz con que procura atraerse las voluntades en las Academias y Ateneos, á

las palabras persuasivas que emplea para ganar simpatias y apoyo en la opinion, á las manifestaciones de su respeto á la armonia entre todas las clases sociales, por medio de recíprocas conveniencias, se suceden los aterradores gritos de combate, y á los destellos de la razon los ciegos arrebatos de la ira, culpa será de aquellos poderes que proclamándose la mejor salvaguardia de los intereses sociales, su mejor custodia y garantia, parecen dispuestos á encender la mecha de las catástrofes apagada por las democracias.

III.

Contra la guerra en perspectiva se ha pronunciado la opinion, como un solo hombre, percibiéndose ecos de profundo disgusto allende el Rhin, donde causan vivas desconfianzas, por parte de los liberales, las concepciones políticas del génio emprendedor de Bismarck. Esas manifestaciones contrarias á la guerra, considerada por millares de alemanes como devastador azote, apenas si se perciben en nuestra pátria, donde debieran analizarse, por el descuido censurable de no prestar atencion sino á la prensa alemana inspirada en las tendencias avasalladoras del imperio. Y, sin embargo,

en la misma córte berlinesa, cerca del emperador prusiano, rozándose con sus consejeros aúlicos, hay publicistas muy estimados del pueblo, cuyas voces se alzan diariamente para decir con una franqueza que á muchos monárquicos españoles, infiltrados de vergonzoso servilismo, pareceria irrespetuosa: Señor; las naciones fian en estos tiempos su preponderancia y valimiento al desarrollo de su cultura, á sus progresos en las ciencias, las artes y las letras; á sus adelantos en la agricultura, la industria y el comercio; al fomento de sus naturales medios de riqueza, guardando su aspecto bélico y el buen temple de sus armas para repeler las agresiones y hacer respetar sus derechos. El imperio aleman vive en la miseria, como aquellos guerreros de la edad media, cuya actividad consumiase en los preparativos de nuevos combates, y sus caudaies se derrochaban en los aprestos de inútiles guerras. Vuestra magestad cuenta el número de soldados dispuestos á una nueva guera, y olvida el de los mendigos, acaso mas formidable; recorre con mirada inquieta las líneas de dos planos desde el Rhin hasta el Sena, y olvida otras líneas en forma de surcos las cuales reclaman perseverante estudio, si por ellas ha de obtenerse el acrecentamiento de nuestra riqueza. Señor;

mientras se estudian nuevas tácticas guerreras, se ensayan mortíferas armas de extraordinario alcance, se inventan trasportes rápidos para las municiones que han de sembrar la muerte á centenares de metros á donde estallen, ó se buscan múltiples ligaduras para embarazar la accion del enemigo y asestarle el golpe sobre seguro, la corrupcion se extiende por el imperio, muchos súbditos vuestros dejan de ser pensadores para convertirse en rufianes, al paso que en las entrañas del imperio se agita como dentro de un cráter la protesta airada del socialismo aleman, alimentado su pesimismo por las iniquidades y las injusticias del imperio. Y, señor, esta situacion es peligrosa. Vale tanto como permanecer tranquilamente sobre un volcan, cuando la ebullicion empieza. Al cabo vamos á representar en Europa el papel de aquellos caballeros feudales, de férreo casco y pesada lanza, para quienes la guerra era como un medio de obtener abundante botin, ó mejor dicho, el ejercicio que les conducia á la rapiña. No debe ser esta la política de engrandecimiento que corresponde á la unidad alemana.

Estas protestas, cuya sintesis hemos creido oportuno trasladar á las páginas de nuestro libro, protestas arrancadas por las

maquinaciones del imperio á la sensatez de muchos alemanes, resuenan en el centro de Berlin y llegan hasta el régio alcázar, siquiera sean recibidas con marcadas muestras de desden. Y si de Berlin pasamos á los diversos estados de la confederacion germánica, en donde la opinion se manifiesta hostil á nuevas empresas guerreras, si estas surjen no por la necesidad de la defensa, sino ante los cálculos y conveniencias de la córte berlinesa, se advertirán síntomas de un gran descontento, no neutralizado por la perspectiva de aumentar la omnipotencia y supremacia del imperio, antes al contrario, demostrándose por el temor de que ese mismo predominio militar sea como barrera inespugnable á la consecucion de fines políticos mas conformes con el carácter y las necesidades de los tiempos.

Dentro del imperio austro-húngaro el elemento oficial aparece divorciado de la opinion, segun testimonios muy respetables, por lo que respecta á varias cuestiones, figurando entre ellas la referente á la conveniencia, justicia y oportunidad de otra guerra contra Francia. Donde el sentimiento de la equidad no llega, y esto se advierte en muchos publicistas austriacos de encallecida conciencia, suplen su efecto los

recelos que alli despierta la preponderancia de su antigua rival la Prusia, y los temores de que la alianza de ésta con Italia, sea pagada mas tarde á costa de Austria. De cualquier modo y sean diversos los móviles, percíbense inequívocas señales de disgusto á través de la estudiada reserva de la córte de Viena y del lenguaje vago y oscuro de los órganos oficiosos de aquel gobierno,

Acaso se ofrece allí análogo espectáculo, bien qne las circunstancias sean distintas, al que en nuestra pátria presentan las aspiraciones populares, combatiendo enérgicamente toda idea de guerra, y el elemento oficial adoptando actitud incierta y nebulosa, ocasionada á la duda ó cuando menos á la sospecha. Quizás en Austria-Hungria, cuyas manifestaciones suelen llegar desfiguradas hasta nosotros, las buenas voluntades tiendan como aquí, desprovistas de ciertos compromisos funestos, ó no arrastradas por malas corrientes, á evitar la guerra, con la misma eficacia y solicitud con que se acude á evitar el paso de una epidemia.

Si en esos dos imperios del Norte la paz encuentra entusiastas partidarios, cuando allí debe respirarse belicosa atmósfera, cargada con los miasmas de ambiciones dele-

téreas, miasmas que bajan de la cúspide á abajo, para llenar con esa gusanera la tierra; si en medio de este ambiente envenenado, respirando constantemente aires corrompidos por la autocracia, hay millares de prusianos y austriacos que lanzan su fiero anatema contra la guerra, ¿qué no sucederá en los paises mas liberales de Europa, cualesquiera que sea la conducta observada por sus gobiernos, no siempre representantes de las ideas generales en agitados períodos de transicion y lucha?

IV.

No cabe abrigar sobre este punto la mas ligera duda. Cuando *La Gaceta del Norte* habla en términos ofensivos para los franceses, afectando un lenguaje amenazador y altanero, que por fuerza ha de herir el decoro de nuestros vecinos, escúchase severa protesta en todas las capitales de Europa, y mas de una vez las frases de los periódicos ingleses, belgas, rusos y españoles han borrado las que en ódio á Francia escribiera con ácido y pólvora el órgano de Von Bismarck. Y cuando algunos republicanos franceses dejándose guiar por malas pasiones, atentos al deseo ciego de la revancha, se expresan contra Alemania en análogos

términos, se oye clara y distinta igual protesta, y los órganos europeos publican idéntico consejo, recomendando la calma y la prudencia. Demuestra esto la oposicion á la guerra en todos los centros no perturbados por insensatas ambiciones, oposicion que consideramos como un verdadero anatema.

Al terreno ganado por las ideas de paz, precursora de futuros progresos en las relaciones políticas de los pueblos, siendo como un indicio el éxito alcanzado en el trascurso de pocos años la fórmula diplomática de los arbitrajes para resolver esenciales diferencias, únese en estas circustancias el convencimiento de que al sonar la voz tempestuosa del cañon en el corazon de Europa, ha de despertar súbitamente aquellas violentas pasiones, cuyo carácter hemos procurado describir á grandes rasgos.

Si los poderes autocráticos se dan cita para escoger medios de dominacion, resucitando el cosmopolitismo á que aspiró otras veces el derecho divino, precisamente cuando al cosmopolitismo liberal, mas generoso que práctico, renuncia á sus sueños de universalizacion en punto al principío de las nacionalidades, y desecha sus quimeras y fantasias sobre la cuestion de fronteras, si la provocacion parte de entidades cuyos dere-

chos pone en litigio uno y otro dia el espíritu moderno en la catedra, en el Parlamento y en la prensa periódica, tribuna pública de inmensa resonancia, ¿no podria la chispa prender fuego á los combustibles de que hablábamos, convirtiéndose una parte de Europa en teatro de horrores que pueden evitarse?

La primera bomba se dispararia contra la república francesa. ¿Contra quién se dispararia la última? Las seguridades del éxito engañan muchas veces. El gabinete de Berlin no se precipita, es verdad; prepara los elementos indispensables para la realizacion de su empresa, combina los medios con una serenidad que refleja la entereza de carácter y el dominio sobre sus facultades que tanto distinguen á Bismack; se hace de modo que la prevision abrace todo el horizonte de lo desconocido, para que las cosas no vayan luego mas allá, ni se queden mas acá de lo que de antemano se ha calculado como conveniente. Y sin embargo, pudiera ser muy distinto el desenlace, abrazar la contienda mayor extension, tomar colosales proporciones y producir numerosas víctimas innecesarias para el progreso de los pueblos. Sobrados motivos existen para alarmarse.

No basta, pues, un deseo platónico en

pro de la paz, si real y positivamente se corre el riesgo gravísimo de perder por mucho ó por poco tiempo sus cuantiosos beneficios. Es necesario trabajar para asegurarla, y esta labor meritoria, digna de nuestras aspiraciones liberales, puede servir fácilmente para probar á los que dudan ó vacilan, dominados sus espíritus por creencias añejas, que el imperio no es la pàz, como sarcásticamente proclamara un hombre sin convicciones, cuando su inteligencia meditaba acaso nuevas fratricidas luchas.

La paz es mas fácil donde los paises son dueños de sus destinos y no sirven intereses agenos, verdad traducida en esta sentenciosa frase de un ilustre publicista: La guerra aprovecha á los príncipes y arruina á los pueblos.

Medios prudentes de conjurar la guerra.

I.

Examinando detenidamente la cuestion se comprende que la inmensa mayoria de los republicanos franceses, la masa compacta y numerosa donde domina la sensatez y la cordura, no va ciega por la ira tras la revancha contra Prusia, puesto que la república necesita de reposo y tranquilidad para restañar las heridas profundas que el imperio abrió en el corazon de la Francia. Siguen allí los republicanos, con raras excepciones, el axioma del inolvidable Thiers, cuyos provechosos consejos, producto de la esperiencia política, tendieron desde 1870 á conjurar con tacto y prudencia los mas inminentes conflictos. «La república francesa, dijo el anciano estadista, no ha de ser una amenaza para la paz de Europa, sino ejemplo vivo y elocuente de armonia y concordia.» Y de tal modo se procura por el gabinete de Paris observar una línea de

conducta ajustada á estas conveniencias, que predomina constantemente el propósito de suavizar las asperezas, calmar las pasiones, templar los ánimos y dirigir las corrientes por un camino opuesto á los deseos de inmediata revancha.

El mismo Gambetta, cuya prematura muerte no será bastante llorada por la Francia, y á quien se presentaba como partidario entusiasta de aprovechar cualquiera coyuntura favorable para buscar el desquite, no cesaba de inclinar el ánimo de sus numerosos amigos políticos, con objeto de que en tal sentido realizasen sus trabajos y moderasen sus aspiraciones. «Antes que la guerra con Alemania, antes que la satisfaccion de ciertos deseos bélicos, decia el grande hombre no obstante su fogoso carácter, está la conservacion de la república á tanta costa obtenida, y ensanchando su engrandecimiento conseguiremos sin violencia ni peligros lo que á todas horas exigen los sentimientos patrióticos.»

Con siniestra intencion se ha supuesto que existe en los prohombres de la república francesa el propósito de precipitar los sucesos. Esto carece de exactitud, sin que para prestársela aparentamente sea justo evocar el recuerdo de lo ocurrido en setiembre del año anterior, cuando la in-

sensata manifestacion contra el rey D. Alfonso.

Analizados aquellos desagradables sucesos, resultó que no habian tenido, bajo ningun punto de vista, la significacion ni la importancia que deliberadamente se les atribuyó por los irreconciliables enemigos de la república francesa. Demostróse tambien, no solo ante la actitud de la prensa republicana, la primera en protestar honrada y dignamente contra el atropello de unos cuantos ánimos inquietos, en quienes la pasion se desbordara, sino tambien por la conducta patriótica y conciliadora de aquel gobierno, que en medio de tantas asechanzas y complots urdidos contra la nacion vecina, allí dominaba una tendencia pacífica, y en aras de ella se hacian toda clase de sacrificios y esfuerzos, hasta el dè rechazar como infundadas las sospechas y prevenciones nacidas de actos diplomáticos por todo extremo equívocos.

Altas consideraciones y conveniencias que no hemos de olvidar nosotros, védannos acoger los rumores esparcidos aquellos dias, sobre los resortes ocultos puestos en juego desde el imperio germánico, con el fin de establecer antagonismos funestos y crear ódios y enemistades entre España y Francia, preparando el terreno para el dia en

que hubiéramos de servir de instrumentos.

Respecto á la susceptibilidad española se tiene una idea exacta en las córtes de Europa. No se ignora en sus cancillerias que el amago de un agravio, cualquiera que sea el pretesto, basta á herir el patriotismo de los españoles, levantando tempestades tan grandes por lo menos como los brios, el valor y el ardimiento que siempre demostraron en la pelea.

Y quizás no faltó allende el Rhin quien quisiera explotar este modo de ser de nuestros compatriotas, entre los cuales hasta los mendigos, como dijo un publicista extranjero, tienen rasgos de dignidad é hidalguia no comunes en otros pueblos. Quizás se pensó encender la llama de funestas discordias en los Pirineos, llama que hubiera crecido por la exaltacion de las pasiones hasta convertirse en formidable hoguera. Si asi fué, hay que convenir en que el desencanto recibido por el hipotético autor de tales maquinaciones, estuvo á la altura de su atrevimiento. ¡Tambien los mas encumbrados por la fortuna política, suelen devorar en el silencio de sus gabinetes grandes fracasos!

Pero ya que no acojamos tales versiones, y hasta pongamos en duda el empleo de

ocultos resortes para preparar los suçesos de Paris, fijándonos únicamente en hechos del dominio público, en actos realizados por la córte de Berlin, deduciremos que la ruidosa manifestacion juzgada entonces como el prólogo de la guerra, mejor dicho, como el *casus belli* en que se fundara, tuvo su origen fuera de la frontera francesa, con una série de incidentes cuyo carácter apreciaron los malévolos en el sentido de meditada provocacion, siquiera no fuera este el propósito de los promovedores.

Los intereses históricos, al exaltarse entonces, cometieron notoria injusticia dirigiendo á la capital de Francia los tiros de sus arrebatos, cuando en honor á la equidad debieron mandarlos á Berlin.

¿Y qué sucedió al ocurrir aquellos hechos? ¿Qué enseñanza pudieron sacar los pueblos y los gobiernos? Una bastante provechosa, que encaja perfectamente en este estudio, y que ha de servir sin duda para conjurar el peligro de la guerra. Se demostró que ni en Francia la opinion influyente desea escuchar el clarin bélico, ni es imposible romper con burdas intrigas ó livianos pretestos los lazos de fraternidad y cariño existentes entre España y Francia.

II.

Al regresar el venerable Grevy al Elíseo, acabado de presentar sus excusas á D. Alfonso, cuando todavia no se habia extinguido el eco de la gritería, pronunció estas palabras, dignas de pasar á la historia: «Reparando la falta cometida por unos cuantos insensatos, he salvado el honor de Francia.» De este modo probó elocuentemente que la república no es lo que sus enemigos pretenden.

Y puesto que el peligro no está en las trasgresiones internacionales de la nacion vecina, absteniéndose de toda provocacion ó ingerencia que pudiera lastimar á cualquiera de las naciones de Europa, nosotros hallamos medios sobrados para conjurar la guerra en la actitud que adopten las naciones latinas, si sus gobiernos saben conducirse con esquisito tacto.

El mismo empeño que pone el canciller aleman en atraerse el concurso de España y de Italia, aparte otras consideraciones que mas adelante expondremos, prueba que es de capital interés para las miras de la política germana, conseguir el concurso de fuerzas que al lado de Francia y en pró de las ideas democráticas, darian distinta so-

lucion al problema, mientras que coaligadas contra la república traspirenáica serian poderosos auxiliares del imperio.

Estimándolo así sus agentes, trabajan para producir extraordinaria confusion, merced á la cual se acepte, sin prévio exámen y por pérfidas sugestiones, un plan no ajustado á los intereses de los pueblos latinos en el presente momento histórico, ni á sus luchas por establecer verdaderos sistemas liberales, que permitan y auxilien el desenvolvimiento de su progreso político. La táctica para conseguirlo es igual en Italia y en España.

Allí se halaga el sentimiento patriótico por completar la unidad, á la vez que se intenta despertar recelos y desconfianzas. respecto á la política colonial de Francia. Aquí se explota el temor que á los elementos monárquicos menos expansivos produce la vecindad de las instituciones republicanas.

¿Es tan dificil oponer á esta empresa diplomática, apoyada en verdaderos trabajos de zapa, por mucho que sean sus elementos de triunfo, la obra verdaderamente indispensable de una inteligencia entre las diversas fuerzas democráticas del Mediodia de Europa? Y conste que no invocamos, como por algunos pudiera pensarse, los olvida-

dos delirios de la utopia cosmopolita en cuanto se relacionan con ciertas acciones comunes, que por lo demás cosmopolita es la libertad política y religiosa, como cosmopolita es la fraternidad, admitida y proclamada sin distincion de razas, sectas, color, ni nacionalidades. Y conste, asimismo que si huimos de proponer lo irrealizable, lo quimérico y lo ilusorio, cuando el estado alarmante de las cosas y la situacion de Europa reclaman soluciones prácticas, nos apartamos tambien de proponer pactos dudosos entre los partidos revolucionarios de los paises latinos, como no ha mucho indicaba con tanta buena fé como sobrado optimismo, el órgano mas importante de los republicanos de Italia.

Seria desconocer completamente las dificultades de la empresa, confiar á ella la obra por todo extremo interesante de ganar la opinion pública en contra de la guerra. Perderíase el tiempo sin hacerse nada práctico, y al cabo el génio maléfico que trabaja en el sentido indicado, batiria sus negras alas de cuervo hambriento, oscureciendo el horizonte del porvenir, que por entero pertenece á la saludable influencia de las democracias.

Para ganar la opinion en contra de toda inteligencia favorable á los planes bélicos,

partan de Berlin ó de donde quiera, para agitarla con tan plausible objeto, al extremo de que se imponga á los gobiernos en uso de sus indisputables derechos de soberania, no es menester pactos prévios ni ninguna otra clase de compromisos. Basta con que en España, en Italia y Portugal se trabaje por los elementos democráticos en idéntico sentido, utilizando todos los medios legales establecidos por la naturaleza misma del sistema representativo.

El Parlamento, el libro, el periódico, la reunion pública, el derecho de peticion, las manifestaciones mas solemnes en forma de meetings, la propaganda mas activa, todo cuanto caracteriza en sus movimientos á los pueblos modernos, cuanto les presenta con los atributos de la libertad y la independencia, dentro de sus respectivos organismos políticos, debe emplearse para impedir que los gobiernos contraigan compromisos de cierta índole, que puedan conducir directa ó indirectamente á secundar la política avasalladora de Alemania.

III.

Es tanto mas fácil llegar á este extremo beneficioso de la paz, bajo distintos aspectos, cuanto que una parte importante de la

opinion viene mostrándose opuesta á todo principio de alianza contra la libertad y la independencia de una nacion latina, y no oculta sus temores y recelos. ¿Qué no sucederia si la propaganda disipase todas las sombras, haciendo ver las ventajas de adoptar esta actitud, y se trabajara por sacudir con fuerza la pereza, el indiferentismo y el marasmo en que viven muchos de los elementos llamados á encauzar las corrientes oficiales por donde conviene á las levantadas aspiraciones nacionales?

Cuando la opinion se mueve del modo que corresponde á su soberania, con irresistible empuje; cuando numerosa y unánime se opone á los actos desatentados de los gobiernos, y no omite ninguno de los muchos medios á su alcance, no hay que abrigar dudas acerca de su triunfo, siquiera éste halle al principio dura resistencia en la ofuscacion ó la soberbia de los poderes.

Si esto ocurre de ordinario en la marcha normal de la política, y lo traza asi la historia de los grandes triunfos del espíritu público en el trascurso del siglo presente, hay que tener en cuenta una razon de gran peso por lo que respecta á nuestro argumento. Jamás necesitan los gobiernos estar mas identificados con la opinion, estrechar

tanto las distancias entre el poder y los gobernados, buscar á todo trance su apoyo, sin regateos ni desconfianzas, que cuando van á entrar en el camino de las guerras, camino siempre erizado de tremendas responsabilidades é inmensos peligros.

La razon está al alcance de todos. La guerra exige penosos sacrificios, y ha de llevar el asentimiento del pais, pues no solamente se lucha en los campos de batalla esgrimiendo el arma mortífera, sino que otros combates se libran entre aquellos que se quedan á retaguardia, los combates de la abnegacion y el patriotismo, al aceptar con ánimo sereno los duelos, los infortunios de esta clase de contiendas, donde la sangre se vierte al par que el dinero, y este corre abundante, en tales casos, de las arterias de la agricultura, la industria y el comercio, quedando desangrados ó sin fuerzas los ramos todos de la produccion y del tráfico.

Y cuando no se cuenta con la opinion para hacer frente á esas exigencias, la guerra fracasa, el gobierno se hunde al provocarla ó aceptarla en tan malas condiciones, y sobrevienen inevitables desastres. Se argüirá que no obstante tener la opinion en contra y sin arredrarse por ello, suelen algunos gobiernos ir á la guerra, olvidando

en su desenfeno las mas rudimentarias conveniencias.

Un ejemplo: el ofrecido por el último gobierno de Napoleon III al caer de aquel modo imprudente, por conveniencias dinásticas, en la celada que le tendiera Prusia. Pero ni son muy comunes estos casos, sobre todo, desde que la generalizacion de los principios políticos modernos y su práctica constante ponen en manos de la opinion muchos y poderosos medios de defensa, ni respecto á los preliminares de la guerra de 1870, es preciso afirmar, por ser de justicia, que una parte de la opinion estaba extraviada por las malas pasiones del imperio. Demostráronlo así los gritos insensatos traducidos por esta frase que la suerte de las armas trocó completamente: *A Berlin, á Berlin, y para conseguirlo nos bastarán unos cuantos culatazos.*

Que se procure ahora conmover la opinion contra los proyectos bélicos atribuidos al imperio germánico; que por la opinion se manifieste á los gobiernos enérgicamente, esto es, con tono resuelto, la necesidad de no convertirse en auxiliares de Bismarck, y si los movimientos son poderosos, es muy posible que la guerra no se realice.

IV.

Vemos, pues, con disgusto la inercia de las fuerzas liberales, por lo que atañe á esta cuestion concreta. Ni en España, ni en Italia, ni en Portugal se trabaja prácticamente para alejar el peligro. No son bastantes, ni mucho menos, los repetidos esfuerzos de muchos periódicos, realizados en el mismo sentido que nosotros indicamos. Hacen falta trabajos de mas alcance, no ya para ilustrar la opinion por medio de meetings y manifestaciones de análogo carácter, sino para decidirla á expresar su voluntad omnímoda por aquellos procedimientos pacíficos que tanto recomiendan las escuelas liberales y que son de tanta necesidad cuando hay sobre el tapete cuestiones de grave importancia.

Todos estos esfuerzos aislados que se hacen en los pueblos latinos contra cualesquiera tentativa de Alemania á exigir el concurso de determinados gobiernos contra la estabilidad de la república francesa, se perderán sin producir buenos frutos, si los hombres de recta voluntad no toman la resolucion de organizar los trabajos de la paz frente á frente de las secretas miras que

respecto á este punto puedan abrigar los gobiernos.

En el hogar, en la tertulia, en el cambio recíproco y diario de las conversaciones entre familias y amigos, se habla contra todo proyecto de pacto ó alianza para la guerra. Pues bien; llévese este mismo espíritu al Parlamento por los diputados demócratas; á las reuniones públicas por cuantos se crean en el deber de convocarlas con este objeto; á los meetings que se celebren para discutir los aspectos de esta cuestion, á todas partes donde pueda tener resonancia.

Asuntos menos importantes suelen atraer la atencion general y provocan cierta clase de movimientos, cuando se relacionan con la política interior, y no es prudente ni sensato descuidar tanto la intervencion de las fuerzas sanas y vivas de las sociedades, tratándose de peligros positivos, solo por que no se conocen los detalles del plan perseguido por la cancilleria alemana, ó por la confianza de que á última hora habrá medios para conjurar el conflicto.

Abrigamos la conviccion de que ante el incesante clamor contra la guerra, ante las manifestaciones para evitarla, ante los supremos esfuerzos encaminados á librar á Europa de semejante azote, no solo se cor moverian los gobiernos, cualesquiera qu

fuesen sus compromisos en este punto, sino que tambien hallarian un eco de aprobacion en el centro mismo de esos imperios, donde la política oficial no es dueña de todas las voluntades, sino que lucha con numerosos enemigos, dispuestos á dejar sentir su influencia, y donde no faltan obstáculos que estorben la accion comun de los dos emperadores.

La guerra no tendrá efecto, ha dicho estos mismos dias una publicacion importante de Inglaterra, por que ha de evitarla el concierto de Rusia y la Gran Bretaña.

¿Estriba en esto toda la confianza? No es para dormirse en sus brazos, pues tal vez el despertar fuese producido pór la ronca voz de los cañones al disparar la primera bomba contra el porvenir de los pueblos latinos.

Anticípense éstos á defender sus intereses, señalando á los gobiernos la actitud que les corresponde.

Conveniencia de la neutralidad.

I.

Claramente se advierte, hasta por los menos versados en la ciencia del gobierno, que la situacion actual de España, el estado de la política interior, la crisis económica por que se atraviesa, nuestro relativo atraso en órden á los adelantos y prosperidad de otras naciones, la decadencia de nuestras fuerzas de produccion, nos obligan á permanecer extraños á toda clase de complicaciones internacionales, para evitar la contingencia desastrosa de nuestra intervencion armada á favor de cualquiera de los beligerantes.

Si mal nos encontramos en este dilatado periodo, por causas que pesan sobre la conciencia nacional, experimentándose perjuicios considerables, los cuales ponen al pais en la postracion dolorosa en que lo vemos, ıtristados los ánimos, vacilando la incier- esperanza ante lo sombrio del horizonte,

peor nos hallariamos si los gobiernos se dejaran influir, por debilidad ó torpeza, en el sentido de aceptar pactos leonimos fraguados en nuestro daño.

Antes y despues de la exaltacion de Felipe V, desde que la monarquía española con la muerte de los Reyes Católicos y los inmerecidos desastres de las Comunidades castellanas, tomó un tinte que la apartaba de las antiguas tradiciones, los intereses nacionales han sufrido grandes contratiempos, legándonos tristísima herencia, por la funesta política exterior seguida á impulso de las conveniencias dinásticas. La casa de Austria comprometió el porvenir de la hermosa península ibérica, en cuyo centro debiera grabarse eterno anatema contra su dominacion perversa, y nos hizo representar en Europa un papel, que no degeneró en ridículo, por el valor proverbial de los españoles, valor mal empleado en insensatas empresas. Y al extinguirse nos dejó una funesta guerra de sucesion, nunca bastante lamentada, en que el suelo pátrio fué teatro de encarnizadas luchas, tanto mas opuestas á los sentimientos y los intereses nacionales, cuanto que eran extranjeros, excitados por la ambicion y la codicia, los que tomaban por asalto nuestra propia casa y dentro de ella se disputaban palmo á palmo e.

terreno, obligándonos á que torpemente les ayudáramos en la contienda.

Nos costó la pérdida de Gibraltar, y pudo ser mucho mas cara para la integridad nacional y el honor de España, la guerra que precedió al advenimiento de los Borbones. Muchas otras plazas y ciudades pertenecieron á los ejércitos extraños durante aquellos dias de luto, lo mismo que sucedió mas tarde cuando las torpezas de la córte de Cárlos IV y los errores de la córte de Fernando VII abrieron dos veces las puertas de nuestra nacion al extranjero, una aceptando inaudita, al par que burda trama, otra para la consecucion del mas lamentable atentado contra los liberales.

Examínese imparcialmente la política de alianzas, pactos, inteligencias y tratos de las casas de Austria y Borbon en las épocas del absolutismo; analícese el carácter de las repetidas guerras con Italia, Inglaterra, Francia y Alemania, así como los propósitos, miras y tendencias que prevalecieran, y se deducirá una triste consecuencia, como el mas funesto de los precedentes históricos. Pocas veces se tuvo en cuenta el interés nacional para acometer aquellas mal aconsejadas empresas, con cuya ficticia gloria pretendieron subyugarnos durante muchos años los mas cortesanos cronistas. Y

en casi todas el interés nacional fué sacrificado al de las dinastias reinantes en cada una de esas etapas del absolutismo; á los gustos y al carácter particular de aquellos soberanos, y sobre todo, á las confabulaciones y las intrigas de diversas córtes de Europa, tan pronto coaligadas para satisfacer sus desmedidas ambiciones, como separadas por enemistades y motivos livianos.

La índole de este libro, dedicado al estudio de una cuestion concreta, sus dimensiones y carácter, nos vedan estendernos sobre este punto, cual seria nuestro deseo y consignar detalladamente los repetidos hechos que presentan á los gobiernos obrando contra el interés nacional, por antipatias ó simpatias personales de aquellos soberanos ó por apremiantes exigencias de familia.

Pero no hace falta descender á dicho examen, tratándose de tangibles verdades infiltradas ya en la conciencia de nnestra pátria, para sentar desapasionadamente que nuestra decadencia arranca de todos esos hechos historicos, de las grandes faltas cometidas por dichas dominaciones en períodos que pudieron habernos conducido, si hubiera predominado otra política, á la realizacion de los ideales nacionales en Portugal, en nuestras legítimas colonias y en Marruecos.

Y cuando con la caida del absolutismo, juzgado ya como una lepra, con relacion á los progresos del derecho moderno, pudo abrigar nuestra pátria la consoladora esperanza de dirigir sus esfuerzos por los derroteros de que la habian apartado, vino la guerra civil, producida por una de las ramas de los Borbones, á empobrecer y desangrar la nacion, engendrando funestas discordias, para que no pudiéramos reponernos de los pasados desastres, ni caminar con paso seguro y firme por la senda del progreso, á que nos llevaban nuestros olvidados destinos.

Mal cicatrizadas las antiguas heridas, hallándonos en un estado de convalecencia, distantes todavia de la salud completa, casi problemática, en razon á los añejos obstáculos que para la robustez y plenitud se encuentran, la neutralidad de nuestra pátria en la contienda franco-alemana se impone bajo el doble punto de vista de nuestra situacion precaria y de los precedentes históricos.

No seria prudente dejarse arrastrar por insensatas aventuras, extrañas al interés nacional, solo por satisfacer de este modo miras ocultas de los gobiernos, resonando en nuestos oidos la sentencia inapelable, formulada por el tribunal de la historia,

contra nuestra participacion en las guerras promovidas por rivalidades y rencores agenos al interés de los pueblos, no porque fueron indispensables á nuestra honra, ni á nuestro engrandecimiento.

II.

Esta conveniencia resalta mas si se tienen en cuenta nuestras relaciones comerciales con Francia, cuyos mejores mercados son á nuestra exportacion lo que el aire al sonido, un medio seguro de acrecentarla, demostrándolo así la estadística comercial de los productos cambiados entre ambas naciones durante los dos últimos años, estadística que no reproducimos aquí, tanto por su mucha extension, cuanto por la circunstancia de que es sobradamente conocida en España, por haberla insertado recientemente los periódicos de mas circulacion.

Al lado de las cifras considerables que representan nuestra exportacion anual á los ricos mercados franceses, como un justo estímulo de nuestra produccion, tan necesitada de estos naturales medios, establece pobre contraste nuestra exportacion en los mercados de Alemania, donde son pocos los

productos españoles que se reciben directamente, á cambio de lo mucho que procura hacernos pagar su manufactura.

¿Quién resarciria los daños comerciales que sufriésemos al iniciarse nuestra ruptura con Francia, aparte los de otra índole que nos ocasionara la guerra? ¿Acaso habia de ofrecernos la compensacion ninguno de los dos imperios en inteligencia, cuando uno de ellos ha estado regateándonos durante muchos meses algunos pequeños beneficios al concertarse el tratado de comercio, y cuando ambos no tienen condiciones para brindar con un porvenir magnífico á la exportacion de productos españoles, tanto por la situacion de sus mercados, cuanto por otras circunstancias que conocen detalladamente cuantos dedican su actividad y su inteligencia al desarrollo del tráfico y al impulso de los negocios?

Ciertamente que ninguno de los citados imperios compensaria á la exportacion nacional las perdidas gravísimas que habian de resultar si los mercados franceses se vieran en la necesidad de cerrar sus puertas á los productos españoles. Sobre este punto no cabe discusion alguna. Plantear la cuestion en estos precisos términos, dignos de ser tenidos en cuenta por todo pueblo que haya salido de la infancia y no se mueva

por falsas excitaciones del sentimentalismo, ó circunstancias especiales no perturben su buen sentido. Decid que no habiéndonos ofendido Francia, mostrándose cariñosa con nuestro pais, como si reconociera la meritoria obra de borrar para siempre aquellas perpétuas discordias á que nos llevaban los antagonismos y las intrigas de los reyes, demostrándonos en todo su buena amistad, exenta de prevenciones y desconfianzas, puede llegar el caso de que nos concertemos con sus enemigos, sin ningun motivo legítimo, para quitar á la produccion española el medio de prosperidad y riqueza que encuentra mediante la numerosa exportacion de muchos de nuestros productos á los mercados de la vecina república. Decid esto en aras de la verdad, porque la cuestion no puede ser planteada de otro modo, y un grito de indignacion resonará por todos los ámbitos de la península, calificando de demencia semejante propósito.

Hoy es muy dificil conjurar las tempestades, cuando los gobiernos aportan para darles extraordinario empuje, siquiera no sea este su propósito, los elementos de su arbitrariedad, sus grandes desaciertos ó su temeraria resistencia á las corrientes que emanan de los pueblos y suben como la ola amenazadora, sin otro dique que el de sus

fuerzas. Pudo en otra época un tocador de guitarra apoderarse de la voluntad de Cárlos IV y secuestrarla, por el influjo del canto flamenco, asociado á las flaquezas cortesanas en aquellas y otras épocas, quizás por intimo enlace entre lo chavacano y lo perverso, entre lo vulgarísimo y la falta de elevado criterio; pudo Godoy apoderarse de las riendas del Estado entre la baja intriga y la vil lisonja, para conducir los mas árduos negocios por los despeñaderos y abismos de su falta de tino y sus pequeñas pasiones, haciendo sufrir á la nacion el dolor de su ruina y la vergüenza de su deshonra, si no hubiese redimido esta con la sangre vertida mas tarde en los gloriosos campos de la independencia, lavando con ella el cieno de aquella córte corrompida. Pero esas audacias de ministros omnipotentes por el favoritismo no son posibles en estos tiempos, sin que las protestas de la opinion ensordecieran con sus ecos, aunque lo intentaran, no ya un instrumento de la versatilidad cortesana, sino hombres de mas elevada talla política y mayor autoridad dentro de las parcialidades que luchan por la direccion de los negocios públicos.

Dicho sea esto en honor al terreno que han ganado los pueblos, en el camino de su soberania é independencia, siquiera cada

paso haya legado á la historia una sublime cpopeya.

III.

No solo debemos buscar en el órden político y económico la conveniencia de nuestra neutralidad, si la guerra estallase desgraciamente. Otras razones derivadas de diversos motivos, hacen de esta conveniencia, por el buen sentido proclamada, la suprema necesidad de nuestra pátria.

Al llegar á este punto, en que la franqueza nuestra ha de seguir manifestándose, sin que la empañe ligera niebla de vacilacion ó duda, cúmplenos expresar, que no se lastima el patriotismo poniendo de relieve los males del pais, cuando á esta empresa va unído el vehemente deseo de que se remedien, ni se falta á consideracion alguna poniendo sobre el tapete la deficiencia de nuestros medios de ataque y defensa, siendo así que seria vano empeño ocultar á la mirada de los extranjeros esta parte esencial de nuestro estado de atraso, cuando nadie lo desconoce fuera y dentro de Europa.

Por otra parte, solo puede ser buena esta reserva en los momentos decisivos en que se combate al enemigo, y entra por mucho

en la táctica y las artes de la guerra, desorientarle acerca de los elementos que han podido allegarse para este ó el otro combate.

Pero fuera de estos casos anormales y llamémosles angustiosos, la ocultacion de la decadencia solo ha servido para agravarla, como sucede con la llaga cuando se la aparta de todo medicamento propio para extinguirla; y es que la crítica surte siempre saludables efectos al ser bien aplicada y dirigida.

No tenemos marina de guerra, segun exigen de consuno la extension de nuestro litoral, nuestros importantes intereses coloniales, no exentos de asechanzas y peligros, y la necesidad de tener á raya las maquinaciones de otras potencias marítimas. Los restos de aquellas poderosas armadas construidas con el abundante oro del nuevo mundo, perdiéronse en empresas poco cuerdas, por los compromisos adquiridos entre soberanos de escasos alcances políticos, y cuando mas tarde fue necesario abandonar para pontones aquellos pesados navios de formidables puentes, y sustituirlos por los acorazados modernos, con la nueva asombrosa artilleria, que no pudieron ni imaginar nuestros antiguos almirantes, la nacion encontróse pobre y abatida, tanto por el fru-

to insano de las contínuas discordias civiles, como por la sangria suelta de las malas administraciones, para pensar en crear regulares escuadras.

A falta de buques, pensose hace años en la acumulacion de torpedos, y he aquí que desgraciadamente nos hallamos sobre poco mas ó menos á la misma altura. Tal descuido, que pudiéramos pagar muy caro, á la menor imprudencia, preocupa al pais en términos de que origina incesante clamoreo, traducido por la necesidad de organizar nuestros medios de defensa marítimos, siquiera sean menester penosos sacrificios.

Cuando así nos encontramos, ¿seria prudente coaligarnos para hacer la guerra á una nacion que cuenta con la segunda armada europea? Prodigios harian nuestros valientes marinos, dispuestros siempre á resucitar el heroismo de Gravina y Churruca, y pondrian muy alto el pabellon español, aceptando la contienda, cualesquiera que fuesen las desventajas. Pero así como el ilustre Mendez Nuñez no queria barcos sin honra, hoy hemos llegado al extremo de que tengamos honra sin barcos, dado el escaso número de éstos.

Resultaria inútil el sacrificio de nuevos héroes; nuestro dilatado litoral, abierto al enemigo, sufriria las consecuencias de nues-

tra torpeza, y quien sabe si mas tarde tendriamos que lamentar males de mayor alcance, algun nuevo giron arrancado á la integridad nacional, como sucedió en 1704. Y no se nos diga que la armada italiana supliria la falta de acorazados españoles, pues no deja de ser problemático, por mas de un concepto, que acudiera en nuestro socorro, descuidando protecciones que le tocan mas de cerca.

De la armada pasamos á la organizacion y táctica de nuestro ejército, así como á los medios con que podriamos contar para la guerra. El ánimo se aflije cuando la necesidad nos lleva á pesar sobre la balanza tantos inconvenientes. La organizacion del ejército, descuidada por los gobiernos de la restauracion, como por los anteriores, que tocante á este punto debemos ser tan sinceros como en los demás, empieza ahora bajo bases que no es la ocasion de discutir. Aceptables ó no, lo cual demostrará pronto la controversia, principian á emplearse sistemas modernos contra los de la rutina. Además esta nueva organizacion, reclamada imperiosamente por las necesidades, ha de ser bastante laboriosa, por tropezarse con obstáculos de mucho peso. Y en cuestion de táctica moderna, hariamos mucho honor á todos nuestros generales, supo-

niéndoles buenos discípulos de la que impera de quince años á esta parte.

Con estos elementos, ¿cuál seria nuestra situacion si nos lanzáramos á una guerra, aunque nos limitásemos á hostilizar al enemigo en la frontera, á distraer su atencion y á obligarle á dividir sus medios de defensa? Tampoco dudamos que en este caso nuestros soldados dieran muestras repetidas de la indómita bravura legendaria en España, portándose como siempre que se trata de combatir por el buen nombre de nuestra pátria. Pero ¡ay! la deficiencia de la organizacion y la táctica haria que sucumbiesen en mucho número nuestros valientes, pagando así torpezas agenas.

Despues de esto, ¿quién se atreveria á negar, no ya la conveniencia de la neutralidad, tomando la palabra en su acepcion rigurosa, sino la necesidad de nuestro alejamiento de la probable contienda? ¿Dónde están los recursos para los gastos de la guerra, para la acumulacion de medios mortíferos, para el cambio de armamento, etc. cuando nuestros crecidos presupuestos se cierran con déficit, aumentándose por momentos esa asfixiante losa de plomo llamada la deuda nacional, y cuando el pais no puede ya con el peso abrumador de los tributos?

Razon ha tenido para decir un político español, contrario á las intrigas diplomáticas de algunos gobiernos:—Trabajar para que España se aparte de la neutralidad, seria un crímen horrendo, del cual el buen sentido moral y político acusaria inexorablemente á los gobiernos que lo cometiesen.

Esta es tambien nuestra opinion, trazada á grandes rasgos, sin los minuciosos detalles y la abundante copia de razones que expondriamos en caso necesario.

El génio nacional no debe plegar sus alas poderosas, ante estas contingencias y peligros. Alce con resolucion su cabeza para defender dentro de las vias legales y pacíficas la política mas de acuerdo con los intereses y las necesidades del pais, y evite de este modo que nadie pueda tomar el silencio por asentimiento á planes y proyectos descabellados.

Nuestro aplauso á los diputados y periodistas que se agitan en este sentido, prestando á la nacion un servicio señaladísimo.

Influjo de las ideas predominantes.

I.

Gran escándalo ha producido en toda Europa, á las horas que trazamos estas líneas, una noticia trasmitida por las mas acreditadas agencias telegráficas. Sus términos han levantado inmensa polvareda, distinguiéndose á través de ella al influjo y desarrollo de las ideas predominantes.

El *Daily Telegraph* publicó un importante despacho de Viena, concebido en estos términos tan apropiados al carácter del presente libro: «Existe un acuerdo completo entre Alemania, Austria é Italia, en el cual se han previsto cuantos acontecimientos puedan surjir en Europa en el órden político. Segun dicho acuerdo, las tres grandes potencias *impedirian el cambio de las instituciones monárquicas*, aunque sin intervenir (¡!) en los asuntos interiores de ningun pais, *con tal de que no se tratase de atentar á aquellas.*»

El efecto producido por esta revelacion

puede sintetizarse del siguiente modo: Ha provocado enérgica protesta contra tendencia tan acéfala allí donde la energia y fogosidad son mas vivas, y donde por lo mismo la indignacion se despierta fácilmente. Y donde la reflexion ha predominado sobre los arrebatos de las pasiones, mostrando la serenidad de juicio que tanto agrada en las controversias, el efecto ha sido de merecida ironia para aquellos estadistas que desde las alturas de la soberbia, que ellos toman equivocadamente por las cumbres inaccesibles de la grandeza humana, reservadas al poder inmenso de las ideas, imaginaron factible semejante proyecto, sin tener en cuenta que su propia insensatez lo anula por completo.

No hemos de hacer una parada para analizar el sentido del despacho trascrito, cuyos términos se prestan á la sátira despiadada de Juvenal ó á los apóstrofes terribles de Victor Hugo, cuando la justicia escarnecida busca un refugio en los puntos de su incansable pluma. Bien nos fijemos en el atentado contra el derecho internacional, opuesto á todo principio de intervencion, atentado que representa dicho proyecto; bien en la cláusula originalísima de que no se intervendrá en los asuntos interiores de ninguno de los paises latinos, pues contra

estos va la empresa dirigida, en tanto cuanto ninguno prescinda de la forma monárquica, por un lado ó por otro resulta monstruoso y merece el dictado de locura peligrosa.

El espectáculo se presta á profundas meditaciones y provechosas enseñanzas. Si los anarquistas, mal aconsejados por sus pasiones, van mas allá de los límites de lo posible, amenazando provocar tremendas sacudidas y producir espantosas catástrofes, cual si ciega desesperacion guiara sus pasos, he aquí que en la capital de Austria se atribuye á determinados gobiernos, maquinaciones cuya realizacion traeria no menos peligros y tempestades que las imaginadas por cerebros á quienes abrasa la fiebre inmensa de la desgracia y los infortunios sociales. Y entre estos dos grandes peligros que amenazan á las naciones continentales, entre las tendencias avasalladoras de las autocracias, cuya coalicion es como un reto á la libertad de los pueblos, y la exaltacion de comunistas y socialistas, devorados por la impaciencia, aparece el espíritu previsor y práctico de las democracias, como el mejor elemento de órden, rechazando la forma de imposicion que revisten tanto las tendencias de los intereses históricos, al coaligarse de esa suerte, como las pretensio-

nes de los otros, al querer que sin la ayuda de la libertad individual se llegue á las soluciones del mas importante y trascendental de los problemas.

Pero no hemos de hacer alto en estas reflexiones, bien que no huelguen en el presente capítulo, dedicado á examinar las ideas predominantes sobre el principio de las nacionalidades y el derecho internacional moderno. El efecto producído por las revelaciones del *Daily Telegraph* nos sirve admirablemente para fijar la actitud y la opinion de Europa ante las insistentes versiones relativas á un proyecto de cuádruple ó quíntuple alianza para los fines expresados en las columnas del diario inglés.

De intento vamos á suprimir los comentarios que en la república francesa se han hecho por las publicaciones mas ó menos autorizadas, al tener noticia de la existencia de dicho pacto. No queremos que pueda acusársenos, ni de un modo remoto, de que recurrimos á fuentes interesadas, aunque tendriamos la legítima escusa de que tienen los franceses tanto mas derecho á ser oidos, cuanto que contra sus actuales instituciones, fundadas en el asentimiento nacional, parece que va la empresa dirigida.

Empecemos por Rusia. Allí y no obstan-

te las condiciones verdaderamente anormales de aquel imperio, no debe estar pervertida la nocion del derecho internacional moderno, á pesar de Polonia y otras iniquidades sin deshacer todavia, cuando la prensa califica de utópico el supuesto pacto de reyes y emperadores, juzgando que la práctica demostraría todos sus inconvenientes. Y si hay periódicos en San Petersburgo que guardan una estudiada reserva, por ser los órganos oficiosos de la córte, traslúcese en algunas de sus vagas indicaciones sobre el estado de Europa, su protesta contra la imprudencia de herir sentimientos y escarnecer principios que han salido triunfantes al cabo de muchos años de cruentas y dolorosas luchas.

En Hungría, unida al Austria por nudos escurridizos, la opinion se ha manifestado mas explícita. «Es menester, ha dicho uno de sus mas populares diarios, que se pidan explicaciones sérias y categóricas al gobierno del emperador, para saber si el proyecto incalificable en que figura Austria, es una fantasia de los soñadores, ó se trata positivamente de volver á los pasados tiempos, poniendo en entredicho el principio de independencia que mas estiman los pueblos. Y en este caso, á Europa toca poner su veto á la insensatez del canciller aleman, si

éste se obstina en perturbar el continente con sus aventuradas combinaciones.» Mas allá van otras publicaciones húngaras, respirando por la herida, ó mejor dicho, dejando entrever en sus censuras el sentimiento no dormido de la independencia.

Por lo que respecta al imperio germánico, la prensa se contradice, segun las inspiraciones de cada periódico, ó la posicion que ocupa entre los elementos políticos en que se divide. Unos se encierran en la mas estrecha reserva; otros niegan toda exactitud al proyecto de alianza, reduciéndolo á meras inteligencias entre los soberanos para el caso de que surgieran determinados sucesos; pero ninguno se atreve á sustentar á las claras, el principio de extraña ingerencia en los asuntos interiores de cada pais, señal de que temen arrostrar de otra manera el enojo y la animadversion del espíritu público.

En Italia, latente el sentimiento de la libertad mas ámplia, es otra cosa. Allí las protestas han tomado el carácter resuelto y decisivo de las nobles aspiraciones lastimadas. Excepcion hecha de algunos diarios cortesanos, la prensa italiana se muestra unánime en reprobar que la obra patriótica de Cavour, Garibaldi, Mazzini, Ratazzi y tantos otros hombres distingnidos, pueda

ser asociada á la empresa de retrogradar en el camino de las conquistas del derecho internacional, justificando así las violencias que se estimasen inevitables por la forma de imposicion odiosa de la susodicha alianza. El apoyo del gobierno italiano, dicen allí los diarios mas templados, á una pretension tan contraria á los fines y naturaleza de los esfuerzos de aquel pueblo, sería como un nuevo rumbo emprendido por la dinastía saboyana, asociada á la unidad y la independencia por los perseverantes trabajos de Cárlos Alberto y Victor Manuel.

Tanta ó mas indignacion ha causado en España, donde los elementos del doctrinarismo, á quienes por egoistas miras agradan estos alardes, no se atreven á defender el principio de intervencion, sino á reserva de que lo reclamase la magnitud de grandes peligros para el órden social. Los demás elementos liberales, tanto de nuestra pátria como de Portugal, consideran tal propósito como una rebeldía de los intereses históricos contra las ideas predominantes.

Y esta es la verdad.

II.

El desarrollo del progreso político ha marcado una distancia bastante grande en-

tre los tiempos que alcanzamos, y los que pertenecieron á Richelieu y Metternich. ¿Puede desconocer la diferencia el príncipe de Bismarck, siendo así que sus apologistas le consideran como el talento superior de Europa? No es probable; mas aunque lo fuera, y tocáramos en este punto el fenómeno producido, á las veces, en las inteligencias superiores, de abarcar mal los términos todos de un problema, ¿podría atribuirse análogo extravio á los hombres en cuyas manos están los destinos de otras potencias, donde el espíritu de libertad política se manifiesta mas acentuadamente?

No es de suponer siquiera. En tal caso solo queda al observador sensato una causa á que atribuir los fundamentos de tales alianzas, partiendo para sus deducciones de los hechos conocidos, y esta causa no puede ser otra que la señalada por nosotros en los comienzos de nuestro libro: miedo por parte de los intereses históricos á los fallos del porvenir; á las victorias de las democracias, victorias ya vislumbradas, á las evoluciones que el sentido político, amoldado á las naturales exigencias del actual momento histórico, imponga á las clases que hasta ahora han sido como fuerte dique á las corrientes de provechosas innovaciones.

Y si así es, ¿quién osará negar que las

ideas predominantes se alzan como inexpugnable valladar á la realizacion de las tendencias autocráticas? ¿Quién se atreveria á negar, sin base ni fundamento, el verdadero carácter de la proyectada alianza, la cual significaria no solo un reto á la soberania de los pueblos, sino tambien una conculcacion de los principios internacionales admitidos por las monarquias y las repúblicas, al perder su antigua fuerza y preponderancia los sistemas absolutos?

Bajo este punto de vista, puede asegurarse que algunos gobiernos monárquicos ponen á la órden del dia, no un plan mejor ó peor elaborado en las fraguas cancillerescas, sino un anacronismo innegable, que lejos de atraerse el concurso de las voluntades las repele, y en vez de alejar peligros los provoca. La razon es muy sencilla. El progreso, como ha dicho oportunamente un periódico republicano, ha destrozado los privilegios que hacia de la sociedad el ánima vil de las altas entidades; el progreso ha relegado al olvido los ódios y prejuicios de religion, de raza, de casta y de color que separaban á los hombres; las viejas instituciones se aíslan poco á poco, los feudalismos se desmoronan; presenciamos las ruinas del despotimo, sobre cuyos fragmentos asoman soberbias germánicas que pre-

tenden con satánico teson detener la marcha triunfante de la democracia; y ¿dónde hallará el pretendido derecho divino las fuerzas y el arraigo, la vida y los elementos para prolongar su dominacion por medios distintos á los de las escuelas liberales?

Hoy que la extension del sufragio es considerada en todas partes, como una necesidad social y política, demostrándolo la constancia con que trabajan para conservar ese derecho aquellos que lo ejercen sin trabas, y luchando para ejercerlo en su plenitud los que todavia no lo tienen; hoy que la libertad del pensamiento es estimada de igual modo que la libertad de la conciencia, y que se aspira á discutir cuantas cuestiones se relacionan con el bienestar de los pueblos, y son todas las que atañen á sus organismos, sus intereses morales y materiales, su buena correspondencia con otros paises, su autonomia peculiarísima, etc.; cuando la mas pequeña trasgresion causa tempestades, y se mide la magnitud de la ofensa, ¿qué se proponen los elementos reaccionarios de Europa con sus coaliciones para fines comunes, entrañando el carácter de insoportable arbitrariedad?

Dar la batalla á las democracias, si preciso fuera, no en el terreno escogido por

las escuelas de la libertad, de acuerdo con la cultura, aceptando los medios de lucha pacífica aportados por el espíritu de la civilizacion, sino atropellando la idea con la fuerza bruta. ¿Y qué ganarian con enturbiar por breves momentos tan limpias aguas, si no por esto habrian de lograr sus deseos, antes por el contrario, se multiplicarian los peligros y las dificultades?

Tan grande es el influjo de las ideas predominantes, enlazadas en todos los órdenes y esferas de las ciencias, las artes y la política, por una aspiracion comun al respeto de la libertad individual, base de la independencia, que bastará en cualquier caso la resistencia pacífica y pasiva, la protesta legal, para crear inmensos obstáculos á la política que se aparte de estos ideales.

¿Por qué? La respuesta está en el influjo de las ideas predominantes, definidas con notable acierto por un publicista en esta significativa frase: «Ganan tanto terreno, que pronto dejará de estar en litigio el derecho y la soberania de los pueblos.»

He aquí por qué desde las márgenes del Rhin como del Sena, desde las orillas del Tiber como del Támesis, desde el frio clima de Prusia hasta el templado de la península ibérica, se escucha un eco cuya significacion no es dudosa, percibiéndose cada dia

mas clara y distintamente; eco que en las antiguas córtes suena como los sonidos fatídicos de la trompeta del juicio final, al llamar para rendir estrecha cuenta de sus culpas á cuantas instituciones hayan ocasionado la ruina y la degradacion de los hombres.

III.

Si los arrebatos de la pasion no sirven para discernir con acierto, en cambio dan idea de las proporciones del disgusto público, cuando éste se manifiesta de un modo impetuoso y fiero. En este caso nos hallamos respecto al descontento general por las revelaciones trasmitidas desde Viena á Lóndres. No se limitan en muchas partes los ánimos á protestar contra el objeto de la colosal alianza. Van mas allá y toman el aspecto de una explosion moral de grandes proporciones.

La indignacien es un torrente ruidoso, que semeja el fragor de los combates. ¿Quién la detiene cuando con justo motivo estalla? A rienda suelta se dirige en estos momentos á destruir el magno complot, lanzando contra sus fautores acusaciones tan graves, frases tan duras, palabras tan sangrientas, que no hemos de reproducir,

para que no se nos tache de coadyuvar á la efervescencia.

Si se contaba con la inercia de muchas fuerzas fatigadas todavia por anteriores luchas, ó con el desaliento de las impurezas inevitables en todo período de transicion, el error ha sido grande. Veáse lo que sucede, y cómo el estruendo aumenta, y cómo el mar se irrita y amenaza con el naufragio á lös diplomáticos que creyeron no habia de alterarse gran cosa su superficie tranquila.

A los proyectos de intervencion en los asuntos interiores de varios paises, ha contestado en otros puntos de Europa el espíritu revolucionario excitando las energías y hasta los ódios para hacer infructuosa la empresa; ¡tan cierto es que todo asomo de injusticia ó despotismo engendra generalmente resoluciones extremas! Y no obstante los llamamientos que parten para la templanza, dirigídos por las representaciones de la democracia, se concitan las pasiones y toman el camino de la desesperacion, si hemos de juzgarlo y deducirlo por la actitud que de algun tiempo á esta parte toman en el mismo imperío aleman las fuerzas del socialismo.

¿Qué sucederia si la razon se dejara imponer por estas violentas sacudidas, que tienen su origen en la amenaza de una humi-

llante intervencion? Llegariamos fatalmente al estado de que hemos salido en esta parte de Europa, dando hácia atrás peligrosísimo salto.

Por fortuna está muy arraigado, con las ideas modernas, el espíritu de la concordia. Se fia en los triunfos de la propaganda, mas que en la accion demoledora de la fuerza, comprendiendo que aquella echa hondas raices, y ésta crea intereses pasajeros, si no le acompaña otra fuerza mayor, la fuerza incontrastable del derecho. Se busca por caminos, si mas largos menos erizados de conflictos, la solucion adecuada á las contradicciones entre las nuevas ideas y los añejos intereses, y esto ha de hacer que en lo posible se eviten dias luctuosos á la humanidad, tan nefastos y tristes como aquellos que en sus páginas señala la historia, cuando enumera los males debidos á la imprevision ó la soberbia de los malos gobiernos.

De cualquier modo, nos basta con señalar el dilatado poder de la idea democrática, que se manifiesta con igual pujanza que saludable beneficio para los pueblos, ya en las relaciones internacionales, afirmando el principio de no intervencion y el derecho de gentes, antes casi oscurecido, ora como fórmula precisa de progreso para la reform de los organismos políticos, ya, en fin, c

mo elemento de fraternidad y cultura, que en lo porvenir ha de alcanzar mucho desarrollo.

No pertenecemos al número de los que doblegan el ánimo, poco viril, á las impresiones amargas y desconsoladoras del momento, si una esperanza fracasa á plazo fijo, ó si una decepcion nos lleva al temor y la desconfianza. Para quienes siguen con interés el curso de los acontecimientos, deduciendo sus enseñanzas y tienen fé inextinguible en los destinos de la humanidad, tales perplejidades no se acomodan ni caben en el hogar que ocupa el convencimiento.

No nos ofusca el brillo fugaz de los fuegos artificiales, parecidos á los entusiasmos eléctricos, que una chispa enciende y un nuevo soplo helado apaga. Dueños somos de nuestra razon madura, que tal vez haya pasado por las temporales ofuscaciones y los bellos espejismos que produce el ardor juvenil, y en estas aceptables condiciones, apoyándonos en el influjo de las ideas que predominan, en el terreno que ganan á través de todos los obstáculos, en la forma simpática en que se desenvuelven, en su extraordinario alcance y en las relaciones de reciprocidad que establecen, vamos á emitir en el siguiente capítulo un juicio concreto sobre el porvenir de Europa, sin el carácter

de profecia absoluta, sino con el de induccion y deducion lógicas, para demostrar hasta que punto se agitan inutilmente contra el porvenir de los principios democráticos todas aquellas preocupaciones llamadas á desaparecer en la série de trasformaciones politicas que han de traer los tiempos.

El porvenir de Europa.

I.

Se equivocó en sus cálculos el prisionero de Santa Elena, al predecir que Europa seria republicana ó cosaca dentro de cierto plazo mas ó menos largo. Si nos propusiéramos juzgar el talento y los alcances políticos de aquel génio batallador, emitiendo algunas ideas distintas á las que sus mas entusiastas apologistas han vertido, diriamos que el error de suponer fuerzas iguales, dentro de los derroteros trazados á los pueblos por las eternas leyes del progreso, á los principios democráticos y las tendencias antócráticas, explica la série de torpezas cometidas por Napoleon I, así como su falta de fé y de convicciones acerca de la influencia omnimoda reservada á las ideas modernas.

Emprendedor fué para organizar ejércitos, conmover hondamente la vieja Europa, y poner bajo su tacon el derecho divino, sobre el cual pretendió alzar la sober-

bia del cesarismo, reproduciendo escenas de otros tiempos, con tan asombroso éxito al principio, que parecia haberse apoderado por completo de la varita mágica con que los antiguos representaban á la fortuna en los momentos de repartir sus mas preciados dones. Pero faltáronle en su gigantesca empresa, condiciones de tacto é inteligencia para distinguir la parte absurda é inútil de sus proyectos, que no hubieran fracasado tan pronto de ir asociados á fines políticos en armonia con la situacion en que se hallaban por entóncès la naciones continentales.

Frente á la afirmacion que se le atribuye puede asegurarse que la Europa no será cosaca nunca, aunque los tres imperios del Norte lograran ponerse de acuerdo para afirmar y extender por Europa su soñada supremacia, punto tan dificil como el de conseguir que los tres no se miren con creciente recelo y desconfien mútuamente ante el temor de ser objetivos de ocultas y secretas maquinaciones. Habria de realizarse inesperado cataclismo en el Sur y en el Mediodia de Europa, habriamos de ver irrupciones como las que otras edades presenciaron, cambiando esencialmente el modo de ser de los antiguos imperios, y toda via alentariamos la esperanza de que la li-

bertad política, tan opuesta á los poderes dictatoriales se salvase en medio de la catástrofe, para salvar la existencia de otros muchos principios que le acompañan.

No; suceda lo que quiera, aunque las naciones latinas mal dirigidas, esto es, mal gobernadas, se dejaran influir por extravíos ó locuras, sin tener en cuenta su mision en el actual período histórico, sin acordarse de sus destinos, aunque para baldon y oprobio de esta raza, esclavizada antes por la intolerancia religiosa, llegara á mostrar la mayor de las debilidades, consintiendo la intervencion austro-alemana, no se realizaria en uno de sus términos el augurio del general Bonaparte. No; la Europa no puede ser cosaca, por la sencilla razon, y su propia sencillez admira, de que el movimiento político social toma en todo el continente rumbos opuestos al absolutismo, al iniciar con fuerza poderosa una marcha marcadamente hostil á las autocracias. Esos mismos cosacos, que dieron nombre á los sistemas avasalladores, no tardarán mucho, por el curso de los acontecimientos, en ser soldados de la libertad, tanto mas decididos y entusiastas, cuanto tienen que purgar el rímen de haber sido durante muchos siglos os instrumentos feroces de la opresion y la rania.

Por el contrario; si tan en absoluto cabe afirmar, sin incurrir en la nota de visionario, que Europa no ha de correr el peligro de ser cosaca, porque el absolutismo tiene bastantes peligros donde subsiste, que le impiden extender su dominacion mas allá de sus fronteras, máxime cuando se daria por satisfecho con no perder esa dominacion dentro de su terreno, en cambio existen datos importantes, se realizan mas ó menos lentamente sucesos trascendentales, se modifican las condiciones que antes dieron esplendor y vida, poder y grandeza al sistema monárquico, se debilitan creencias antes arraigadas del modo mas profundo, y ganan simpatias otras tenidas en menos, para poder predecir con probabilidades de acierto que el porvenir de Europa ha de estar ligado íntimamente al desarrollo y estabilidad de las instituciones democráticas y sus formas propias.

Bellísimas ilusiones, acariciadas por una juventud entusiasta y generosa, al calor de nobles sentimientos, hicieron esperar que en breve término los tronos se desplomarian como los edificios ruinosos á las fuertes sacudidas del huracan.

La utopia tomó tintes deslumbradores ofreciéndonos bajo un sol refulgente, de inextinguible brillo, y un cielo siempre se

reno, como algunos autores pintan la conciencia del justo, sin la mas pequeña nube del remordimiento, sin el soplo mas lijero de las malas pasiones, el espectáculo admirable de pueblos redimidos, que contemplaban asombrados los densos eslabones de sus rotas cadenas, al paso que colocaban en el lugar de los antiguos privilegios de las monarquias los atributos esenciales de la libertad y la justicia.

Error disculpable por los deseos nobilísimos que le acompañaban; error comun á todos los elementos que bajo cualquier prisma se dejan influir por la ofuscacion. Creyóse en los albores de la propaganda republicana, que la accion cosmopolita bastaria á destruir en cortos plazos los obstáculos tradicionales. Y los mismos obstáculos existen, bien que no ofrezcan, ni con mucho, su anterior resistencia. No se tuvo tampoco en cuenta las dificultades de tiempo y lugar, segun los adelantos de cada nacion continental, para predecir que la Europa seria republicana mucho antes de concluir el presente siglo.

Nosotros no estamos bajo la presion de aquellos febriles entusiasmos, cuyos trasportes se explica en los que midieron toda la bondad de su causa, todos los beneficios, pero no del mismo modo la lentitud con que

llegan al predominio las ideas que necesitan seres ilustrados, y los halla en la ignorancia; hombres serenos y justos, y los encuentra gobernados por pasiones desencadenadas en el combate contra la opresion; voluntades con pleno dominio sobre los extravios, y las contempla debilitadas por numerosos errores, fanatismos y supersticiones.

Cuando á la realidad de las cosas se llega en este terreno, los cálculos han de sujetarse forzosamente, no á vanas esperanzas sin descansar sobre seguro fundamento, sino á los medios prácticos con que se cuente para realizar la empresa. Y los medios para generalizar la república, no han de ser otros que aquellos que al desarrollar la cultura de un pueblo, por la ilustracion del mayor número posible de habitantes, les regenera y ennoblece. Los medios, pues, de propagar en Europa la república no son otros que los de extender y multiplicar la instruccion en todas sus escalas, para llegar á una buena educacion política.

II.

Al multiplicarse las escuelas y centros de enseñanza de diversas clases, al propagarse extraordinariamente la instruccion

llevando sus inmensos beneficios á las últimas capas sociales, se dilatan en cada país los extensos horizontes del derecho moderno, el sentido político se despoja gradualmente de sus extravios ó aberraciones, y aparece á la conciencia de los hombres como un punto sombrio lo que antes deslumbraba con sus falsos resplandores.

A medida que la ilustracion aumenta, nótase que los hombres se sienten mas lastimados por el predominio de privilegios en los organismos políticos. El principio de igualdad ante la ley constituye una de las aspiraciones mas arraigadas en el seno de estas sociedades, donde las injusticias levantan tan grandes tempestades. Los privilegios se hacen mas odiosos á medida que las ideas liberales ganan terreno, y á extinguir esos privilegios tienden tenazmente todas las fuerzas vivas de las modernas sociedades, hasta esas fuerzas ciegas que impulsan grandes causas y equivocan en su oscuridad los medios de accion y combate.

El nihilista que en su desesperacion dispara contra el Czar, y apenas ha conseguido matar un emperador cuando medita nuevas asechanzas contra el que le sucede; el socialista que en el imperio aleman sueña tambien con el regicidio, como si los crímenes condujesen nunca á soluciones prácti-

cas y honrosas; el exaltado italiano que busca con la punta de su puñal el corazon del rey Humberto; los infelices que en otras naciones han querido ejecutar el mismo crímen, execrado por el espíritu de la democracia, podrán desconocer que no es este el camino por donde se llega á la extincion de los privilegios, pues suprimiendo las personas jamás se logró acabar con las instituciones; pero al agitarse constantemente, siquiera sea de un modo absurdo, al equivocar el camino que conduce á la libertad, guiales un ódio implacable, un ódio á muerte contra la existencia de privilegios en las constituciones políticas. Esos mismos nihilistas y socialistas, esos exaltados de allá y acullá no meditarán tenebrosos crímenes cuando con los beneficios de mejor educacion política cesen las exageraciones y los apasionamientos; mas en forma culta seguirán combatiendo esos mismos privilegios, fiando su triunfo, no á la puñalada artera, sino á la movilidad del sufragio y al poder del voto; no al metrallazo traidor, sino á los esfuerzos incansables de la voluntad ayudada de los muchos y valiosos medios que el progreso ha puesto al alcance de los pueblos. ¿Qué prueba nuestro aserto? El carácter de oposicion al principio hereditario en los poderes, oposi-

cion con la cual coinciden numerosas fuerzas, la unas empleando los bárbaros procedimientos del terror, hasta que se convenzan de su falta, y las otras aprestándose á combatir en los comicios, en la tribuna, en el libro, en la cátedra, en el Parlamento.

Pues bien; si estas fuerzas diversas han de ejercer una accion incesante contra el príncipio monárquico, y si en sus contínuas luchas están llamadas á sumar voluntades y multiplicar sus medios de triunfo de etapa en etapa, no siendo posible que la reaccion pueda destruir este movimiento general, aunque lo retrase en tal ó cual punto, ¿cuál ha de ser el porvenir de Europa? La victoria del sistema de gobierno mas propio de esa democracia, al completarse la decadencia de las monarquias continentales.

Se nos alcanza fácilmente que la empresa ofrece no pocas dificultades, y esto mismo se opone á todo cálculo sobre la fecha ó plazos en que haya de consumarse. Puede, sin embargo, contribuir á formarlo el estudio de la situacion y condiciones en que cada pais se encuentra, teniendo presente el carácter de sus movimientos políticos y el desarrollo de las ideas liberales.

No podemos, por otra parte, partir del error que tanto ha servido para extraviar en sus deducciones á importantes publicis-

tas, tomando como báse para apreciar las ideas políticas predominantes en tal ó cual nacion, aquellas de sus instituciones fundamentales que se sostenian artificialmente, lo cual les llevaba á sentar equivocadas tésis.

Esto sucedió con el último imperio francés antes de la guerra con Alemania. No faltó un escritor de gran fama que aplaudiendo la evolucion del tránsfuga Ollivier, como un paso lógico, lanzara á la faz de Europa el siguiente juicio, que poco tiempo despues habia de verse desmentido:

«Es una locura pensar que la república pudiera sostenerse en Francia, caso de que sucesos imprevistos la establecieran, mas allá de un bienio de horrores y desventuras. Ni la semilla está en estado de verdadero gérmen, ni la tierra ha recibido en Francia la labor necesaria para que fructifique no obstante lo que la fantasia revolucionaria declama diariamente acerca de los ensayos anteriores. Si el imperio subsiste y obtiene la consideracion de Europa, débelo *á las hondas raices* que le aseguran larga vida.

Meses despues de haber hablado en este sentido Girardin, el imperio francés se desplomaba. ¿Por qué? Por no contar en su apoyo las circunstancias á que aludian equivo-

cadamente los que aplaudieron y secundaron la evolucion de algunos republicanos, débiles ó mal aconsejados.

Y al mismo tiempo se demostraba que una parte considerable de la nacion francesa deseaba la república, no como forma transitoria de gobierno hasta conseguir la paz, sino como institucion definitiva, á cuya sombra se normalizara la vida del derecho público y florecieran las artes de la paz.

Lo que entonces aconteció con el imperio francés, presentado como fuerte y estable, cuando bastaba á destruirlo una complicacion cualquiera, puede suceder fácilmente con algunas de las monarquias de Europa, en las que se advierte un principio de anemia moral y material, signo seguro y positivo de su decadencia, y anuncio de su probable muerte.

La índole de este libro no lo consiente, ni otras consideraciones nos lo permitirian, entrar en un ámplio exámen de las circunstancias por que atraviesan las naciones en que impera el principio monárquico, mas ó menos atemperado á las exigencias, cada dia mas imperiosas, de las escuelas liberales. Necesitariamos para abordar la cuestion y resolverla; todas las páginas de uno de estos volúmenes, no los cortos límites

señalados al presente capítulo. Dentro, pues, de tan estrechos moldes, y salvando algunos inconvenientes, como quien pasa sobre áscuas, expondremos los elementos que la idea republicana cuenta á su favor en una parte importante de Europa.

III.

Empecemos por Italia, sobre cuya potencia tienen puestas sus miradas los dos imperios, no desconociendo sus respectivos gobiernos la influencia extraordinaria que podria ejercer en la suerte de las monarquías la formacion de una gran república con los valiosos elementos que aportarian Roma, Nápoles y tantas otras importantes poblaciones de la unidad italiana, por la *associazione nacionale*, la *associazione del progreso* y otras muchas que representan allí, al par que el sentimiento de la unidad, no debilitado por la satisfaccion del triunfo, el deseo de completar la obra de la libertad bajo instituciones esencialmente democráticas.

Sobradamente conocidas son las circunstancias que han acompañado á los tres últimos monarcas de la dinastía saboyana, Cárlos Alberto, Víctor Manuel y Humberto, que en sus luchas por la unidad, frente

á las dos autocracias contriarias á la obra ya realizada, la autocracia del Vaticano y la del imperio austriaco, necesitaron los dos primeros unir sus nombres á las aspiraciones mas expansivas y liberales, legando al monarca Humberto la especie de prestigio y aureola que es como un lazo entre la corona y el pueblo.

He aquí la causa de que la monarquia presente en aquel pais distinto carácter, adaptándose á transacciones y exigencias que en otros paises latinos infunden prevenciones y temores. Pero digámoslo con franqueza. Los lazos existentes entre el pueblo y la dinastia saboyana se aflojan considerablemente por la accion constante de aspiraciones é ideas que no pueden tener vida dentro de la monarquia mas popular, allí donde el primer magistrado siente cada dia la necesidad de acomodarse á una soberania superior á la suya, la que emana del derecho de los pueblos.

Confundiendo esas aspiraciones naturales, que son como el complemento de las luchas por las libertades públicas, con faltas en que á las veces suelen caer las muchedumbres, un periódico romano calificaba de ingrato al pueblo italiano. «Reconocemos, decia, que son muy delgados y quebradizos los lazos que le unen á la dinastia

saboyana, y esto hará que esos lazos, antes tan fuertes, se rompan fácilmente. Si este caso llega pesará sobre los italianos el negro borron de la ingratitud.»

No. Pensar así es desconocer no solo los fueros de la dignidad humana, maltratada y escarnecida cuando se la sujeta perpétuamente al carro triunfal de los reyes, sino los fundamentos sobre que descansa todo el poder de los pueblos. No son estos los que quedan obligados á los reyes, cuando contribuyen con sus esfuerzos al explendor y la grandeza de una dinastia, son los monarcas los que por este y por otros muchos conceptos deben quedar obligados á gratitud inmensa.

Si hemos trascrito la opinion de un diario de gran circulacion en Italia, es para probar con testimonios autorizados, la exactitud de nuestro aserto. Los lazos entre la monarquia saboyana y aquella simpática nacion, acabarán por romperse en no muy lejano plazo ¿Cómo?

Si la monarquia revistiera allí un carácter de imposicion y de resistencia, no podria resistir por mucho tiempo el empuje de los elementos republicanos. Estos aumentan en proporcion considerable, sobre los que ya existian á la muerte de Víctor Manuel, notándose que dentro de los partidos monár-

quicos de mas antiguo abolengo existe, además de la descomposicion comun á las parcialidades monárquicas de España y Portugal, una especie de convencionalismo que ha de facilitar mucho su transaccion, cuando tengan que aceptar la república.

Como han aumentado los elementos republicanos y ha de crecer bastante su influencia, si el rey Humberto falleciera ó abdicara antes que otros acontecimientos surjan en Europa, su muerte ó su retirada pondrian la cuestion sobre el tapete. No á juicio nuestro, sino en opinion de muchos italianos, opinion sustentada públicamente, el rey Humberto al desaparecer de la escena política podrá dar acceso á la república.

IV.

Extraordinaria resonancia tendria este suceso, tanta ó mas que si bajo la misma forma de gobierno se llevara á cabo la unidad ibérica.

Tres repúblicas en Europa, Francia, Italia y Suiza, las dos primeras con medios sobrados para ejercer poderoso influjo en los destinos de otros pueblos, seria como un estímulo para que tomasen mas cuerpo en los mismos imperios del Norte y en las naciones no latinas, las ideas de libertad que

vienen luchando abiertamente por abrirse camino franco y expedíto, hallando su antítesis en las intituciones tradicionales con las que libran grandes batallas, como sucede no solo en los Paises bajos, sino hasta en pequeños principados donde el radicalismo toma ya puesto entre las aspiraciones y los intereses mas respetables.

En España y Portugal las monarquias ocupan la situacion que conocen perfectamente nuestros lectores. Sobre este punto no hemos de insistir porque seria supérfluo. La situacion de ambas monarquias aparece tan clara á la consideracion de propios y extraños, que nada nuevo enseñariamos aunque lo pretendiésemos. El ascendiente de las ideas democráticas en ambos paises, se patentiza en cada ola de las que suben desde el fondo de la opínion á las alturas antes inconmovibles y amenazadas ahora por el furor de las tempestades.

Los partidos monárquicos de Francia, divididos por antagonismos irreconciliables, derrotados en los comicios, perdida su antigua importancía, reducidos á la impotencia por su escasa autoridad y su negativa influencia, esperan el poder, no de su propio valimiento ni de los errores y faltas de la república, sino del medio mas vergonzoso y mas infame: de la confabulacion de los

extranjeros. Quieren alzar la monarquia no por demandarlo así los intereses nacionales, sino para satisfaccion de concupiscencias y apetitos desordenados.

Mas allá, en Bélgica, el partido republicano crece al par que la indignacion contra la ingerencia de las sectas ultramontanas; y alli la actual monarquia, sostenida por el temor de complicaciones internacionales, unida al amor legítimo de la independencia, resguardada por las condiciones personales del monarca, ha de ofrecer mucha resistencia á las corrientes democráticas cuando varien un tanto las condiciones en que fatalmente se desarrolla su politica, y esto entra en el órden de relacion que es preciso tener presente para determinar las probabilidades de trasformacion con que cada pais cuenta.

Dentro de los imperios colosales palpitan y pugnan por sobreponerse á sus contrariedades, sentimientos de independencia; alli donde la opresion se hace mas odiosa por haber borrado la nacionalidad de pueblos, que arrastran precaria y triste vida, se agitan ideas de libertad y emancipacion, que al cabo darán al traste con las monstruosidades que algunos de esos imperios nos ofrecen; cunden los gérmenes de sacudidas y revoluciones previstas por cuantos vienen estu-

diando las aspiraciones de esas razas y los obstáculos que encuentran, y como los tiempos no son apropósitos para crear dinastías, la solucion y el término de las luchas en esos imperios, será la formacion de nacionalidades y confederaciones, bajo la única forma posible, la república democrática.

¿Esto es un sueño? No. Lo seria la creencia de que tales soluciones las tocásemos con la mano, en vez de suponerlas mas ó menos remotas. Y no constituyen una quimera, no pueden atribuirse á la exaltacion ni la fantasía, porque todo se une, la lógica, las corrientes de Europa y las direcciones que toman, para asegurar que el porvenir pertenece á la democracia.

V.

Fuera de estas probabilidades racionales, aparte el terreno que la idea republicana consigue, unida en cada pais á otras aspiraciones y proyectos no menos simpáticos, independiente del resultado que en el trascurso del tiempo haya de ofrecer tan importante movimiento político, fijándonos en las luchas de actualidad, deducimos que desde Rusia á España, desde Dinamarca á Francia, desde Suecia á Italia, desde Alemania

á la misma Turquia, donde el progreso no halla, como antes, granítica resistencia, desde Inglaterra á Portugal, en todas partes las ideas piden ancho campo para moverse, reclaman el respeto de los poderes, trabajan para ganar las voluntades y tienden á establecer ámplio palenque donde la contienda ofrezca á todas esas ideas las mismas garantias, y puedan depurarse aquellas que aun se presentan sin desprenderse de la inútil escoria, ó sucumban en noble lid, en campo abierto, aquellas otras para las cuales pasaron ya las razones de oportunidad y tiempo.

Y por que es tan dificil contrarrestar las manifestaciones del derecho moderno, ni en la gobernacion de los pueblos, ni en las relaciones internacionales; porque toda empresa en este sentido seria infructuosa, sin lograr impedir que el porvenir de Europa pertenezca á la democracia, ni el presente deje de presentar contínuos peligros á las monarquias, consideramos como un crímen, sin excusa ni disculpa, caso de que para los crímenes políticos pueda haberla, todo propósito encaminado á provocar la guerra para favorecer combinaciones y deseos de los poderes autoritarios.

Si llegáramos á la catástrofe, si el génio maléfico de los combates batiera sus negras

fatídicas alas como los cuervos, en los campos de batalla, y los boletines contarán por miles los muertos, mártires anónimos de la disciplina, podriamos decir como el filósofo, señalando con el dedo el cuadro horroroso de tanta desolacion y tan bárbara carnicería:

—Ved ahí los extremos peligrosos á que la insensatez conduce. Doscientas mil criaturas sacrificadas á la soberbia autocrática, y sin embargo, sucumbirá para siempre en el polvo y la sangre del teatro de la guerra.

Y con nosotros diria el mundo, que las instituciones tradicionales hacian lo que Herodes ante el temor de que su poder desapareciera, empeñarse en una degollacion inútil, para escuchar mas tarde, entre los ayes de las víctimas y las acusaciones de sus manes, los cánticos de triunfo que el tiempo reserva á las causas justas.

He aquí como intereses que pretenden tener la autoridad de Dios, pueden ofuscarse hasta el extremo de violar las leyes morales que las religiones hacen emanar de Dios mismo.

No seria la primera vez que esto sucediera, aunque acaso fuese de las últimas.

Intereses de los pueblos latinos.

I.

Mucho se ha debatido la cuestion relativa á la comunidad de intereses entre los pueblos latinos. Las opiniones no marchan acordes en este punto, bien que la mayor parte de las que han sido expuestas sobre el mismo tema, se inclinen á reconocer la existencia de lazos, aspiraciones é intereses comunes á la raza latina, siquiera no falte quien tomando la cuestion en su origen, niegue que las naciones de Europa comprendidas en dicha denominacion formen una sola raza como generalmente se pretende.

No es nuestro objeto entrar en el exámen histórico de los elementos que vinieron á constituir las naciones latinas, punto que reclamaria mayor tiempo y espacio del que disponemos. Por la misma causa omitimos el análisis de otras teorias, que arrancando

del cosmopolitismo, se oponen á que se tomen en cuenta, así la existencia de diversas razas, esparcidas por toda la extension del globo terrestre, como su carácter esencialísimo, sus costumbres, fines y tendencias, pretendiendo confundir en una sola aspiracion nobilísima las distintas líneas que separan y dividen la humanidad.

Lejos nos llevaria del objeto de esta obra, la tarea de controvertir cada uno de estos extremos, segun los puntos de vista de las ideas mas aceptables en el medio social y político á que han llegado los pueblos de esta parte de Europa. Nosotros que aceptamos como conveniente y lógico el principio de las nacionalidades, y dentro de este principio los intereses particulares de cada pais, entre ellos los que se relacionan con su libertad é independencia, admitimos principios é intereses generales, y por consiguiente comunes á la humanidad, como sucede con el derecho de gentes. Pero no nos lleva esto á confusiones lamentables, cual sucede á los que no tienen en cuenta para sus doradas utopias las diferencias marcadísimas que separan á las distintas razas, segun sus aptitudes, temperamento, clima, etc. Y acerca de la loable aspiracion de llegar á la identidad de miras y de intereses, no creemos que pueda aplicársele

nunca esta sentenciosa frase del inolvidable Sanz del Rio: «La utopia de hoy será la verdad de mañana», frase que respecto de otras aspiraciones viene siendo como incontrastable aforismo político.

Así, pues, hallamos como verdad tangible en el pasado y el presente, la existencia de una raza latina que tiene sus intereses comunes, que por ley histórica marcha á soluciones democráticas, despues de haber expiado tremendamente su antigua intolerancia en la cuestion religiosa, y esto nos basta para proclamar la necesidad muy atendible de que no se rompan los lazos de amistad entre España y Francia, ni se establezcan antagonismos y rivalidades entre dos pueblos hermanos, cuando toda ruptura podria ser funesta á los fines comunes que los pueblos latinos persiguen con tanto empeño, luchando en unos puntos por alcanzar el ejercicio pleno de todos los derechos, y trabajando en otros por conservar y perfeccionar sus conquistas políticas.

Una sencilla demostracion nos llevará, como de la mano, á comprender las altas razones de utilidad y justicia que militan á favor de la solidaridad de intereses entre España, Francia, Italia y Portugal, que son actualmente las naciones sobre las cuales parece tener fija su mirada el representan-

te mas caracterizado de la diplomacia germánica. Y como la mejor demostracion consiste en la prueba por principios ciertos, nosotros vamos á buscarla dentro de las mismas combinaciones atribuidas á la política bismarckniana.

¿Por qué se procura en primer término la alianza de Italia y de España contra la república traspirenáica? A esta pregunta se ha contestado antes de ahora, presentando la cuestion bajo el siguiente aspecto. La vecindad de la república francesa constituye un peligro para las instituciones monárquicas de España, y un estímulo para las pasiones revolucionarias de Italia. Es una amenaza para los poderes hereditarios de todos los pueblos latinos. No se responde de otro modo á las protestas formuladas diariamente contra el proyecto de cuádruple alianza, aparte los motivos particulares que pueda tener Alemania para desear que en caso de una guerra con Francia le ayuden otras potencias.

A nuestro juicio, no se hace otra cosa planteando la cuestion en tales términos, disfrazados mas ó menos diplomáticamente, que reconocer y proclamar que entre los pueblos latinos, como entre los individuos de una misma familia, existen vínculos estrechísimos; fines é intereses análogos, que

han de influir en el rumbo que cada una de esas naciones imprima á su política.

Si los consejeros aúlicos del imperio aleman pudieran expresarse con el lenguaje de la franqueza, dirian á los intereses dinásticos de España, Italia y Portugal: «La dura ley de la necesidad os conduce á buscar un punto de apoyo en una raza distinta de aquella donde hallais cada dia un nuevo peligro. Para seguir dominando necesitais el auxilio de razas que se agitan con menos impaciencia, contra los poderes autocráticos, asi como batallarian incansablemente si se tratase de arrebatarles su independencia religiosa.»

El estado de los ánimos en esta parte de Europa, al solo anuncio de que pueda concertarse una alianza de Italia y España con los imperios de Austria y Alemania, prueba asimismo que existe esa comunidad de intereses, aunque obedeciendo á móviles extraños, pretendan ocultarlo los gobiernos. Pruébalo el hecho de que se acentúen las manifestaciones de simpatias á Francia, manifestaciones que arrancan de todas las opiniones liberales, lleguen ó no á confundirse en todo ó en parte con los principios de la democracia republicana.

II.

Se ha dicho por algunos publicistas, pintando á su manera la situacion actual de Italia: «Sus intereses mas legítimos é importantes, los que se rozán con la obra gigantesca de su unidad y la capitalidad de Roma, le obligan á entenderse y marchar de acuerdo con la política germana. Donde sinó hallaria un punto de apoyo contra las excomuniones del Vaticano, dirigidas á concitar contra la Italia moderna el ódio de tantos millones de católicos repartidos por toda la tierra.»

¡Singularísimo modo de tratar la cuestion! Ante todo la política seguida por los gobiernos de Roma, á partir de 1870, prueba que puede vivir en perfecta y cordiales relaciones con todos los paises católicos, no obstante la actitud del Pontificado, que ya carece de fuerza y poder para alzarse sobre las potestades civiles y reducirlas á servidumbre vergonzosa. En segundo término, no ha menester Italia el apoyo del protestantismo para garantir de imaginarios peligros la obra de su unidad. Bástale el descrédito en que al cabo de tantas luchas ha caido el poder temporal, y el predominio de un principio unido indisolublemente á la

democracia, el principio de la completa libertad de conciencia, que millones de católicos proclaman contra lo expuesto en el *Syllabus* é incurriendo en el pontifical anatema.

Preguntaba un publicista, como si no se le alcanzara otro argumento, dónde mejor que en el protestantismo aleman hallaria Italia uu punto de apoyo en sus luchas con el Vaticano. Y nosotros respondemos desde este sitio, sin que pasion alguna perturbe nuestra inteligencia: En el desarrollo de todos los principios modernos, desarrollo que va trasformando el modo de ser de las naciones latinas y que coloca las intransigencias del clero católico en la categoria de aquellas cosas, que si dañan un tanto á la obra de concordia y tolerancia entre los pueblos, carecen de vitalidad para producir, como antes, gravísimas perturbaciones.

No hay un solo gobierno en Europa que piense ni remotamente en suscitar conflictos á Italia por los incidentes de su unidad. No se vislumbra, asimismo, el caso de que las eventualidades y contingencias de lo porvenir, causen á Italia la menor inquietud en este sentido. Los mismos ultramontanos que antes amenazaban con la indignacion de los católicos y la presion de los gobier-

nos, han enmudecido desde que sus palabras se pierden en el vacio. Por otra parte, la influencia del espíritu liberal sobre todas las intransigencias y los intereses de secta, hace que bajo el punto de vista temporal y político, el Vaticano aparezca divorciado de las aspiraciones generales, sin fuerzas ni autoridad ya para contrariarlas lo mas mínimo.

¿Dónde está, pues, la necesidad de que Italia busque alianzas en el protestantismo? Pudo invocarla, antes de la caida del imperio francés; mas no desde el momento en que al lado de su unidad y estimándola como la gran conquista de los modernos tiempos, están sus hermanas.

Destruido así el fundamento presentado por algunos para defender la solidaridad de intereses entre Alemania é Italia, réstanos abordar otro punto enlazado íntimamente al que estamos tratando. La reaccion política en Francia, aunque la cuestion religiosa se atemperara á las ideas predominantes, mas habia de perjudicar que favorecer á Italia, por lo que respecta, no á la integridad de sus conquistas sobre el poder temporal, punto fuera ya de controversia, sino á las soluciones para un definitivo arreglo entre el Papado y el gobierno de Roma, arreglo, transaccion ó como quiera llà-

mársele, que será inevitable cuando triunfante la democracia en todas las naciones latinas, refluyan sobre el Vaticano inmensas corrientes liberales.

Italia tiene tanto interés como España en que la democracia no reciba en Francia un golpe alevoso, pues al paso que la influencia de esos principios, puestos en accion, ha de afirmar y vigorizar la soberania de los pueblos, proclamada como la única legítima fuente de los poderes, servirá para impedir se realice la grave amenaza originada por la supremacia de un imperio, que en todos los actos de su política exterior lleva la tendencia avasalladora de intervenir en los destinos de estas naciones y dominar directa ó indirectamente sobre sus hombres.

Tendencia funestísima para la raza latina, si desgraciadamente para nuestros fines democráticos llegara á tomar vuelo, y es fácil que así sucediera desde el momento en que dos ricas penínsulas, llamadas á florecer bajo el benéfico influjo de la libertad, se dejaran enredar como incautas avecillas, en las redes tendidas por el príncipe de Bismarck. Nacerian entonces ódios y rencores, como en las épocas mejores del absolutismo, allí donde tanta falta hace una inquebrantabie amistad, y nos mirariamos

divididos por intereses extraños, lo mismo que cuando las huestes castellanas luchaban contra Italia y Francia, porque así plugiera á las conveniencias personales de los soberanos.

Antes que llegue este caso que la historia consignaria como un gran retroceso, indisculpaple si se examinan los muchos elementos aportados, para evitarlo, por el progreso político, debe hacerse un llamamiento á la sagacidad y la sensatez de los pueblos amenazados. Digamos muy alto que el imperio germánico busca por estos caminos el aumento de su omnipotencia á costa del valimiento de estas naciones; el peso de su balanza para que á ella nos atengamos en lo sucesivo; el desarrollo de sus medios de accion para imponernos su voluntad y hacer que secundemos forzosamente sus intereses, cuando comprendiendo esto demasiado tarde, queramos librarnos de tan vergonzosa y humillante tutela.

III.

A través del espeso velo que encubre el verdadero plan del imperio germánico, parece advertirse la mira de procurar nuevos desmembramientos á Francia, hasta reducirla á potencia de segundo órden con el fin

de que en lo sucesivo no constituyera un ligro para la tranquilidad de Europa. ¡De este modo se entiende el equilibrio europeo en la córte berlinesa! Ya no dicen los periódicos alemanes como en 1874, cuando se discutian los límites de las grandes potencias, despues de las trasformaciones verificadas á consecuencia de la desastrosa guerra de 1870: «Pueden consolarse fácilmeute los franceses de la pérdida de la Alsacia y la Lorena, buscando la compensacion en Bélgica.»

No; ahora se procura quitar á Francia otras provincias, y no agregárselas. En este plan encuentra la diplomacia germánica un cebo para atraerse el concurso de Italia.

«Tomad de Francia, dice á los italianos, lo que os pertenece, y no pensad por ahora en enemistaros con Austria.»

Y quien sabe si en elplan de desmembrar la Francia, deseos que la casa de Orleans debiera tener mny en cuenta, para no aceptar la menor inteligencía con la política prusiana, entrará el ofrecimiento á España de alguna parte de los despojos, prometiéndonos ensanchar nnestras fronteras, no por onde es factible, dada la necesidad de la nidad ibérica, sino por la parte allá de los 'irineos.

Contra estas habilidades seria preciso protestar, si su falta de sentido moral y político, no las evidenciara como verdaderas añagazas diplomátlcas. No necesitan las naciones latinas para llegar á sus ideales de engrandecimiento, embestirse unas á otras furiosamente como fieras que se disputan un hueso. Ni dentro de Europa, ni fuera, han de chocar sus intereses como antagónicos, cuando sus esfuerzos se dirijan á extender su influencia y sus medios de accion para el acrecentamiento de sus intereses coloniales.

Las naciones latinas no se estorban para constituir en el Mediodia de Europa grandes emporios de rlqueza y progreso, antes por al contrario pueden ser, llegado ese caso, una barrera inexpugnable contra toda tentativa autocráttca á traernos nuevamente los tristes horrores del despotismo y la tiranía.

Y como tienen que cumplir tan laudable mision, y todo se reune para facilitar la consecucion de esos fines, si la política toma en ellos los naturales derroteros, el camino recto, sin hacer caso de los reclamos y las sugestiones que llegan del Norte, nos duele que por algunos se presente, sin género alguno de protesta, como si se tratara de cosa conveniente y lícita, el proyecto de

una alianza latino-germana contra Francia, cual pudieran hacerlo con la combinacion mas honrada y favorable á nuestros intereses.

Conste que ni una sola razon excusaria semejante torpeza, y que solamente una política de suicidio, una política de ofuscacion, por no llamarla perversa, aceptaria la tremenda responsabilidad de separar lo que la libertad ha unido, de dividir los intereses de la raza latina, cuando su comunidad salta á la vista, á menos que no se padezca funesta é incurable ceguera.

Fines racionales de toda alianza.

I.

Un orador grandilocuente, al tratar de esta misma cuestion en el Congreso, ha dicho que en política debe procurarse siempre lo justo, lo oportuno y lo útil, tanto para llenar de este modo sus fines esenciales, cuanto por que de otro ha de concitar los ódios y producir graves daños. Y aunque sin referirnos á Maquiavelo, que ya pasó la moda de citar sus anticuadas máximas. corregidas y aumentadas por los diplomáticos que le precedieron, no han faltado politicos de otra talla que con notable franqueza antepongan lo útil á lo justo, y entre ellos podriamos citar las opiniones de algun apologista de la política británica, no sabemos nosotros que de igual manera se hayan atrevido á proclamar que no debe tenerse en cuenta la oportunidad, por mas que por ofuscacion ó soberbia no se hayan mas tarde atemperando á ella.

Bajo el punto de vista de los intereses na-

10

cionales que nos sirve para estudiar esta cuestion, pues nosotros colocamos la pátria por cima de las diferencias y las luchas de los partidos, la alianza con Alemania no llenaria ninguno de esos requisitos de justicia, oportunidad y utilidad, segun demostraremos cumplidamente en el curso de nuestras observaciones.

No estará de más una declaracion ante todo: ni rechazamos en absoluto las alianzas, como algunos publicistas, ciegamente enamorados del principio de abstencion, ni creemos que puedan aceptarse tales pactos entre dos ó mas naciones, sin un maduro exámen de las circunstancias, tiempo y lugar en que hayan de realizarse, así como de sus condiciones y sus consecuencias probables.

Ningun pais se encuentra en mejor situacion topográfica que España para seguir invariablemente la política de completa abstencion; y sin embargo, nosotros que recomendamos la prudencia y defendemos con tanto calor la neutralidad, y que en análogo sentido y con no menos energia nos expresariamos si hubieran de invertirse los términos de la cuestion, esto es, si se aconsejara que al iniciarse la guerra se colocara España al lado de Francia, no confundimos la neutralidad con el aislamiento. y procu-

raremos en la medida de nuestras débiles fuerzas combatirle, como obreros incansables del periodismo.

Las alianzas podrán ser convenientes á España, en algnn período de nuestra historia, y segun el giro quo tomen los acontecimientos. Podrán convenir á nuestros ideales de natural engrandecimiento. cuando nuestras fuerzas morales y materiales necesiten de legítimo apoyo para extender nuestra influencia por Marruecos, recuperar diplomáticamente la parte de nuestro territorio usurpado á la embocadura del Estrecho, llevar á cabo la unidad ibéricá por los únicos medios factibles á la susceptibilidad y los sentimientos de nuestros compatriotas los portugueses, contrabalancear el poder ó la influencia que en Europa se oponga al cumplimiento de nuestra mision gloriosa, y salir de la posicion tristísima en que el abandono de los gobiernos y nuestras propias viçisitudes nos han colocado.

Pero llegado este caso no podrian prescindir nuestros estadistas de ajustar su conducta á los fines racionales de toda alianza provechosa, y usamos la palabra cional en el sentido de ser arreglada á azon, pues de otro modo expondrian los ntereses de España á los riesgos y seguros

peligros de una aventura donde la intriga política reemplazara el concierto y la buena fé que debe mediar entre los gobiernos signatarios de tales pactos.

Suele buscar un pais el apoyo de otros cuando en el punto para que se conciertan existen recíprocos deseos y comunes intereses. Por ejemplo, la alianza de Italia y Prusia en 1866 para debilitar el imperio austriaco, que representaba un obstáculo colosal á ciertas aspiraciones legítimas de ambos paises, fué un acto politico útil á la unidad italiana, bienque por circunstancias especiales no sacara todo el producto debido. Cabe lógicamente acudir á tales medios cuando se lucha con la tenaz oposicion de un coloso á monopolizar en daño de otras naciones, bien la influencia omnímoda que le den la extension de territorio y la organizacion de ejércitos numerosos, ó cuando no esto, su vasto poder marítimo. El principio de la accion comun se determina aquí por motivos de justicia y suprema necesidad, y presenta las alianzas como el único modo de conseguir fines comunes á las partes concertantes. De la misma manera se impone á veces por el deber y el instinto d ponerse á cubierto ó resguardarse de formidables amenazas.

En cualesquiera de estos conceptos, ad-

viértese que los fines son siempre racionales, ya se trate de establecer una defensa, repeler una agresion, ó conseguir alguna ventaja ó provecho. Y además se demuestra que las impulsa la necesidad y que dentro de esta circunstancia, que se impone á los hombres y á los gobiernos, se procura la oportunidad como base indispensable.

Compréndese que así suceda, por que todas estas acciones colectivas, emprendidas á nombre de diversos Estados, tienden á descansar sobre intereses recíprocos, su mejor garantía, no pudiendo apelar al entusiasmo y la abnegacion en negocios sometidos al raciocinio y al frio cálculo. Se nos dirá que fuera de estas condiciones de necesidad y justicia, fuera de lo oportuno y lo útil, se han realizado alianzas ofensivas y defensivas, algunas muy mostruosas. No lo negamos, y ya hemos hecho alusion directa á esos acontecimientos, consignando que constituyen las páginas mas infamantes de muchos reinados.

II.

No puede invocarse ni la justicia ni la oportunidad, por los partidarios de una alianza hispano-germánica. En cuanto á la utilidad de concertarnos para fines comunes con el

Imperio aleman, lejos de ser positiva bajo ningun aspecto, oculta los peligros que ya hemos puesto de relieve.

Ninguno de los fines racionales de toda alianza puede aconsejarnos que secundemos los propósitos de animosidad contra la república francesa, ni menos que nos comprometamos en una guerra. Primer fin: la necesidad. ¿Dónde está la que nos fuerza á buscar defensa en las numerosas legiones del emperador Guillermo? ¿Peligra nuestra independencia, como ocurrió á principios de este siglo, cuando tuvimos que aceptar los interesados auxilios de Inglaterra, auxilios que nos hizo pagar bastante caros, siquiera nosotros no regatearamos nada, procediendo con la generosidad y la altivez castellana?

¿Tememos las consecuencias de una nueva invasion, nos amenaza algun otro peligro nacional por parte de la Francía republicana, ó nos estorba que realicemos ninguno de los grandes ideales de España, ó acecha para aminorar nuestra importancia colonial, ganosa de clavar sus garras en cualquiera de nuestros dominios occidentales?

Estas preguntas no necesitan mas que una sola respuesta, y esta de carácter general y unánime. Por parte de Francia no nos amenaza ni la sombra siquiera del mas lejano peligro, pues ni acecha, como Ale-

mania, el momento ó coyuntura favorable de hacer presa en algunas de nuestras codiciadas posesiones, ni nos impide como Inglaterra cumplir nuestra mision en Marruecos y conseguir por este medio innumerables beneficios.

Segundo fin: el provecho ó la utilidad. ¿Entra ni ha entrado jamás en las miras de la política española, desde que otras ideas distintas al absolutismo influyen en la marcha de los sucesos, extender nuestras fronteras por la parte de los Pirineos; esperamos obtener alguna parte de nuestros territorio usurpado cuando estén debilitadas las fuerzas de la nacion vecina; aguardamos, en fin, su decadencia para conseguir despues lo que ahora niegue? Tampoco.

Tercer fin: la oportunidad. Caso que de pronto se hubieran despertado ciertas ambiciones en la política exterior de nuestra pátria, ¿contamos con medios para realizar ningun proyecto de supremacia y grandeza, cuando es preciso empezar por la reconstruccion interior para llegar á la prepouderancia exterior? Tampoco.

¿Acaso necesita España la garantia y el apoyo de Alemania para alguna de sus grandes empresas por realizar, ni por mucha que llegara á ser en lo pervenir la supremacia de ese imperio, contará con ele-

mentos, solo ó auxiliado, para sobreponerse al poder marítimo de Inglaterra, ni aunque pudiera influir á favor nuestro, lo haria cuando cesaran las causas que hoy le aconsejan presentarse como *protector* y amigo?

El espíritu de justicia se subleva ante la idea de que nos mezclemos en una contienda, poniéndonos de parte del que cuenta con mayor fuerza numérica, al paso que no le asiste la razon.

La proverbial hidalguia de los españoles, causa de tantas y tan gloriosas epopeyas, y de la que en todas épocas dieron los naturales de este pais las mas cumplidas muestras, quedaria hondamente lastimada en semejante caso.

El espíritn de prevision nos avisa del mismo modo contra el descabellado propósito de enemistarnos con un vecino, por complacer á un extraño, dejando así una perpétua hoguera á la puerta de nuestra propia casa, hoguera que alimentada por contínuas prevenciones y el soplo huracanado del ódio, tardaria bastante en apagarse, no sin que antes prendiera fuego á nuestras tierras ó nos amenazara con el incendio.

En vano la habilidad de los muñidores de alianzas infructiferas nos presentan las cosas de otra manera.

Y en vanos pintan á su antojo el porvenir reservado á Francia si nueva guerra con Alemania la obliga á verter los caudales de su sangre y sus tesoros por las arterias. Francia quedaria, dicen los germanófilos, tan desangrada y abatida despues de su contienda, que en muchos años no podria reponerse, imposibilitada de tomar la revancha lo mismo con Alemania qne con España.

Aparte la circunstancia de que nuestro honor nacional, menos acomodaticio de lo que en el imperio germánico se supone, no busca la impunidad tras de la felonia, se incurre en esto en el mismo error que cometió el principe de Bismarck al suponer que la exhorbitante indemnizacion de guerra impuesta á Francia la arruinaria por espacio de mucho tiempo. ¿Quién garantiza que por segunda vez no se equivoque el célebre canciller, por mas que se tomen las medidas para asestar contra la nacion vecina tremendos golpes? Así y todo podria buscar el desquite en nosotros, como cómplices de su ruina; y la hostilidad de los vecinos suele ser muy funesta, por que es la hostilidad que halla á mano mayores facilidades y mas extraordinario número de pretestos y motivos.

III.

Hemos buscado con detenimiento las razones aducidas por los escasos defensores del proyecto de alianza hispano-germana. Las hemos buscado con el deseo de tomarlas en cuenta, si algo valian despues de analizadas.

Y no ha podido ser mas pequeño el fruto de nuestro trabajo. Aparte el interés político ó dinástico que parecen perseguir únicamente los partidos menos liberales, interés que sale á relucir como único argumento, solo hallamos estas dos razones que tengan alguna relacion con los intereses pátrios: 1.ª Que el apoyo de Alemania servirá para que se nos considere como nacion de primer órden, y nuestro voto pese en la política internacional. Y 2.ª Que no hallaremos ningun tropiezo para extender nuestra influencia en Marruecos desde que el emperador de Alemania nos cubra con su manto.

Ambas razones dejan de serlo al mas superficial exámen, para descender al rango de las fantasias y quimeras, no tomadas en sério por los estadistas. Esto no obstante, expuestas con frases ampulosas, han servido para que les preste su atencion una par-

te de la prensa monárquica. Por esta causa vamos á dedicarles algunas líneas, y con ellas cerraremos este capítulo.

No es cuestion de vanidad nacional, como espíritus superficiales creen, sino de dignidad y decoro, el que la representacion de España deje de estar excluida de los Congresos europeos. Puede tambien ser de conveniencia para muchos de los intereses locales ó generales que los pueblos persiguen en el concierto de las civilizaciones. Nosotros somos de los primeros en desear para nuestra pátria el ejercicio de un derecho del que no debiera, á nuestro juicio, estar excluida ninguna de las naciones, por escrúpulos ó egoistas consideraciones de la fuerza y los elementos que aportan.

Este deseo nuestro es comun á los republicanos españoles, como debe ser comun á todas las parcialidades políticas, sin otra diferencia que la que vamos á exponer á seguida.

¿Es que á los Congresos europeos debemos ir como figuras decorativas, cual meros comparsas, para unir nuestro voto en tal ó cual protocolo, segun nos lo impongan las exigencias de nuestros *protectores*, no para conducirnos con independencia y libertad relatívas? ¿Es que no nos será posible influir en pró de nuestros intereses na-

cionales cuando alguna cuestion se relacione con ellos, todo esto por que se nos admitirá única y exclusivamente para que sirvamos de auxiliares á determinadas potencias, y esta humilde condicion trascienda inmediatamente?

Pues en este caso, no quedarian satisfechas ni la dignidad nacional ni la propia conveniencia. Para ir á los Congresos europeos debemos solícitar y conseguir distintas condiciones. La primera de todas, por ser la mas índispensable, consiste en nuestro bienestar, realizable con una buena política, dentro de genuinos principios democráticos. Tengamos crédito, sea nuestro estado floreciente, contemos con buenos medios para el ataque y la defensa, y ya pesaremos en la balanza. La segunda consiste en nuestras simpatias y nuestro acuerdo con las naciones continentales cuya amistad mas nos interese.

Por esto mismo, Alemania nada podrá hacer por nosotros en el sentido expuesto, sino utilizar el voto de España para legalizar las modificaciones del equilibrio europeo con que acaso sueña. Y nada nos ofrece que no esté dispucsta á concedernos la república francesa.. ¿Se ignora que aquel gobierno hízo indicacíones en tal sentido cuaudo la cuestion de Egipto, indicaciones

sín duda mas desinteresadas que las del canciller prusiano?

Vamos á la segunda razon aducida por los germanófilos. ¿En qué concepto podria apoyar Alemania nuestra influencia en Marruecos?

Esta proposicion babrá sido acogida en Inglaterra con una homérica carcajada, á pesar de la seriedad británica. La hilaridad en este caso no está fuera de lugar.

En primer término, dibújanse en el horizonte nubes que anuncian probable complicacion entre Alemania é Inglaterra, y de hecho existe ya un principio de hostilidad por parte del gabinete de Lóndres. ¿Seria atendida, con estos antecedentes, ninguna indicacion de Berlin, favorable á nuestros intereses en Africa?

En segundo término hallamos que ni Alemania ha de apoyarnos en Marruecos, sin su cuenta y provecho, ni su poder ha de ser suficiente para destruir el veto de una potencia marítima.

Conste que ni por este lado, ni por ningun otro, aparecen las ventajas de nuestra alianza con el imperio, así como no se deduce la nécesidad,

Pocas veces se equivoca en estos asuntos el instinto de los pueblos.

Fratricidio evidente.

I.

Los lazos de cariño entre España y Francia anudan en un sentimiento comun á las dos naciones, sentimiento verdaderamente fraternal, que ha ido creciendo y desarrollándose á medida que el espíritu de libertad se extendia por ambos paises. Bienhechor espíritu este que borra antiguas enemistades y ódios añejos, nacidos por el pernicioso influjo de los poderes personales. Si del mismo modo llevara al extenso territorio aleman su saludable ascendiente, por medio de instituciones democráticas, la diferencia de razas no impediria que la república francesa y el imperio germánico se mirasen sin las prevenciones que al presente, á pesar de que siempre las razas latina y sajona proponderan mas que la germánica, dígase en contrario lo que se quiera, á la mas amplia práctica de las libertades políticas y al ejercicio de los derechos indi-

viduales. Ese bienhechor espíritu evitaria los desastres de una nueva guerra; no se cubriria la tierra de luto, ni de horror la conciencia de los hombres, si el espíritu de la democracia, tan fecundo en bienes, hubiera podido domeñar en Alemania los organismos autocráticos. Aquella protesta contra la guerra que en 1880 firmaron veinte y dos mil obreros de Berlin, seria ahora el grito unánime de la opinion pública en el imperio aleman.

Deciamos que el entrañable afecto de España y Francia encarnaba en un sentímiento bellísimo, comun á los dos paises, constituyeudo el mismo vínculo estrecho que une á los hermanos: el vínculo de la sangre, los lazos de la familia, el mútuo aprecio y las recíprocas simpatias de los que marchan unidos á la conquista de los grandes ideales.

Esto se patentizó de una manera admirable cuando la guerra de 1870. La circunstancia de que el imperio francés, no gozara de simpatias en la opinion liberal de España, tanto por afectar una forma contraria á las soluciones democráticas, como por ser un obstáculo al complemento de la unidad italiana, por la cual sintieron vivas simpatias los elementos avanzados de nuestra pátria, no estorbó que cada derrota de

los franceses resonara en nuestro suelo como mortal golpe.

Seguianse por la inmensa mayoria de los españoles con creciente interés las fases de la contienda, haciendo votos por el triunfo de la Francia, sin tener en cuenta la organizacion política que le habia dado el cesarismo napoleónico. Al trasmitir los hilos telegráficos las noticias de aquellos repetidos desastres, cuando todo parecia conjurarse contra Francia, las torpezas incalificables del imperio, la debilidad ó la traicion de algunos de sus generales, la indecision de los mas importantes departamentos, y hasta la série de irregularidades descubiertas en los centros encargados de la provision de víveres y municiones, noticias que nos traia la electricidad con sus incomparables alas, un sentimiento de angustia se apoderaba de los ánimos en España, como si nuestro honor nacional hubiera estado comprometido en la contienda.

Por aquella fecha el autor de estas líneas tuvo que recorrer algunos puntos de España; y en Madrid como en Sevilla, en Cádiz y Córdoba, como en Granada y Málaga, advirtió que numerosas personas esperaban con increible impaciencia la llegada de los partes telegráficos; que acudian presurosas á los círculos donde se fijaban los

despachos alusivos á la guerra, y veia palidecer los semblantes, crisparse los puños amenazadores, ó aparecer el fuego de la ira en la mirada, cada vez que con su acostumbrado laconismo, que á las veces suele ser aterrador, el telégrafo comunicaba algun nuevo infortunio de los franceses.

¿Puede expresarse de un modo mas positivo, al par que mas sublime, el hermoso sentímiento de hermandad, cultivado y educado por el influjo de las ideas democráticas? Y cuando con la derrota de Sedan, el Warteloo de Napoleon III, pero Warteloo mas pequeño é ignominioso, se despeñó el imperio, con extraordinario júbilo se celebró en España tan importante acontecimiento, interesándonos por la suerte de nuestros vecinos como por la nuestra propia.

El imperio aleman no quiso escuchar las proposiciones de paz, cuando la naciente república francesa las presentó, extraña completamente á los motivos ó pretestos de la guerra. Un grito de indignacion acogió en España esta conducta, grito que era como una manifestacion de los vínculos que unen á las naciones latinas, grito que reclamaba el auxilio de nuestras fuerzas para ayudar á los franceses.

¿Quién no recuerda lo que ocurrió entonces en España y en Italia? Violando las le-

yes de nautralidad quisieron ir en socorro de los franceses muchos españoles, teniendo el gobierno que establecer en la frontera la mas activa vigilacia, no obstante la cual se incorporaron á los tiradores y guerrilleros de aquel pais centenares de compatriotas nuestros.

Mas tarde recibiamos testimonio fidedigno del amor fraternal de Francia, en la actividad con que acudia al socorro de los inundados de Levante, revelándose en todas sus manifestaciones, de un entrañable afecto, mas que los impulsos de la caridad, como sentimiento cosmopolita, el amor despertado por corrientes simpáticas, amor llamado á producir en lo futuro inmensos beneficios.

II.

Asegurar la paz por los Pirineos, fué en lo antiguo una de las aspiraciones de que llegaron á vanagloriarse estadistas de tanta valía como los Arandas y Florida Blancas. Y cuando se está á punto de conseguir algo mas que la cordialidad indispensable entre paises fronterizos, cuando cada dia se estrechan mas los lazos de cariño, y este refluye en nuestro bienestar y nos promete mayores prosperidades, nuestra ayuda á los

enemigos de Francia, seria algo mas tenebroso, por lo inicuo que el atentado do Cain contra Abel, que no habria sido sacrificado á la implacable envidia que sintiera el rencoroso fratricida, como la mordedura de una culebra, ó como el virus terrible infiltrado por la víbora, si en los momentos mismos de meditar su horrendo crímen, la agresion de un extraño contra su hermano le hubiera obligado á salir á su defensa, que nada hay mejor para terminar las desavenencias de familia que el peligro comun, originado en agresiones ó amenazas de otras gentes.

Decimos esto para demostrar que en el fratricidio puede haber una circunstancia extraordinariamente agravante, la cual haga el crímen mas odioso que el imputado al personaje del Antiguo Testamento. Esa circunstancia es la de obedecer al cometerlo, no á resentimientos personales siquiera estos fuesen injustos, sino al móvil de ayudar al extraño en sus luchas y sus rivalidades contra nuestro propio hermano.

En este caso sentiriamos remordimientos mas grandes que los que pinta en uno de sus mas bellos apólogos el insigne Victor Hugo. Cain creyó divisar en los altos cielos un ojo que le miraba severamente despues de cometido su delito. Quiso huir de aque-

lla mirada y se tapó el rostro con un velo; pero el ojo de la justicia seguia mirándole. Escondiose en lo profundo de una cueva, teniendo por techumbre inmensas rocas. Allí no llegaba ni débilmente la menor claridad, ni el mas pequeño ruido; pero el ojo de su conciencia le miraba acusador en las entrañas de la tierra.

Y en vano trataríamos nosotros de disculpar nuestra mala accion contra Francia, si ayudáramos al imperio germánico en sus planes; en vano pretenderíamos arrepentirnos de cometer ese atentado contra sentimientos tan nobles como los que arrancan de vínculos tan sagrados; inútilmente trataríamos de atenuar los efectos terribles de semejante extravío, porque de cualquier modo el fratricidio resultaria evidente, y aunque nos cubriéramos los ojos y nos tapáramos los oidos, habriamos de leer y oir la maldicion de la historia.

No podemos ayudar á Francia, si la guerra surge, porque nos lo impide nuestra falta de medios, nuestro estado de decadencia, nuestra precaria situacion económica, aparte otras consideraciones que nos estorbarian prudentemente comprometernos en aventuras peligrosas. Pero tampoco y con doble motivo podriamos prestar el mas pequeño apoyo, moral ó material, directo ó indirec-

to, á ninguna empresa que tienda á lesionar los intereses de una nacion que por tantos títulos nos es tan querida, y á la que consideramos como hermana.

He aquí por que traducimos en el epígrafe de la presente obra, la tendencia prudente que en esta cuestion se impone á toda política y á todo gobierno que no se deje arrastrar por vértigos ó locuras: *Ni franceses ni prusianos, pero nunca fratricidas.*

Esto último podria llevarnos moral y materialmente á un verdadero suicidio.

III.

Aquí llegábamos de nuestras consideraciones sóbre la mas importante cuestion de actualidad, cuando se verifica en nuestra pátria un acontecimiento político de verdadera trascendencia y que ha producido extraordinaria excitacion por las circunstancias en que acaba de consumarse.

Nos referimos á la vuelta al poder del partido conservador, considerado como el que mas simpatias goza en la córte berlinesa, y al que desde 1876 viene atribuyéndosele una inclinacion marcadísima á sostener cierta clase de inteligencia con Alemania. Tanta resonançia ha tenido en Euro-

pa este suceso, de tal modo se ha juzgado la caida del único partido monárquico contrario á suscitar enemistades con Francia, que la prensa europea dá la voz de alarma, y considera que los sucesos se anticipan y precipitan.

Los mas sensatos periódicos ingleses, los diarios mas templados de Bélgica, los menos exaltados de Portugal y de Italia, recuerdan en estos instantes las visitas del príncipe aleman, sus conferencias con Cánovas y su fria reserva para los prohombres del partido liberal de la monarquia restaurada; barajan aquellos incidentes con los del viaje del pretendiente francés, el conde de Paris, dias antes de caer la izquierda dinástica, esto es, cuando se elaboraba la crisis, y compaginan todo esto con la probabilidad de que podamos caer en el lazo que se nos tiende.

Con este motivo parten prudentes consejos, dirigidos al gobierno español, consejos que reproduciriamos gustosos por amoldarse perfectamente á nuestro patriótico objeto, si ya no nos hubiéramos extendido mucho en análogas consideraciones.

Breves hemos de ser, que á veces el laconismo va mas allá que la elocuencia. No esperamos que el gobierno presidido por el eminente malagueño D. Antonio Cánovas

del Castillo comprometa gravemente el porvenir de nuestra pátria, colocándose fuera de la política de abstencion, si surge una nueva guerra entre Francia y Alemania.

A la impopularidad de los gastados principios del partido conservador, que aparece estacionario frente á las innovaciones que se realizan en todos los órdenes de la vida social y política, añadiria el gobierno Cánovas la oposicion que en todos los ámbitos de la península ibérica hallaria la sola tentativa de semejante fratricidio.

Seria la insensatez llevada á sus últimos límites; y en nombre de esta desventurada España, á quien con tanta insistencia persiguen los infortunios, hemos de pedir y esperar que el gobierno conservador no contraiga tamañas responsabilidades.

Aspiraciones de España.

I.

Trabajada nuestra pátria por muchas y amargas vicisitudes, luchando constantemente por iniciar una era distinta de las que han señalado sacudidas y reacciones, sistema opuesto al desenvolvimiento pacífico del progreso, se encuentra en un estado que es preciso examinar bien para no incurrir en trascendentales errores.

Antes de la revolucion existian aspiraciones democráticas, siendo como los primeros albores que preceden á larga y lóbrega noche. Despues de realizado aquel importante acontecimiento político, esas aspiraciones se extendieron de tal modo, que llegaron á establecer una legalidad en 1873. Obtúvose tal resultado, no por la sorpresa de un movimiento de insurreccion, ni por la perplejidad de los elementos políticos contrarios, que al ver anulada su influencia por la voluntad nacional, habian confiado sus últimas esperanzas á los éxitos de sus ma-

niobras subterráneas, sino por el ascendiente de los principios democráticos.

No hemos de examinar si el triunfo de la república fué prematuro, si faltó madurez para asegurar los frutos, ni si se cometieron errores que la esperiencia habrá tomado en cuenta, como importantes y provechosas enseñanzas. Solo contestaremos á una objecion relativa á las condiciones de estabilidad de la república, combatida por el número de los intereses contrarios é *irreconciliables*.

Toda innovacion lucha con inmensas dificultades y tiene que contrariar intereses diversos, bien que no aceptemos en general el concepto de irreconciliables, toda vez que muchos de esos intereses fundan su hostilidad mas en desconfianzas injustas, en prevenciones y recelos, que en la realidad de las cosas. Y esto ocurrió precisamente con la república española. Si sus estadistas hubieran podido conducirse con la prudencia y el tacto que permite la tranquilidad de ánimo en los periodos normales, habriase demostrado que la mayor parte de los intereses que se alarmaban, podian no solo *conciliarse* sino hasta fundirse, sin menoscabo alguno, con los intereses de la república. Hubiera quedado el único punto irreconciliable, el interés político de los partidos es

tacionarios, que tiende á limitar y restringir los derechos de la personalidad humana, haciendo de los poderes inamovibles como un dogma superior á la soberania nacional y herméticamente cerrado.

Pero las reformas correspondientes á la legalidad que se estableció por el voto solemne de las Cámaras, hubieran venido á favorecer, en suma, los intereses de la magistratura, la enseñanza, el ejército, el clero, de las clases todas, al cortar abusos, de los cuales se aprovechan los menos, con perjuicio de los mas, y establecer ese respeto á los derechos de todos, que es la base mas sólida, la mejor garantia del órden político y social, confirmándose de este modo que la ofuscacion suele presentar como irreconciliable lo que mas tarde ha de amoldarse perfectamente á las nuevas instituciones.

Detenida la revolucion en su desarrollo por haberse prescindido de ese alto concepto político, creose mas tarde un período verdaderamente anormal, tanto que despues de las afirmaciones rotundas hechas por la nacion desde el 69 al 73, hemos venido á sufrir las consecuencias que se desprenden siempre que una minoria impone criterio y subordina las necesidades de política á sus peculiares conveniencias.

Los partidos de la revolucion suman fuerzas considerables, y así sumaran unidad de accion, dentro del conveniente deslinde de los campos. De modo que si predomina una oligarquia, tomando esta palabra en su acepcion de gobierno de pocos, cuando estos se aunan para que todas las cosas dependan de su arbitrio, es á reserva de que la mayoria vuelva á recobrar el derecho de intervenir directamente con su voto en la gobernacion del Estado.

Tal es la actual situacion de España.

II.

El mal efecto que ha producido el fracaso de las reformas liberales, demuestra hasta que punto van en nuestra pátria las corrientes hácia los ideales democráticos. Se pide el sufragio universal, no para consolidar las autítesis del progreso político, que en este sentido no se inclinaria jamás la verdadera voluntad nacional. Y se opone resistencia al ejercicio del sufragio, porque están recientes los mandatos de la soberania nacional en el período anterior al de la restauracion borbónica.

Se gobierna en nombre de una minoria, y á ella no pertenecen por completo determinadas clases influyentes, á quienes la d

mocracia respeta como á todas, siendo notorio que una buena parte de ellas están de acuerdo en realizar la obra laudable de fundir en un mismo sistema de gobierno la libertad mas ámplia y el órden verdadero, moral y material.

¿Cabe abrigar la menor duda respecto á las aspiraciones de España, cuando tan á las claras se ha traslucido ahora con el nombramiento de un gobierno de resistencia? Pues si las corrientes democráticas aumentan, completándose en esta parte la obra iniciada por la revolucion de setiembre, punto de partida para numerosas fuerzas políticas, no hay para qué insistir en que al interés nacional, sin mixtificaciones ni anfibologísmos, conviene la estabilidad de las instituciones existentes en Francia.

La razon es muy sencilla. Si hay motivos para suponer que los poderes históricos ven con desagrado y temor el desarrollo y consistencia de la república en esa parte de Europa, por lo que pueda influir en su daño, ¿por qué no se ha de tomar en cuenta el disgusto que al pueblo español produciria el entronizamiento de la reaccion en Francia, cuando esto podria constituir una amenaza para las aspiraciones predominantes en uestra pátria?

Jamás los liberales de ningun matiz po-

lítico, debieran invocar el interés exclusivo de las monarquias á no ir acompañado de otras consideraciones favorables al derecho superior de los pueblos.

Por mucho que el doctrinarismo se consagre al explendor de los poderes permanentes, aunque le interese en extremo su arraigo, no puede apartarse de la fórmula con que nos muestran el régimen representativo, fórmula segun la cual, no cabe presentar al monarca constitucional ni como la única fuente de donde emanan los poderes, ni como el interés superior á los intereses del Estado.

Cometen por lo mismo una grave falta aquellos periódicos conservadores, para quienes es tarea grata y simpática, la de sostener como único argumento, que la república francesa constituye un peligro para las dinastias reinantes en los paises latinos. La alta razon de estado no es esta, ni puede serlo, en las monarquias constitucionales, cuaudo no le acompañan otras circunstancias que refluyan en daño manifiesto del interés nacional. ¿Exísten esas otras circunstancias? A los diarios conservadores toca consignarlas. Mas en distinto caso, adviertan que no concuerda el hecho de gobernar á nombre de una minoria, bien q con la ficcion de que esa minoria represe

ta el sumo saber, la suma ilustracion y la suma inteligencia, con la pretension de colocar esos intereses y sus derivaciones en la cuestion francesa, por cima de las aspiraciones de España.

III.

Vamos á terminar. No corresponde al carácter de las monarquias constitucionales, mezclarse en ninguna contienda, sin otro interés que el particular de las familias reinantes. Napoleon III que buscaba el de su dinastia cuando se decidió á provocar la guerra de 1870, tuvo que encubrir su propósito con intrigas y pretestos que se relacionaran con el interés exclusivo de su pátria, colocando este interés sobre los intereses personales del monarca. El pretesto fué aquella candidatura alemana para el trono que la revolucion española dejó vacante. De este pretesto hacia derivar un gran peligro para la seguridad de Francia, colocada entre dos enemigos, y de las incidencias que forzosamente habian de surgir, una cuestion de decoro.

El gobierno español se verá obligado á conducirse del mismo modo, á menos de ›mper hasta con las apariencias del sistea constitucional y declararnos de hecho

ya que no de derecho, dentro de los absurdos y las monstruosidades del absolutismo. Tendria que invocar el interés nacional al colocarse de parte de Alemania. ¿Y cómo, si las aspiraciones de España son favorables á los principios democráticos triunfantes allende los Pirineos?

No le quedaria otro recurso que el de Napoleon III. Encubrir el verdadero propósito con injusto motivo, y buscar en las peripecias de cualquier intriga, como pudo ocurrir cuando el viaje de D. Alfonso, la causa ó el pretesto para no guardar la prudente y precisa abstencion que en nombre de nuestra pátria reclamamos.

Pero ¡ay! que estas temeridades se pagan muy caras, y dígalo Napoleon III, que buscando por tan reprobado medio la estabilidad del imperio y el auge de su dinastia, solo halló el oprobio y mas tarde el destierro, para sucumbir á poco, acosado por los remordimientos.

Peligros.

I.

Se ha creado una situacion dificil, anormal, comprometida, no ya para las evoluciones graduales y pacíficas de nuestro progreso político, sino respecto á las necesidades mas perentorias del presente. Esto es lo verdaderamente grave. Si el porvenir nos interesa como á todo pueblo que piensa en sus futuros destinos y trabaja para perfeccionar sus organismos é instituciones, llama con mas urgencia nuestra atencion la apremiante realidad de hoy, representada en la direccion de los negocios públicos por una política de estrecha base, que puede ser cual otra caja de Pandora, tanto en el interior como en las consecuencias de nuestras relaciones exteriores.

Hace tres años la política conservadora, sin un punto de apoyo en la masa liberal del pais, vióse amenazada por dos corrientes cuyo cauce era el de la revolucion. Casi

llegaron á coincidir los elementos retirados al Aventino desde el hecho de Sagunto, y los que vencidos por aquel acontecimiento se habian sometido en la esperanza de conquistar el Capitolio, como á medias lo consiguieron cuando su despecho ó impaciencia los llevaba á repasar las fronteras de un dinastismo con reservas circunstanciales.

Los hombres de buena voluntad y recto criterio, á quienes no se oculta la inmensa gravedad de los sucesos, se preguntan alarmados lo que viene á resolver ó conjurar una política cuyo fracaso está tan reciente, máxime cuando subsisten las causas que exigieron entonces su reemplazo.

Si en todo tiempo se consideró peligroso contrariar las aspiraciones predominantes, si éstas tienen por orígen ó causa superior necesidades cuya satisfaccion no admite dilaciones, los peligros son mayores en circunstancias como las que han precedido al triunfo de los conservadores.

Bien se le censidere como un gobierno de las simpatias de Alemania, y así sucede para la generalidad de los periódicos europeos, tanto que le denominan irónicamente el ministerio germano, ora se le estudie come un gabinete de extremada resistencia, ya se concrete el juicio crítico de su significacion política al temor de que surjan por

diversos conceptos grandes conflictos, de cualquier modo parece haberse inaugurado un nuevo período contrario á las aspiraciones de pacífico progreso y tranquilidad, aspiraciones comunes á los mas importantes elementos liberales.

Así como la paz de Europa puede turbarse por los propósitos de los poderes autocráticos, mas que por el desenfreno de la demagogia, que la democracia trasforma, del mismo modo el peligro toma aquí cuerpo por la intransigencia de los conservadores al apoderarse nuevamente del gobierno en nombre de una pequeña minoría, cuyos intereses y aspiraciones, en cuanto éstas no se aparten del concierto general y constituyan un privilegio, tendrian con la democracia medios sobrados de manifestarse y defenderse, seguras de que en todo lo que fuera justo habian de hallar expedita la via del derecho. Cúmplenos señalar esa resistencia, representada en el gobierno constitucionalmente por los conservadores, como un gran peligro para la paz dentro y fuera de nuestras fronteras.

Que no exageramos ni es nuestro intento añadir leña al fuego, para que la llama de la impopularidad tome sobre la política de los conservadores mayores proporciones, demuéstralo una circustancia. A pesar de las

seguridades dadas recientemente por periódicos españoles, cuya inspiracion se atribuye al Sr. Cánovas del Castillo, sobre su inquebrantable resolucion de no prestarse á entrar en pactos que puedan conducirnos á una ruptura con Francia, aumentan las sospechas y los indicios, crece la alarma y se produce penosa inquietud, por las manifestaciones de la prensa Europea desde que cayó el gobierno de la izquierda dinástica.

Los diarios legitimistas franceses han sido los primeros en romper el fuego imprudentemente. Se alborozan por el cambio político ocurrido en España, suponiéndole favorable á los intereses monárquicos de la nacion vecina; felicitan al conde de Paris, pariente de D. Alfonso, al ser nombrado el ministerio conservador, anunciando que la restauracion de la monarquia francesa, aliada la bandera blanca y la tricolor, se halla muy próxima, y proclaman gozosos y satisfechos que los intereses de Alemania, España y Francia son comunes bajo el punto de vista de las instituciones monárquicas.

Van mas allá desde el momento mismo en que el telégrafo trasmitió la noticia de haber vuelto á ocupar cerca de D. Alfonso, su puesto de primer ministro de la restauracion el Sr. Cánovas del Castillo. Se atreven á manifestar que para el año de 1885,

se sentará en el trono de Francia Felipe VII, como aliado de España y Alemania.

Estas imprudentes indicaciones concitan los ánimos, esparcen la duda y contribuyen á que nuestra pátria sea actualmente el blanco de censuras y reproches, que en todo caso no pueden alcanzar á la inmensa mayoyoria de los españoles, no menos maravillados de esas profecias orleanistas y legitimistas, así como del origen que tienen y la base de donde arrancan.

II.

Debemos añadir á lo anteriormente expuesto otro síntoma alarmante. Apenas el nuevo gobierno español se encargó de imprimir distinto rumbo á la política, volvió á surgir un nuevo incidente con el representante de Francia Sr. Baron Des Michels, conflicto que no ha terminado en los momentos en que trazamos estas líneas. Puede ocurrir que dicha cuestion nos lleve á un enfriamiento de relaciones con Francia, colocándonos en el dintel de la ruptura. Por otra parte, las últimas declaraciones de la *Gaceta de la Alemania del Norte*, órgano del viejo príncipe, que escribe sobre los asuntos de nuestro pais come si España estuviera de hecho bajo el protectorado del

imperio germánico, han producído verdadero disgusto allende y aquende los Pirineos, allí por que á nadie se oculta lo que esa tendencia alemana significa para las actuales instituciones francesas; aquí por que hieren los sentimientos patrióticos de los españoles, al trasparentarse una especie de intervencion ofensiva aunque índirecta.

Dar á entender pretenciosamente que la república no seria posible en España aunque la nacion la proclamase por vias pacíficas y legales, por que intereses superiores relacionados con la tranquilidad de Europa lo estorbarian, equivale, dada la procedencia de esa afirmacion, á confirmar en cierto modo lo que se ha dicho acerca de secretos pactos dirigidos á impedír el desarrollo de las ideas y los procedimientos republicanos.

Todo esto prueba que se ha inaugurado una era de graves dificultades. A un mismo tiempo se contrarian las aspiraciones liberales de España, y se nos hace aparecer en el exterior como una nacion al nivel de las que carecen de medíos para hacer triunfar sus deseos en el mecanismo de los sistemas representativos. Y como la política de resistencia en el interior y de aventuras en el exterior jamás condujo á soluciones buenas, al contrario, ha sido causa

de graudes desastres, y podriamos citar numerosos ejemplos, si nos quedará que escribir mayor número de páginas, los peligros aumentarán en la misma proporcion de las faltas que en tal sentido cometa el nuevo gobierno.

El alza de los valóres en algunos mercados extranjeros, al constituirse la situacion conservadora, alza invocada como signo de confianza, no puede ser tomada en consideracion bajo dicho aspecto, toda vez que las jugadas de bolsa han quedado reducidas á especulaciones atrevidas sobre cálculos y combinaciones del momento, y á veces traspasan del todo los fines morales y lícitos, para dar de lleno en la supercheria de admitir como aceptable y bueno al crédito en general, lo que mas tarde ha de ser su quebrantamiento y ruina.

Conocidos son los medios que suelen emplearse para desviar las contrataciones de su verdadero aspecto, segun la situacion del crédito en el pais de donde los valores proceden, ó segun el estado general de Europa.

A nadie sorprende ya una baja ó alza inesperada, fuera de toda prevision y fundamento, por que se sabe que no es dificil llegar á este resultado por fines políticos ó puramente especulativos, cuando de ante-

mano se fragua con este objeto algun proyecto y se cuenta con medios para llevarlo á cabo.

La situacion crítica, bajo el punto de vista bursátil, tan recomendado como barómetro por los que rinden culto á ciertas manifestaciones puramente artificiales, vendrá mas tarde, cuando tomen cuerpo los peligros que ya se vislumbran, cuando la política de no abstencion asome la cabeza ó muestre su existencia por actos ostensibles, y el convencimiento de que se nos expone á males de trascendencia ejerza su influjo, lo mismo en los mercados de valores públicos, que en las diversas esferas del negocio y del tráfico, donde otros intereses muy respetables manifiestan cotidianamente sus temores ó sus esperanzas.

Siempre que la poco meditada gestion de los gobiernos nos lleva al estado de pánico, y nos alegraremos mucho que ni remotamente suceda ahora lo mismo; siempre que existen peligros y no se vislumbra el medio de conjurarlos, no hay poder que detenga las sacudidas y oscilaciones del crédito, porque entonces no se opera la baja de los valores por un sistema artificial y prévio el acuerdo de los tenedores ó negociantes de grandes masas de papel.

Si desgraciadamente llegara este caso,

verian los conservadores á donde nos conducia la política de alianzas.

III.

El restablecimiento del sufragio universal, dando á la política española rumbos distintos, dentro de las condiciones de órden y tranquilidad que tanto desean las sociedades, hubiera alejado de nuestra pátria muchos peligros, como los vientos contrarios alejan la tempestad ó impiden que se forme.

Una cámara elegida con el concurso directo de todas las clases sociales, presentando su origen menos cantidad de amaño gubernamental, por las dificultades que la extension del sufragio ofrece á las arbitrariedades y coacciones de los poderes, hubiera servido para ejercer saludable influencia en la conducta de los gobiernos, apartándolos de toda tendencia germáníca, de todo compromiso internacional contrario á las aspiraciones del pais, de toda mira extraña á las apremiantes necesidades de España.

La representacion nacional tiene tanta mas autoridad, cuanto menos se amolda á ser hechura de los gobiernos, aunque dentro de su seno necesiten éstos contar con

mayorias para traducir en actos sus aspiraciones. Con el sufragio universal, á poco que los comicios constituyan un ámplio palenque de todos los principios, y no sean como otras tantas sucursales del poder ejecutivo, las Córtes adquieren esa importancia, que tanto dificulta su disolucion, al revés de cuando se trata de cuerpos colegisladores sin mayor significacion que la de los intereses y los medios del partido dominante.

El error representado en el poder por el partido conservador, no puede ser mas evidente. Viene á retrasar el restablecimiento del sufragio universal, considerándolo como un peligro, cuando su ejercicio hubiera conjurado el que existe con las corrientes germánicas favorecidas aquí por una pequeña minoria.

Lamentamos amargamente, á fuer de españoles amantes de la paz y la prosperidad de España, que la nave del Estado ponga lo proa á mares tempestuosos, cuando tan fácil le seria navegar por otros mas bonancibles, si hubiera precedido consulta á cuantos tienen legítimo interés en que el bien de nuestro pais no naufrague, en vez de triunfar con el doctrinorismo los consejos de la ofuscacion.

Y deseamos no sea esto causa de que en-

tre la cordialidad y cariño de España y Francia lleguen á levantarse, por torpezas censurables, barrera mas elevadas y resistentes que las montañas de los altos Pirineos.

Desde luego anticipamos el anatema de la historia, para los estadistas que nos llevasen á tan funesto trance, que equivaldria seguramente á prolongar la decadencia de nuestra pátria, haciendo mas penoso y difícil el camino de nuestra regeneracion social y política, camino del cual se nos ha desviado varías veces en el trascurso de este siglo.

La evolucion que en estos mismos instantes lleva á cabo el moderantísmo histórico, aproximándose al ministerio conservador; el acuerdo tomado por los prohombres del partido carlista, relativo á su benevolencia con la situacion conservadora, y las indicaciones trascendentales hechas á última hora por el órgano mas autorizado de la córte pontificia, prueban que se está realizando una concentracion de fuerzas monárquicas, bajo bases, aspiraciones y tendencias que se apartan de las corrientes liberales predominantes en otras monarquias, como si tras tantas vicisitudes y luchas hubiéramos de retrogradar nuevamente á los poderes personales y á la menor

cantidad posible de régimen representativo.

¿Es que la opinion general del pais ha experimentado un cambio notable en sus aspiraciones, debida la metamorfosis á legítimas influencias, á saludables enseñanzas, á convicciones que le llevan por la senda del arrepentimiento? De ningun modo, y así lo hemos demostrado, siquiera haya sido á grandes rasgos, al señalar la verdadera situacion de España.

Ese movimiento de retroceso es tan artificial como el que se efectuaba en los centros bursátiles al caer el partido mas liberal de la monarquia, y no implica ni la mas pequeña modificacion en el modo de ser de nuestra pátria, donde el espiritu ampliamente democrático ejerce ya todo el influjo de las ideas justas y buenas.

No es la primera vez que se pretende por análogos medios ensayar el galvanismo en las fuerzas politicas que murieron con la causa á cuya defensa se consagraran. Las del moderantismo que trata de resucitar el Sr. Cánovas, para sumarlas al partido conservador, yacian arrinconadas, fuera del juego de la política, como una rueda ya inútil en el engranaje de los partidos, y no aportando á la situacion el apoyo ó concu so de valiosos elementos, sino un núme

de ex-diputados y ex-senadores que sin la influencia oficial no pueden conseguir la representacion de algunos distritos.

En cuanto á la benevolencia de los carlistas, se comprende perfectamente por la situacion en que se halla un partido, al que despues de tan estériles luchas, ha proscrito la conciencia nacional hasta en los puntos en que no ha mucho hallaba plácemes y simpatias, merced al maléfico influjo de los fanatismos religiosos. Cada dia mas impotentes para alzar al estandarte de la rebelion, con menos fuerza moral por el inmenso despestigio de su ídolo, al par que por los ódios, los antagonismos profundísimos y las divisiones que germinan en su campo, mas difícil la consecucion de sus fines por el terreno que ganan los principios modernos, buscan en torno del ministerio Cánovas la influencia que no hallarian por otros medios. ¿Aportan con su benevolencia el concurso, siquiera sea indirecto, de fuerzas importantes y poderosas?

No creemos pecar de optimistas negando la exactitud de semejante aserto. Moderados y carlistas son elementos que no cuentan con medios para influir dentro de los sistemas parlamentarios, no ya para aspirar al predominio, punto imposible en todos conceptos, sino para coadyuvar en cierto

modo á contener dentro de estrechos moldes el desenvolvimiento de nuestro progreso. Y no pudiendo hacer esto lícitamente, apelando á las manifestaciones de la voluntad nacional, haciendo pesar todos sus intereses en la balanza del pais, se conciertan ahora con aquellos otros elementos que desde el poder y por procedimientos arbitrarios ó ficticios se proponen desviarnos del objetivo nacional.

Bajo tal punto de vista, la aproximacion del moderantismo histórico y la benevolencia de los carlistas, obedece á las tendencias que contra las ideas liberales se vienen persiguiendo. Sea obra de la política germana, encaminada á retrasar en las naciones latinas las soluciones democráticas, se inspire en el propósito de aislar á la república frances, ó tenga su origen en motivos y circunstancias personales de importantes entidades, ello es que no puede menos de tomarse en sério, como un peligro inminente, cuya extraordinaria gravedad aumenta cuando se medita sobre los conflictos y desastres que nos amenazan de este modo.

En los primeros meses de 1868 se habló mucho de la aproximacion de los elementos mas ultramontanos é intransigentes al gobierno de Gonzalez Bravo. Los partidarios de la resistencia tomaron tal acuerdo como

un buen signo, sin comprender que estas aproximaciones contra los elementos liberales comprometen mucho á los gobiernos, sin robustecer sus medios de accion.

La intranquilidad del pais aumentó entonces. ¿Creen los conservadores que al repetirse estas maniobras han de producir distinto efecto? Véase como en España y Francia se comentan, sin que pueda inspirar confianza una política tan preñada de peligros.

Solucion necesaria.

I.

Al ver como se presenta en la arena política un ministerio de resistencia, cuando todo parecia indicar que nos acercábamos al planteamiento de las reformas liberales, dudamos que triunfe la solucion necesaria, y esta duda nos mueve á ser mas explícitos. ¡Cómo no, si presentimos dias muy tristes para España, bajo la influencia de la diplomacia germánica!

Defender los intereses de partido es un deber para todo el que milita en alguno, si ha de responder á su filiacion politica; pero hay deberes mas importantes, por cima de las conveniencias de escuelas y de los fines mas ó menos plausibles de las agrupaciones y parcialidades, deberes de alto patriotismo, cuyo cumplimiento deja grata satisfaccion y profundo convencimiento de haber coadyuvado á una buena obra en pró de la madre comun.

Y en este caso nos encontramos al abogar por una política de completa neutralidad, toda vez que ni debemos ser fratricidas de la peor especie, ayudando á la ruina ó la decadencia de Francia, ni nos incumbe mantener secretas inteligencias con gobiernos autocráticos, que habian de ser la rémora para el engrandecimiento y prosperidad de nuestra pátria, codiciadas ventajas que no alcanzaremos nunca sino con las soluciones de la genuina democracia, sin trabas ni obstáculos insuperables.

Al insistir sobre la conveniencia y necesidad de la abstencion, defendemos los intereses pátrios, que son los intereses de todos los españoles, sin distincion ó exclusion alguna; los intereses de todas las clases, de todas las opiniones políticas, de cuantos desde distintos campos trabajan de buena fé por el bienestar de esta infortunada nacion, á cuya historia parece ir unida la fatalidad de los gobiernos imprevisores. Por esto nosotros pedimos la neutralidad en nombre del pais, cuya defensa es obligatoria para todos sus hijos, sin traer á la arena otras aspiraciones y otros intereses.

Tronariamos mañana con el acento de la indignacion contra los hombres que nos condugesen á lamentables aventuras; cubririamos sus nombres con el oprobio mereci-

do de los que por el dominio de las malas pasiones causan á su pátria grave daño; les señalariamos en nuestra cólera al desprecio de Europa, como se señala un padron de ignominia; pero ¡ay! estos tristes desahogos despues de los desastres, no nos indemnizarian ciertamente ni mitigarian el profundo dolor de ver la nacion nuevamente desangrada y empobrecida, distante de cumplir ó realizar sus destinos, y en un estado de atraso y decadencia que exigiria mayores desvelos y sacrificios.

Evitar un peligro, vale mas infinitamente que remediar luego sus consecuencias. A evitar el azote de la guerra, buscada con tanto afan por los cortesanos de la supremacia alemana, y del exprendor y arraigo de las instituciones tradicionales, deben tender en los momentos presentes cuantos elementos están identificados con el carácter y modo de ser de la España moderna.

Respecto á este extremo nos corresponde el lenguaje de la suma franqueza. El temor de futuras complicaciones no desaparecerá por completo, mientras no se inaugure aquí una era de verdadera libertad política, y los gobiernos vivan estrechamente unidos con la opinion, no separados de sus corrientes. Piensen en esto los hombres de la situacion y se convencerán, si ya

no lo estuviesen, de la exactitud de nuestro aserto.

II.

La guerra quedará aplazada, si los acontecimientos no se precipitan; el temor parecerá infundado, el peligro se vislumbrará mas lejano, la catástrofe se verá muy remota, segun estén ó no adelantados los planes que indudablemente se fraguan; mas no desaparecerá el peligro, dispuesto á presentarse de nuevo, mientras no varien esencialmente las condiciones políticas de nuestra pátria, como no terminan las fiebres palúdicas en los sitios donde no se desecan ó limpian los pantanos.

Solucion necesaria es la neutralidad; pero correrá riesgos inminentes mientras el gobierno esté representado aquí por una pequeña minoria del pais, mientras no intervengan en la direccion de los negecios públicos las fuerzas vitales de nuestra pátria, mientras eu el organismo político subsistan exclusiones como las que respecto á los partidos de la democracia mantiene el señor Cánovas del Castillo.

En estas condiciones si existen corrientes de inteligencia entre los elementos oficiales de Madrid y Berlin, cuando se desarrolla

una política vaga y oscura, rayana del misterio, fuera de toda atinada discusion por el mismo desconocimiento de sus objetivos y propósitos, nada tan fácil como llegar de improviso, cuando mas lejano parezca el conflicto, al punto donde pretende conducirnos Alemania.

La neutralidad reclama imperiosamente una solucion liberal por todos conceptos, y esta solucion es precisa. indispensable, perentoria. Mientras no lleguemos á obtenerla, los legitimistas y orleanistas franceses se creerán autorizados para buscar en la política oficial de nuestra nacion un punto de apoyo, en términos de que el mismo pretendiente francés revolotee en torno de la córte de Madrid, como la mosca atraida por sustancias que le excitan y agradan.

No desistirá de su empeño el príncipe de Bismarck, mientras encuentre en España probabilidades de que le ayude á dominar el engrandecimiento de Francia, engrandecimiento que debe á su floreciente república, y estas probabilidades existirán aquí mientras la política interior y exterior se agite en tan estrechos moldes y responda á necesidades que no son las de la nacion.

Las cosas caen del lado á que se inclinan. Esta vez han caido del lado de las simpatias germánicas, sin que sobre este im-

portante extremo quepa abrigar duda alguna..Los órganos de Bismarck aconsejaban dias antes de resolverse la última crisis, la formacion de un ministerio de fuerza, contrario á toda condescendencia con las ideas democráticas. Y los órganos de Bismarck han triunfado. Análoga victoria corresponde á los diarios orleanistas, que á raiz de la crisis se expresaban en iguales términos. Las cosas han caido del lado de los intereses reaccionarios de Europa, y esto es caminar hácia las eventualidades de graves incidentes internacionales.

La solucion que ha de conducirnos al respeto de la paz, no es la que ha triunfado en estos críticos momentos.

De aquí las zozobras y las inquietudes... Para librarnos de las consecuencias de toda complicacion que comprometa á España, hace falta algo mas que los buenos deseos atribuidos por sus parciales al gobierno del Sr. Cánovas.

Influencias á que vive apegada su política y de las que no podria prescindir en caso decisivo, le arrastrarian á empresas de esa índole, acaso antes de meditar sobre los resultados.

Se impone la necesidad de una solucion diametralmente opuesta, basada en el triunfo del derecho moderno, sin vaguedades ni

mixtificaciones, que nos lleve á figurar entre los intereses liberales que en Europa representan las razas latina y sajona, apartándonos de la ingerencia y del protectorado del imperio aleman, cuyas exigencias han de ser contrarias á nuestro temperamento nacional, á nuestros gustos y aspiraciones, sobre las cuales no tardarian en estrellarse.

III.

Hemos llegado al fin, seguros de que en esta laudable empresa de procurar la paz para España, y la paz no podria conservarse sin verdaderas soluciones liberales, ha de acompañarnos la inmensa mayoria de nuestros compatriotas.

Frente al criterio inaceptable de los que proclaman la proscripcion é ilegalidad de determinados partidos, que es como mantener el gérmen de la intranquilidad en el interior y llevarnos á los azares y las aventuras en el exterior, hemos sustentado el criterio nacional, propicio á respetar la manifestacion pacífica de todas las ideas y todas las opiniones, para que el pais rechace ó acoja las que estime mas convenientes; frente al sistema de resolver las grandes cuestiones en el secreto de las cancillerias,

por móviles extraños al interés nacional, la única doctrina que admiten las naciones liberales en los modernos tiempos, la intervencion directa de todos los intereses públicos en cuantos asuntos le atañen de cerca; y contra la tendencia á resucitar alianzas y pactos de familia, como reminiscencia del absolutismo, la teoria de que en las monarquias constitucionales no cabe licitamente posponer los intereses generales á los de dinastia, bajo ningun concepto, por exigirlo así el principio capitalísimo en que se apoya el régimen representativo del cual toma vida.

De esta suerte y sin tener en cuenta mas conveniencia que la de nuestra pátria, por el exámen imparcial de los hechos y la deduccion exactamente lógica de sus naturales consecuencias, ha venido á resultar que el peligro de temibles perturbaciones no parte ya de las democracias, no arranca de la fórmula del progreso político, no está en el derecho moderno, en el gobierno del pueblo por el pueblo, sino en el lado opuesto, en el deseo de colocar obstáculos que impidan su arraigo y desenvolvimiento.

Y como á la guerra nos empujaria en todo caso las sugestiones del imperio aleman, y tal maquinacion solo puede hallar eco en elementos políticos refractarios á las nece-

sidades de reformas, proclamemos muy alto que la democracia es en este momento histórico la que mejor representa el órden y la paz.

Véase, pues, como el criterio democrático ha venido á refundirse en el criterio nacional, al aconsejar que ni sirvamos de instrumento á los prusianos en alianzas peligrosas, ni sacrifiquemos á los franceses los beneficios de una neutralidad necesaria, ni en último término ayudemos á destruir las instituciones liberales que en uso de su derecho se ha dado aquel pais.

De las soluciones democráticas, dependerá el desarrollo de una política que no se aparte de estos precisos términos.

FIN.

ÍNDICE.

BIBLIOTECA ANDALUZA

COLECCION
DE
PEQUEÑOS Y ÚTILES VOLÚMENES
POR
UNA SOCIEDAD DE ESCRITORES,
MÉDICOS, ABOGADOS
Y CATEDRÁTICOS

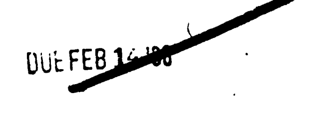
UNA PESETA EL TOMO
POR SUSCRICION

SE PUBLICAN UNO Ó DOS TOMOS AL MES

TOMOS SUELTOS
UNA PESETA CINCUENTA CÉNTIMOS

La correspondencia y avisos
al Secretario de la Sociedad Editora
D. Miguel Nieto.

OFICINAS, CISTER 11 2.º
MÁLAGA


DUE FEB 14 '